Seix Barral

Adèle Rosenfeld

Las medusas no tienen orejas

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Cita
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25

62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Louise tiene veinticinco años y aunque es parcialmente sorda hasta ahora ha conseguido construir su vida y maniobrar con esa incapacidad invisible, en gran parte gracias a su poética relación con el mundo:cuando se enfrenta a algún malentendido por su sordera acuden a su mente varios personajes, desde un soldado de la Primera Guerra Mundial a una excéntrica botánica, que la acompañan y ayudan a hacer frente a una realidad cada vez más complicada.

Su último diagnóstico es claro: ha perdido aún más audición de lo esperado y la única posibilidad es que se opere para llevar un implante pero esta decisión no es tan simple como pudiera parecer; el resultado es irreversible y si bien volvería a oír con claridad, implica perder su audición natural y oír todas las voces con un mismo tono metálico. ¿Será capaz de renunciar a reconocer la ironía, o la voz de su madre, y de entrar en un nuevo mundo sin matices?

Las medusas no tienen orejas

Adèle Rosenfeld

Traducción del francés por Isabel González-Gallarza

Seix Barral

Lo único accesible del lenguaje es sin duda lo inefable. Y lo indescifrable. El acceso no está ni dentro ni fuera. No se puede encontrar, y, sin embargo, está ahí. Lo imperceptible es nuestra única y sonriente complicidad.

THIERRY METZ,
L'Homme qui penche

Cada palabra es un agujero, un abismo, una trampa.

GHERASIM LUCA

1

Era el edificio Castaigne, yo había oído «castaña». Antes de franquear la puerta de doble hoja, como en las viejas películas del Oeste, había un cartelito que decía: OTORRINOLARINGOLOGÍA (ORL) Y CIRUGÍA CERVICOFACIAL. SERVICIO DE IMPLANTOLOGÍA. Solo me era familiar la palabra *otorrinolaringología*. De niña, creía que era una rama del estudio de los rinocerontes.

En mis oídos, unos golpes sordos seguían el ritmo de mi pulso. Me senté a esperar al final del pasillo, junto a una mesa cubierta de revistas especializadas en sordera, una de las cuales ofrecía testimonios sobre el aislamiento en el trabajo. Levantaba la mirada a cada línea para que no se pasara mi turno de consulta, y entonces me di cuenta de que una anciana en silla de ruedas se me había colocado enfrente, justo delante de la revista *Treinta Millones de Sordos*. En la portada se leía una frase dentro de un recuadro: «El lenguaje también puede ser protector, a veces en exceso: creemos atenuar la dureza de las palabras complicándolas. Sordos, ciegos, viejos, enfermos mentales, hablar de todos ellos nos causa vergüenza: desde los hipoacúsicos hasta los pacientes hospitalizados con necesidades especiales, pasando por los invidentes y los sénior, a este paso acabaremos refiriéndonos a los muertos como no-vivos». Cuando me di cuenta de que la vieja o la sénior o la persona de edad avanzada, ya no sabía cómo llamarla, me estaba gritando, la interrumpí:

—Señora, no creo que oiga mejor que usted.

Pero no me entendió y siguió con su monólogo ronco.

Un hombre puso fin al diálogo distorsionado.

—Es su turno.

Lo seguí hasta la cabina insonorizada y cerró la puerta tras de mí. Me quedé mirando el inmenso pomo de hierro cromado y no

pude evitar pensar en las cámaras frigoríficas de las carnicerías. Aquí se despieza el sonido, rodaja a rodaja, meticulosamente. El hombre me puso el casco sobre las orejas con suavidad, como si estuviera colocando electrodos en la cabeza de una gallina, y me entregó un mando. Empezaron a llegarme los primeros sonidos, no todos, algunos pulsaban contra mi tímpano.

Luego pasamos a las palabras, se trataba de repetir una lista como un loro herido. Muchas veces era absurdo y había que luchar contra la imaginación, que se colaba por las rendijas.

cabello,
limón,
roca,
soldado,
muguete,
botón,
vidriero,
vestido,
pelvis.

La voz grave desgranaba las palabras, que se ensordecían progresivamente hasta perderse en la bruma. Había que perseguirlas mentalmente en la penumbra, a tientas, y luchar contra los paisajes que se iban dibujando; un refugio contra los agujeros de mortero del lenguaje. Estaba acostumbrada a divagar en los silencios y las palabras perdidas, a dejarme aspirar por la fuerza de la imaginación, pero esta vez la realidad estaba tan mellada por los sonidos apagados que las imágenes se encarnaban en mí con una intensidad nueva. Me sumí en un universo anticuado de posguerra, en la historia de un marido que vuelve de entre los muertos a su pueblo y redescubre un mundo olvidado. Veía su rostro a contraluz, estaba ahí, nombrando las cosas con voz átona para reapropiarse de una existencia que había sido suya. Dijo «cabello» y la mirada se le perdió entre los rizos de su mujer, que sollozaba en silencio; luego sus ojos se posaron sobre el frutero y dijo «limón», levantó el rostro hacia la ventana, desde la que se

veía el litoral escarpado de Bretaña, y señaló con la barbilla: «roca». Entonces recordó de dónde venía: «soldado», y todas las estaciones del año vividas como tal. Dijo «muguete», mirando ese pedazo de primavera que oscilaba entre su mujer y él y que terminó de desgarrarle el pecho. Bajó la mirada para ocultar sus ojos empañados, pronunció «botón» y el uniforme le hizo pensar en sus compañeros soldados. Sus labios se movieron para pronunciar «vidriero», ante sus ojos estaba muerto, pero sus labios siguieron murmurando algo que su mujer no oyó, «vestido» —el vidriero siempre llevaba encima un retal del vestido de la mujer amada—. El soldado no pudo reprimir una sonrisa, pronunció «pelvis» lo bastante alto como para que su mujer se sobresaltara y lo mirara asustada, mientras él recordaba la pelvis de un compañero, reventada por un disparo de artillería.

—Ahora vamos con el izquierdo —me dijo el audiometrista, señalándome el otro oído.

La historia del soldado resonaba en mi oído sordo. Los sonidos que golpeaban contra mi tímpano muerto eran la banda sonora de sus recuerdos. El rastro memorial de las palabras se había transformado en una presencia.

Volví a sentarme en las sillas frente a la consulta para comprobar los daños en el audiograma. Observé con atención la curva resaltada sobre la hojita cuadriculada, las abscisas y las ordenadas cuantificaban el sonido. Parecía una vista aérea de la playa del desembarco de Normandía: la marea del silencio había cubierto más de la mitad de la página.

2

La consulta de la especialista estaba decorada con unos carteles con secciones del oído interno en tonos rojos y azules. El oído externo era de un rosa vulgar, mientras que el oído interno estaba representado primero en color arena, luego rojo carmín, seguido de beige rosado, hasta desembocar en un laberinto azul: la cóclea. Parecía un caracol de Borgoña recocido.

La doctora se instaló frente a su escritorio con la carpeta que contenía todos mis audiogramas en la mano y se puso a articular de manera exagerada. No era buena señal que, ante tu último audiograma, un especialista en implantes te hablara como si fueras idiota. Empecé a encontrarme regular.

—Efectivamente, ha perdido quince decibelios; es mucho.

Le expliqué cómo había ocurrido, o más bien cómo no había ocurrido.

No había habido señales precursoras; de hecho, ¿por qué tenía que cursar algo una señal?

Mi oído se había erosionado como quien no quiere la cosa.

Bueno, sí, en realidad sí que hubo dos pausas en la imagen en las que me di cuenta de que no había sonido.

La primera vez fue en Londres, a principios de agosto. Mientras tomaba un café, el camarero se dirigió a mí. Lo tenía ahí delante, con los labios colgando, sin que de su boca saliera sonido alguno. Con el semblante demudado, farfullé en mi inglés macarrónico que no le entendía, no entendía nada, ya no entendía nada. Él me contestó que hablaba muy mal inglés, o al menos eso me pareció, las palabras patinaban entre sus labios. En ese momento perdí la banda sonora. En la ciudad de Londres, en la esquina de Churchway con Stoneway, la marea se retiró.

La segunda vez fue en Plougrescant, Bretaña. Había ido a

visitar a un amigo y, cuando estábamos cenando, volvió a apagarse la banda sonora. Veía sus canas y su boca que se estiraba en las sonrisas, la anécdota que contaba goteaba al viento, siguiendo la comisura de sus labios, pero el silencio había cubierto nuestro reencuentro con una capa de plomo. Con todo, alcancé a descifrar la palabra «Brasil», debía de estar hablando de su conferencia. Yo me reía, haciendo como si nada.

Me limité a decirle a la doctora:

—Ha sido progresivo, desde agosto.

Ella contestó que había que probar un ingreso hospitalario para seguir un tratamiento, pero que no era seguro que funcionara. Que luego había otra *solución*: «el implante coclear». Estaba pensando en un implante a la derecha, sobre el oído que aún funcionaba; sobre el izquierdo no sería más que un guirigay ininteligible. Me precisó que, tras un largo periodo de rehabilitación, de seis meses a un año, oiría mejor en todas las frecuencias. Pero era una operación irreversible, perdería mi audición actual «natural».

Los pocos cilios que me quedaban en el fondo del oído captaban los agudos y algunos graves, lo que me permitía a duras penas reconstituir el sentido y, sobre todo, seguir percibiendo la calidez de los sonidos, esa pátina hecha de viento, de color y de todas las asperezas que componían el sonido.

Miré los botones de plástico grises y azules que había sobre la mesa, eran implantes en miniatura. Parecían imanes de nevera.

No sabía qué más decir, ella me tendió la mano y yo se la agarré como quien se aferra a una rama.

3

Pasé por el despacho 237 para que la secretaria me diera los documentos, y de allí me fui al edificio Babinski, llamado así por un neurólogo de principios del siglo XX. Se veía su retrato en la entrada, en un pequeño cartel turístico esmaltado: JOSEPH BABINSKI (1857-1932).

Me enteré de que debía su notoriedad a una prueba neurológica que consistía en acariciar el arco plantar de adultos y bebés para detectar los casos de demencia. Menos conocido era su concepto de trastorno de pitiatismo (que en griego significaba «persuadir»), a pesar de sus graves consecuencias en numerosos soldados de la Primera Guerra Mundial. Por aquel entonces, aún no se reconocían los traumas vinculados a la guerra. En la línea del profesor Jean-Martin Charcot, jefe de la Escuela de Neurología, Babinski definió una nueva forma de histeria: sin que existiera una aparente relación de causa-efecto, numerosos soldados sufrían enfermedades raras.

Rara.

Sí, sin duda así me había sentido yo siempre, como si no perteneciera a ningún mundo. No era lo bastante sorda para estar ligada a la cultura sorda, ni lo bastante oyente para participar del todo del mundo de los oyentes. Todo dependía de lo que yo pensaba ser o no ser. Los daños colaterales, que habían abollado de mala manera mi ego y la confianza en mí misma, eran enfermedades raras que a los demás les costaba comprender. ¿De ahí venía la carencia que sentía? ¿De esa ausencia que había que colmar hasta el exceso?

—Contigo, todo es o blanco o negro —me repetía la gente, y yo siempre oía «todo negro» y pensaba en un agujero negro.

—Oyes lo que quieres oír.

¿Cómo podía decirles que se equivocaban?

Todo eso era real, sin embargo, muy real, y el hospital agrandaba ese vacío original.

A mi lado, mi madre se extasió:

—¿Has visto?, es la primera foto de un agujero negro —me dijo, enseñándome la portada de la revista.

4

La habitación estaba en la segunda planta; podía dejar allí mis cosas, tenía por delante unos días intensos y un protocolo que respetar. Vino una enfermera a hacerme unas preguntas algo absurdas, quería saber cuáles eran mis costumbres de higiene: ¿baño o ducha? *Jacuzzi*, no te fastidia.

La enfermera me dejó ahí, un poco grogui, y mi madre se marchó. Todavía me costaba hacerme a la idea de que eran mis oídos los que me habían llevado hasta ese preciso momento. Pese a mis esfuerzos por amordazarlos en secreto, habían tomado el poder para encerrarme entre esas cuatro paredes blancas y obligarme a reconsiderar mi vida.

Y eso que había intentado solucionar la cuestión, después de años de negación y de años de luchar contra esa negación, años de retorcer la vida en un sentido y en otro, pero la pérdida se había empeñado en estallar.

La puerta se abrió y entró un enfermero llamado Eddy para perforarme el tímpano e inyectarme unos productos directamente sobre el órgano auditivo. La anestesia no servía de nada, era solo un protocolo para hacer creer que controlaban la situación. Cuando vi la aguja, no podía creerlo. ¿Iba a clavármela así sin más en el oído? Sentía que mi tímpano se acurrucaba como una ostra bajo un chorro de limón.

El protocolo incluía también una sesión de psicoterapia a cargo de una mujer alta de mirada triste. Con un gesto elegante, me invitó a sentarme en un sillón frente a ella y precisó que esa sesión era una reunión informal para calibrar mi experiencia como hipoacúsica. Le conté mi currículo en detalle: un éxito escolar casi rotundo y un diploma de grado universitario —todo ello sin ayuda.

La psicóloga me escuchó con expresión seria y a continuación me comunicó sus conclusiones, esforzándose por repetir la frase en cuanto yo fruncía mínimamente el ceño. Según ella, había desplegado tanta energía para adaptarme que debía de estar agotada, la pérdida reciente de audición podía reavivar viejos fantasmas traumáticos.

No era la única, me precisó, todos los hipoacúsicos pasan por fases depresivas, resultado de tanto esfuerzo acumulado que la sociedad oyente no percibe. Es difícil medir esa energía, y al entorno le cuesta darse cuenta, es lo que caracteriza a esta discapacidad invisible. Por ello, el sujeto hipoacúsico tiende a aislarse del mundo.

Ante mi expresión, devastada de dudas y preguntas, quiso mostrarse tranquilizadora:

—Hay soluciones —dijo—, y el implante es una de ellas.

—Pero con un implante ya no oiré como antes.

—Su cerebro habrá olvidado lo que significa *antes*. —Y añadió —: Es cierto que hay una idea de duelo, se pierde algo y no se sabe lo que se va a encontrar.

5

Mi estancia en el hospital dependía de mi historial. Añadían documentos, pero nadie los leía, eran solo para justificar mi presencia allí. Mis días eran una sucesión de pruebas-sorpresas que de hecho extrañaban a todo el mundo. «¿Por qué está aquí?», «¿Cuánto tiempo va a quedarse ingresada?», «¿Bajo qué tratamiento?»; un montón de rostros hacían un montón de preguntas porque no conocían mi historial.

Lo habían extraviado, pero me instaban a no faltar a las consultas.

—¿Qué consultas? —preguntaba yo.

—Ya se las indicarán mis compañeros.

Todos eran compañeros entre sí, pero yo no parecía importarle a ninguno.

Mi confianza en el cuerpo médico se deterioraba y eso me volvía mala persona. Odiaba las visitas de los médicos jefe, acompañados de sus hordas de residentes, esos adolescentes nerviosos con pinta de haber ido obligados a una excursión escolar un día de lluvia.

El mundo me agobiaba: en el perímetro de la habitación yo era una enferma, una futura implantada. El único lugar en el que podía estar al abrigo de las miradas era la capilla, un templo del siglo XVII construido con modelo de cruz griega, oculto en el interior del edificio del hospital. Yo, que siempre había huido de los lugares de culto, encontraba allí el único espacio de calma. La patrona de la capilla era santa Rita, de la orden de los agustinos, protectora de las causas perdidas y desesperadas. Uno podía encomendarse a ella. Le escribí un mensaje, aunque sabía que tampoco tenía acceso a mi historial médico.

Cada día arrastraba hasta allí mi gotero, tropezando sobre las

baldosas, y luego volvía a subir despacio, en una procesión silenciosa, con mi vara metálica cual cayado de pastor, hacia el edificio Babinski. Una vez en mi habitación, rumiaba mi cena sin sal ante la noche encendida.

Soñé que mi soldado me arropaba mientras dormía, cantándome una canción sin consonantes. Santa Rita hacía girar los volantes de sus vestidos de muñeca rusa, superpuestos para combatir el frío. La canción sin consonantes se perdía en la nieve, la línea de bajo crepitaba y las vocales se apagaban al chocar con los copos.

Por las mañanas, las enfermeras llamaban a la puerta, pero yo nunca la oía abrirse. Parecían irritadas. Incluso en la planta de Otorrinolaringología, oír mal tenía algo de lucha de clases con los oyentes.

El último día debía verme una especialista antes de recibir el alta.

—El tratamiento no ha sido concluyente por el momento —me dijo, entregándome una carpeta llena de volantes.

Mientras me dirigía a la salida, en los pasillos, los caminos y el jardín, trataba de reflexionar sobre mi porvenir-silencio.

6

De vuelta a la vida civil, la calle era un mundo de Playmobil, muy poco real, con edificios en forma de cubo y calles longilíneas. Las raíces de los árboles plantados a lo largo de las avenidas abombaban el asfalto. Era octubre y los castaños ya estaban desnudos.

—¡Vamos a tomar algo para celebrar tu vuelta! —me propuso mi amigo-vecino.

Cuando llegué a casa, me deleité vistiéndome con ropa suave para cubrir mi cuerpo dolorido, giraba sobre mí misma para sentir que volvía a ser dueña del espacio. Todos los ruidos se coagulaban y se distendían como en una anamorfosis, los de la ambulancia en la calle y la cisterna del váter no formaban más que un reguero sibilante con salientes estridentes.

El amigo-vecino me esperaba en el restaurante, su beso y su voz redonda disiparon el jaleo. Me aferraba a sus palabras nimbadas de agudos. Cuando no fijaba la mirada en sus labios, su voz me parecía cálida, los sonidos tenían un contorno muy preciso, como un eclipse de sol. No oía el núcleo medio, pero el círculo luminoso formado por los agudos me permitía acceder al sentido. Conseguía seguir casi todo lo que me decía y me sentía feliz por ello. Reíamos en la noche del regreso al mundo. En un momento dado recuperó la seriedad.

Me estaba hablando de un arquitecto en Japón, de una iglesia de hormigón que había construido, con una cruz inmensa excavada como una ventana en el muro del coro; la luz exterior irradiaba en forma de cruz. No podía evitar pensar que esa imagen cuadraba bastante bien con la percepción que tenía yo de su voz, los agudos contrastaban, perfilaban mediante la luz del sentido la tesitura pesada y gris de los medios.

—¡Tadao Ando! —exclamó.

Y, ante mi expresión desconcertada, precisó:

—Tadao Ando, así se llama el arquitecto del que te hablaba.

Sus grandes ojos azules reían, y también los míos. El alcohol empezaba a zarandear el lenguaje, muy golpeado ya por mis oídos sin cilios. Su olor me recordaba al del antiséptico. Tuve que meterme una sobredosis de alcachofas. A él no le gustaban y me las había encasquetado todas a mí. Él también empezaba a estar un poco borracho, se le soltaba la lengua y sus miradas se hacían más insistentes. Después de ocho días en el hospital, esa cena bien regada en compañía de un hombre me aturdía. De repente lo encontré muy triste, vi el halo azulado de sus ojeras. Su mirada me recordaba a los cuadros de Turner, sus ojos azules en forma de velero se perdían con violencia en su ansiedad. Por un momento creí ver a mi soldado.

Su silueta aparecía detrás del amigo-vecino, los rizos de ambos se mezclaban, los rizos negros de mi soldado formaban la sombra de los rizos claros del amigo-vecino.

—¿Qué estás mirando?

Mis ojos volvieron a centrarse en sus labios, que formaban un amplio remolino de palabras mientras la lengua se le balanceaba en la boca como una campana.

¿De qué hablaba? No había entendido lo que me había contado. Los elementos del cuerpo no arrojan ninguna luz sobre la temática —pero yo sentía brotar el deseo—, las manos expresan la intensidad dramática de las palabras, hacen hincapié, pero no desvelan nada. Los ojos tampoco, y era precisamente lo que más odiaba: solo servían para comprobar si yo entendía la conversación. Por suerte, los míos no son azules, al menos tengo esa ventaja en la vida. Con mis ojos negros, ahogaba la función fática del lenguaje, su juego social. Al menos, en la oscuridad no hay nada que sondear. Me siento a salvo detrás de mis ojos negros, mi interlocutor nunca sabe si entiendo o no. Detrás de mis ojos negros, taponaba las brechas e indagaba en busca de sentido. Había una pizarra en la que yo era el ahorcado:

—¿TE_ _I_Ó? —me preguntó el camarero.

Viendo que mi plato estaba vacío, supuse que quería llevárselo. ¿Qué me estaría diciendo con esa única palabra? Las grandes manos de mi soldado formaban una cruz para darme una pista: ¿Acabado? ¿Un sinónimo más corto? Demasiado tarde, el amigo-vecino ya había contestado en mi lugar y el plato se había volatilizado. Los rizos oscuros desaparecieron, mi soldado se había marchado. Fuera del restaurante, mi desconcierto se disipó en la tranquilidad de la calle invernal, la voz del amigo-vecino volvió a parecerme envolvente. Nuestros cuerpos andaban al compás, nuestros pasos se acercaban en la noche y la ebriedad.

Junto a su puerta, en el patio de nuestro edificio, sentí una complicidad nueva y, cuando su boca se unió a la mía, me convertí en un limón erógeno exprimido entre sus brazos.

Los rizos claros u oscuros se agitaban en las sábanas, se enroscaban en mis dedos, en mis pezones. Pero, aunque redibujamos los caminos trillados del cuerpo, sentí enseguida que nuestro deseo no bastaba para llamarse amor. Mirándolo dormir acurrucado, acabé por sumirme yo también en el sueño.

7

Por la mañana, la cama estaba fría. Tardé un poco en entender dónde me encontraba; cuando lo tuve claro, busqué mi ropa desperdigada por el suelo. Me agaché para tirarme del bajo del pantalón y recogí el capote azul del soldado, mi jersey estaba sobre su ropa y las tiras de sus polainas se extendían hasta el pasillo, donde yacían su quepis y sus borceguíes.

El hospital se me pegaba a las faldas, aún no había pasado página.

De vuelta en casa, me aferré desesperadamente a las últimas sensaciones, pero incluso en mi interior ya solo quedaba un vasto campo de amapolas.

Los días siguientes no me crucé ni con mi soldado ni con mi amigo-vecino. No sabía si era yo quien los rehuía o si me evitaban ellos.

Me quedé postrada en casa, cartografiando mi porvenir-silencio en el marco tranquilizador de mis cuatro paredes elegidas, pues aún no tenía el valor de enfrentarme al exterior y a su guirigay irreconocible.

Los ruidos de la calle no eran sino zumbidos, una masa uniforme sin relieve alguno. Antes distinguía capas que se superponían, pero hoy todo era plano.

«Desde niña, estás en la cuerda floja; te abres camino entre dos mundos a los que no perteneces del todo y, en cuanto te inclinas hacia un lado, como ahora con tus quince decibelios menos, te pierdes y tienes que reaprender a oír», me explicó el logopeda ante mi expresión sombría. Su voz la entendía siempre, el timbre era perfecto.

El exterior se había convertido en una fuente de angustia, pero tenía que reabastecer el apartamento en el que me había

encerrado. En el supermercado, las voces se fusionaban en un solo eco. Una epidemia de fiebre se había apoderado de todos los sonidos: las latas de conserva que el reponedor colocaba en las baldas castañeteaban los dientes; los pitidos de los códigos de barras en las cajas se mezclaban con los acentos tónicos de las mujeres como voces alucinadas; la herramienta del carnicero hacía un ruido de tos ronca. En la caja oí «bueoías» o «buoías». «Quiere *[chisporroteo]*, ¿eh?» (x1), dije «sí» sin comprender (x2), dije «no» sin comprender (x3), dije «no sé» sin comprender. Aumentó la tensión, pagué y el cajero y yo nos separamos enfadados.

Más tarde me enteré de que el fenómeno del chisporroteo tenía nombre: deformación psicoacústica. Al no haber asimilado aún la pérdida de audición en las frecuencias medias-graves, el cerebro funcionaba como un televisor cuando hay tormenta.

Por la noche, mi habitación estaba poblada por un sonido extraño. Unos golpes secos e irregulares sobre un fondo sonoro gutural me perseguían hasta que me quedaba profundamente dormida. En uno de mis paseos insomnes, el soldado volvió a aparecérseme en un rincón de la habitación, jugando con un boliche; la mitad de las veces conseguía encajar la bola en la cazoleta, que sujetaba con firmeza. De su garganta salió un «mm» gutural. Pensé que, como yo, volvía a apropiarse del lenguaje mediante el juego, con el boliche aprendía a poner la «e» en la «o».

A veces, las vibraciones del impacto de la bola contra el suelo me despertaban por la noche, o por la mañana, y, cuando abría los ojos, las últimas volutas de humo del cigarrillo del soldado se confundían con la niebla matutina.

—Oigo ruidos raros por la noche —le dije a mi logopeda.

—Son acúfenos.

—Pero también hay temblores, yo diría que de magnitud tres en la escala de Richter.

—Igual es la lavadora de los vecinos al centrifugar.

8

No soportaba ninguna visita salvo la de mi madre, que venía a ver si seguía más o menos con vida. Aparte de que me perdía en la oscilación entre sus medios y sus agudos, se me nublaba la vista por el cansancio y las palabras se deformaban en sus labios.

—*[Movimiento discontinuo de los labios, mirada de asombro]* unos osos *[boca que saborea, mirada de placer]*, bosque, delicioso.

Asentí sin comprender y me dejé llevar por las imágenes de mi madre paseando por el bosque, seguramente en los Pirineos, en casa de alguna amiga. La imaginé disfrutando del placer de estar viva pese a la presencia de los osos, reintroducidos en la región.

Mis ojos lograron enfocar sus labios.

—¿Las has probado alguna vez? —me preguntó.

—¿Que si he probado qué, mamá? ¿Las excursiones por el bosque?

Recé porque no cambiara la luz, porque las nubes siguieran en su sitio para que no se rompiera el dibujo perfecto de los labios de mi madre sobre el sofá.

—No, que si has probado el ajo de oso, lo compré en *[pasó una nube, patiné sobre las vocales, todo era ya una sucesión de «p», «d» y «t», puede incluso que de «b», hasta que volvió a salir el sol]*. De hecho, balumí esel arditivo del muesli.

Los aditivos del muesli. Bah, el tema no me interesaba lo bastante para mantener la atención.

—¿Por qué no me escuchas? —me preguntó mi madre, irritada.

—El muesli me deprime.

Ahora le tocaba a ella mirarme sin comprender.

De modo que ni ella ni yo elegíamos el tema de conversación, era un juego de azar. Pero, entonces, ¿quién barajaba las cartas?

9

Pasé los días sucesivos volviendo mi carne hacia el silencio. Extendiéndola como un lienzo hacia la luz, para apoderarme de todas las tesituras de los sonidos. Por las noches, me entregaba de nuevo a un antiguo ritual que me acompañaba desde la infancia y que consistía en frotar la oreja contra la almohada. Era mi audiograma particular, un indicador de mi miedo a quedarme sorda del todo. Sorda y ciega en la oscuridad. La almohada-baremo producía siempre el mismo sonido como de papel crespón, era reconfortante. Pero hoy no hacía el mismo frufrú de antes. El sonido se había vuelto lejano y grave, cuando antes era agudo y vivo; se había vuelto gris.

Aparecieron algunas señales de nerviosismo: me enroscaba el cabello en los dedos y, a medida que el gesto se iba haciendo más compulsivo, un día se produjo el siguiente diálogo:

—¿De verdad creías que suprimirme arreglaría las cosas?

Mi pelo seguía guardándome rencor porque me lo había rapado hacía diez años.

—Ya hemos hablado de esto. Creí que así arreglaría las cosas, que rapándote haría visible mi discapacidad.

—Me cuidabas tanto y, de la noche a la mañana, me cortaste en mil pedazos.

—Quería que vieran mi audífono, que vieran la dificultad en la que me encontraba.

Mi cabello siguió quejándose, malhumorado:

—Verás cuando tengas cáncer como te arrepientes de ese gesto.

Dejé de acariciarlo.

Incluso con el cráneo rapado al cero, nada había cambiado. Por desgracia, la comprensión de mi discapacidad no era

proporcional a la visión de mi sonotone.

Sentí que me habían dejado tirada, sin manual de instrucciones, en una sociedad que exigía de mí, como de todos los ciudadanos, que encontrara mi sitio y actuara conforme a él.

A veces entreveía al soldado inquieto, pasaba como una sombra, renqueando. Sentía incluso su mirada atónita sobre mí. Dos veces al día, me traía una taza de consomé, siempre el mismo consomé aguado. Su mirada enajenada era señal de que no estaba bien. Acercaba una mano temblorosa a la caja de cubitos de caldo concentrado y, poniendo ojos de loco, disolvía rabiosamente el cubito en el agua.

Me encerré en el silencio, pero el soldado se ensañó con las cajas de cubitos, removiendo sin cesar el agua marrón, con la mirada fija y los ojos muy abiertos. El ruido de las varillas en la cacerola se estrellaba contra las paredes, parecía el de un ejército en desbandada, quebrando mi retiro silencioso.

Le puse la mano en el hombro para traerlo de vuelta a la realidad pero, como ni él ni yo estábamos en ella, siguió tamborileando en la cacerola.

Había leído hacía algún tiempo que el miedo a la invasión enemiga había generado una oleada de trastornos mentales que habían llevado a algunos soldados a desertar antes de ir al frente. Un jefe de batallón había desarrollado incluso una obsesión paranoica por el rumor que se había extendido con respecto a los cubitos de caldo concentrado. En 1914, los carteles publicitarios de la marca KUB, importados de Alemania, estaban colocados en las esquinas de las casas y en los cruces de calles, y se decía que servían de señales para dirigir a los alemanes hacia París.

Traté de tranquilizar al soldado soplándole en la nuca, para acariciarlo con silencio, para alejar la desbandada, el ruido de los capotes y las cartucheras, la locura del enemigo. Aflojó el ritmo de la varilla hasta que dejó de batir su rabia.

Medité con los ojos cerrados. La historia del soldado me hacía pensar en la guerra que había vuelto a declararse entre las dos partes de mí, la sorda y la oyente. Me había acostumbrado a la oscuridad del silencio, pero no debía olvidar mi parte oyente.

Era hora de salir al exterior.

10

Retomé las riendas de mi vida, me libré de los consomés de caldo concentrado y me puse a buscar empleo. El soldado fumaba al sol mientras yo inundaba el mercado de trabajo de currículos con su certificado de discapacidad.

La primera respuesta positiva que recibí era para un empleo temporal en el ayuntamiento. La descripción del puesto no era muy clara, lo cual se correspondía perfectamente con mi perfil y mi motivación.

Obtuve una cita por correo electrónico con quien parecía ser la jefa. Cuando llegó el día, atenazada por el miedo a no comprender, repasé la manera de presentarme. ¿Qué iba a poder responder al teléfono o a las preguntas sobre reuniones? Ya no sabía qué era capaz o no de hacer.

El ayuntamiento estaba a treinta minutos en autobús de mi casa. Encajonado entre dos fincas de estilo Haussmann, el edificio, un anexo con una puerta acristalada y una fachada que alternaba pladur y vidrios polarizados, desentonaba por completo con el resto. Tras cruzar el arco de seguridad, aterricé en una pequeña habitación. Con sus asientos azules de plástico unidos entre sí y su falsa platanera, parecía la sala de espera de una estación rural. Una mujer alta, pálida y encorvada se acercó a mí para estrecharme la mano sin fuerza y me invitó a seguirla.

Mientras lo hacía, adiviné que me hablaba, su voz nasal se perdía en el eco de las paredes. Era incapaz de explicarle la situación, prefería lucir una sonrisa estúpida que ella entrevió al volver la cabeza para comprobar si seguía ahí. No sabía si lo que me había dicho esperaba respuesta, si ya me había juzgado o si no se había dado cuenta de nada, pero, cuando entré en su despacho, se palpaba la tensión.

Me senté en un sillón enfrente de ella y observé las pilas de carpetas que se erigían como un foso entre nosotras. Por desgracia para mí, su cabeza se había eclipsado detrás del ordenador, cuyo ventilador me calentaba la cara, lo cual aumentaba mi desazón.

—Entonces, usted *[me contorsioné en el sillón para leerle los labios, pero su cara pálida no estaba a la vista]* de verano.

¿Quizá había hecho alusión a un trabajo de verano? Podía ser.

¿Quizá me preguntaba por mis vacaciones de verano? Imposible.

¿Quizá me preguntaba si había pasado un buen verano? No tenía pinta.

Podía ser también «mano» y no «verano», en cuyo caso igual me estaba diciendo que tenía a mano algo, quizá mi currículo.

—Sí —contesté por decir algo.

Su cabeza morena emergió de detrás de la pantalla y me consideró con extrañeza, antes de eclipsarse de nuevo tras su mazmorra.

Al cabo de un ratito, entre carraspeos o gruñidos, me pareció oír la palabra «pretencioso». La memoria de los fonemas no me orientaba hacia ningún otro término. ¿Era yo la pretenciosa? ¿Qué podía haber dicho tan desafortunado? ¿Qué quería decirme con eso?

Me invadió la rabia, y los gruñidos se reanudaron, cada vez más fuertes.

—Como comprenderá *[gañidos]*, nosotros *[gruñidos]* —dijo la voz detrás del ordenador.

Yo ya no oía más que ladridos, gemidos y gañidos, todo a mi alrededor no eran sino ruidos de perro maltratado.

Sonó un timbre, ¿sería una alarma antiincendios? Todos mis órganos entraron en pánico. La jefa palpó las carpetas y desenterró un teléfono del montón de documentos.

¡Era solo eso!

Mascullé un «no se preocupe», con la cara medio vuelta hacia un lado para darle a entender que no estaba escuchando su conversación, pero que seguía disponible, todo ello acompañado de

una sonrisa relajada.

Miraba su teclado de reojo, conteniendo las ganas de mandar al cuerno ese día de fracaso en potencia.

Entonces sentí un aliento cálido en las pantorrillas, esta vez no era el ventilador del ordenador. Aproveché que mi interlocutora estaba distraída para mirar debajo de la silla, pero el dolor me hizo gritar. Era un pastor alemán o un perro lobo checoslovaco o un bull-terrier lo que me había mordido la pantorrilla. Me miró con su único ojo —era tuerto— y con la boca abierta, preparado para atacar de nuevo. Estaba paralizada de miedo, bajé la mirada y, muy despacito, levanté los pies y los llevé hacia el sillón, doblando las rodillas y pegándolas al pecho, justo cuando la jefa colgaba el teléfono.

Me miró escandalizada. Recuperé una postura más adecuada, rezando porque el perro, que golpeaba el suelo con la cola, no me atacara. Era evidente que ella no se había dado cuenta de nada.

—*[Gruñidos]* hora discapacitado.

Parecía una pregunta. ¿Qué podía responder? ¿Explicarle mi sordera, mi angustia? ¿Cómo hablar de ello sin que me temblara la voz? El momento que tanto temía había llegado, iba a hacerme una serie de preguntas incómodas. Sin pararme a pensarlo, y para marear la perdiz, contesté:

—Se puede considerar que, como trabajadora, tengo un hándicap. En su origen, este término proviene del ámbito de la hípica y se originó en Inglaterra en el siglo XVIII, en las carreras de caballos. La cantidad apostada por tal o cual caballo se recogía en una gorra, *cap* en inglés. Con dicho término se designa una carrera en la que se nivelan las probabilidades de los competidores repartiendo las desventajas.

Y, ante su expresión atónita, concluí:

—Apostando por mí, ganará la carrera y llenará su cupo de empleados con discapacidad. ¡Son todo beneficios para usted!

Se levantó, significando así el final de la no-entrevista, me ofreció su mano blanda en la que yo deslicé mi mano húmeda y me empujó hacia la salida.

11

Salí del anexo prefabricado con el perro desconocido en los talones, que me seguía despacio. ¿Qué estaría haciendo ahí? Trataba de atacarme, enseñando los colmillos, pero yo me paraba para decirle que no, señalándolo con el dedo y esperando pacientemente a que cesaran todas las señales de hostilidad. Nadie parecía prestarle atención. Y eso que era un perro impresionante, de pelo negro y cuerpo vigoroso. Esperaba que desapareciera tan rápido como había aparecido, pero me siguió hasta casa.

En el patio, llamé a mi madre.

—Hola, mamá, ya está. No sé para qué puesto es, no lo he preguntado, estaba segura de que no entendería la respuesta. ¿Sabes?, la jefa tiene la voz media, no la entiendo. ¡No! —le grité al perro.

—¿Estás bien? —me preguntó mi madre con voz preocupada.

—Perdona, es que hay un perro que me sigue desde el ayuntamiento.

—Llama a la RDA.

¿La RDA? A mi madre siempre se le ocurría cada cosa...

—¡Hola!

Reconocí la voz-luz de mi vecino. Le señalé el móvil, para darle a entender que me era difícil contestarle.

—Sí, mamá, llamaré a la RDA.

—No, hombre *[oí la risa ahogada de mi madre, o quizá era el ruido de la línea al cortarse en el metro]*, al RSA, a la perrera.

El vecino me miraba de reojo, dando una calada al cigarrillo que sostenía entre el pulgar y el índice.

—No te oigo, mamá, luego hablamos.

El dios de las comunicaciones interrumpidas se me había adelantado, cortando la línea.

Le di un beso al vecino y una patada al perro, que daba vueltas a nuestro alrededor frenéticamente.

—No entiendo qué pasa, me sigue desde hace un rato —le dije señalando con la barbilla al animal, que parecía querer jugar.

El vecino me miró extrañado, echándome el humo en la cara.

—¿Qué es lo que te sigue? ¿De qué hablas?

Volví la cabeza, pero el animal había desaparecido. Contrariada, levanté la mirada hacia el rostro bronceado del vecino.

—¿Qué tal tu día? —me preguntó en un arranque de empatía.

Le conté mi entrevista en el ayuntamiento o, más bien, cómo se debería haber desarrollado en un mundo ideal.

—Resumiendo, que me llamará pronto para darme una respuesta, tiene que ver a más candidatos.

No tenía ni idea, pero prefería inventármelo.

—Si has sido la primera, juegas con ventaja. Más que nada porque en el ayuntamiento tampoco es que se compliquen mucho a la hora de contratar gente.

Lo bueno de las mentiras es que te permiten mantener la esperanza.

12

No sé por qué milagro, pero el caso es que me llamaron del ayuntamiento dos semanas más tarde. Al ver el número en la pantalla, adiviné que eran ellos, pero mi miedo a los teléfonos me sumió en un estado de parálisis. Hipnotizada por el número que parpadeaba en la pequeña pantalla, era incapaz de contestar. No tenía la menor gana de saber si había conseguido el trabajo o no. Estaba lo bastante familiarizada con las medias tintas para disfrutar de ellas alegremente.

Mi superego no lo veía así y tuve que pedirle a mi amiga Anna que escuchara el mensaje que habían dejado en mi buzón de voz. Solo retuve lo esencial: me habían contratado y empezaba la semana siguiente. Me dio un bajón.

—¡Venga, vamos a celebrarlo! —Anna me propuso acompañarla a una de sus fiestas raras—. Ya verás —me dijo, guiñándome el ojo a modo de promesa.

A Anna le gustaban las fiestas en las que todo podía acabar mal. De hecho, vivía para eso, se alegraba cuando todo se iba al garete.

«Es porque tengo un exceso de alma», se justificaba con una sombra de melancolía en los ojos. Nos conocíamos desde la escuela primaria, habíamos jugado en el patio con un montón de gusanos muertos. De niña confundía mi sonotone con una rama de árbol, quizá por eso nos hicimos amigas. Me gustaba mucho la idea de tener un árbol que hundía sus raíces en el fondo de mi órgano auditivo, hasta detrás de la parte cartilaginosa llamada *hélix*, buscando la luz.

Me dejé llevar por su entusiasmo y tomé con ella el tren hasta el final de la línea. La voz cascada de Anna se mezclaba con el traqueteo en un canto difónico. Estaba segura de que me estaba

soltando una de esas teorías que crecían en su cabeza como la mala hierba. Lo cómodo con las teorías de Anna es que tampoco eran muy importantes, podía no oírlas sin que ello la afectara lo más mínimo.

A raíz de un viaje que habíamos hecho juntas por Andalucía, conocía tan bien a Anna y sus labios carnosos que podía leérselos en cualquier circunstancia, incluso bajo los fluorescentes parpadeantes del vagón.

Durante nuestro periplo andaluz, en pleno calor sofocante de agosto, se me había fundido la cánula de plástico del sonotone. Los labios de Anna habían sido mi mapa del mundo. Leía en sus relieves y sus pliegues todos los acentos de la lengua, y en el frunce del arco de Cupido, los distintos grados de la ironía. La geografía montañosa de las sierras era la versión macro de los labios de Anna. Desde entonces, nunca he necesitado oírla para entenderla.

—Tus oídos son inútiles, pueden apagarse, tanto da —me decía—. En el fondo, ¿acaso merece ser oída esta sociedad?

Luego me explicó que era un buen pretexto para vivir como en Walden y aislarme en una cabaña en el bosque hasta el fin de mis días.

Siempre me preguntaba si Anna era la voz de la razón.

Esa noche, en el tren, la teoría de Anna se inspiraba en una de sus lecturas, de la que recordaba una cita: «En nuestro esfuerzo por alcanzar lo inaccesible, hacemos imposible lo que sería realizable».

13

—Solo queda una parada —dijo Anna.

Apenas tuve tiempo de mirar de reojo el plano de la línea para leer el nombre de la ciudad, cuando ya estábamos en el andén gélido y lluvioso. Solo las farolas ofrecían cierta perspectiva en la noche oscura. En el aparcamiento nos esperaba un coche, un Fiat Panda lleno de humo hacia el que corrimos. Nos acomodamos dentro, después de acercar las mejillas mojadas a la cara barbuda del conductor y a aquella, totalmente lampiña, del que iba sentado al lado. Apestaba a perro, me quedé callada todo el trayecto, obnubilada por ese olor, que me recordaba la extraña aparición del animal tuerto durante la entrevista en el ayuntamiento. En cuanto a Anna, intercambiaba recuerdos-onomatopeyas con los dos tipos.

La casa donde se celebraba la fiesta era el orgullo de sus habitantes. Habían comprado esa casucha sin encanto por cuatro perras y habían transformado las dependencias en «escenarios de vida». La espuma del aislante asomaba del pladur como si fuera liquen, y el linóleo se abombaba bajo los pasos de los invitados.

El anfitrión tocó una campanita y los corrillos de amigos se dirigieron tranquilamente al comedor.

Éramos apenas diez personas apiñadas alrededor de la mesa redonda de nogal. Anna, que estaba a mi lado, hizo las presentaciones: Sébastien el barbudo y Thomas el imberbe, los que nos habían llevado hasta allí, estaban enfrente de mí, y a su lado, algo apartada, había una pareja. Por la expresión hostil de la chica, Émilie, supuse que su novio la había arrastrado hasta allí y que al primer momento aburrido ella le lanzaría una mirada triunfante.

Creo que Anna la consideraba una de las personas a las que podía írseles la olla. Se fijaba siempre en las taras, se imaginaba que era la terapeuta de un grupo de excéntricos. Nos flanqueaban

los dueños del lugar, él era una gran judía verde encorvada y ella un pequeño *gnocchi* rechoncho. Poco a poco fuimos entablando conversación, pero yo no oía las voces de los hombres, eran demasiado graves para llegar hasta mí. Sobre la mesa, unas velas encajadas en botellas de vino iluminaban débilmente los rostros y titilaban al menor soplo. Las risas propulsadas, los suspiros de Émilie o los gestos hiperbólicos nos sumían regularmente en la penumbra. De modo que, con toda naturalidad, adopté el papel de portadora de la llama, velando por repartirla entre nosotros de manera equitativa. Me las daba de madre Teresa, cuando en realidad me dedicaba a esa tarea por puro egoísmo. Me desesperaba no poder seguir la conversación, solo las voces de Émilie y de Gnocchi alcanzaban a atravesar la masa sonora.

El anfitrión tocó de nuevo la campana, exagerando la elegancia del gesto.

—¡Los entrantes, amigos míos! —anunció triunfante, dejando una fuente de porcelana en el centro de la mesa.

A primera vista parecía vacía. Las bocas a mi alrededor mariposeaban entre comentarios y risas hasta que, con un mismo impulso, dirigimos la mirada al centro de la mesa para constatar que en la fuente había unas pequeñas pastillas azules. Anna estaba feliz: empezaba la fiesta. Cada cual se sirvió.

—¡Esperad!

Anna sacó la baraja de tarot que se había inventado ella misma y nos invitó a coger una carta. Era una echadora de cartas de lo más creativa.

Me tocó «el guerrero».

Igual que los demás, alcé la pastillita como si se tratara de una hostia. Pese a todo, me pregunté qué pintaba yo en esa hermandad inaudible. Gnocchi se me acercó para contarme no sé qué historia de una araña que se había instalado un tiempo en su conducto auditivo —yo tenía el don de atraer todas las historias sobre oídos—. Exaltada, se puso a detallarme todos los ruidos que le había maravillado descubrir, siendo el más asombroso de todos el de la araña tejiendo su tela. Yo le comenté cuanto sabía de las investigaciones del Ejército sobre las propiedades de los hilos de

araña. Construimos así un pequeño capullo de amistad y de baba compartida a golpe de perdigón.

14

Me fue embargando como una ligereza: el grueso tejido formado por el fondo sonoro se estaba levantando.

Las conversaciones se contaminaban. Palabras de otras voces prevalecían sobre lo que me contaba Gnocchi. Pero no sabía quién hablaba, los sonidos seguían siendo bidimensionales. Los sonidos de las frases formaban cadáveres exquisitos. Me acerqué a las voces graves, me coloqué delante de Sébastien, maravillada por su timbre: me sentía como dentro de una campana que tintineaba con cada consonante; mi pecho vibraba con las erres, como si fuera el mecanismo que hacía ondular la lengua en su boca. Todo era muy límpido, participé en la conversación de Sébastien sobre el canto de las estrellas y Thomas también metió baza. No se me escapaba nada, ni siquiera lo que hablaban Émilie y Gnocchi, algo relacionado con la envidia.

¡El tratamiento había funcionado, había recuperado el oído, hasta oía mejor que antes!

Quería celebrar con Anna esta recuperación, pero había desaparecido. Oía el chirrido de mis zapatillas de deporte sobre el suelo y el crujido de las sillas. Una risa retumbó como una tormenta y recorrió la sala. Esos sonidos diamantinos atraían mi oído como un imán, quería revolcarme en las risas como en la hierba fresca y que Anna me acompañara.

—¿Dónde está Anna? —pregunté a las bocas alegres. Nadie contestó—. ¿Dónde está Anna? —pregunté más fuerte. Solo las miradas convergieron hacia mí.

Abandoné la guirnalda de bocas para aventurarme por las demás habitaciones en busca de Anna. Las risas se alejaban despacio. De modo que ¿eso era oír? ¿Sentir también alivio por un sonido que se atenúa a medida que uno se aleja de él?

Yo, que solo había oído en blanco y negro, oía ahora la extensión del sonido en el espacio. Al final del pasillo oscuro, a través de una puerta entreabierta vi el cabello de Anna prendido de luz. ¿Con quién estaría bailando? Todo el mundo estaba reunido en la habitación principal, pero Anna nunca había necesitado a nadie.

Abrí la puerta con cuidado, lo bastante para ver que Anna daba vueltas, con los brazos extendidos y la cabeza echada hacia atrás, y que no estaba sola. Giraba deprisa, tanto que solo alcanzaba a reconocer el color claro de su cabello y la ropa azul del bailarín de cabello moreno. Me quedé paralizada: Anna bailaba con mi soldado. Él la hacía girar como un derviche, tenía el cuerpo rígido en su desaliñado atuendo, con el capote abierto sobre su torso brillante; las gotas de sudor rivalizaban con los botones de su gabán. Todo en ellos brillaba: los rizos de Anna, sus dientes, el torso del soldado y su abotonadura dorada, era como si el rocío hubiera cubierto su danza sagrada.

Los contemplé embriagarse en su danza, que fue perdiendo velocidad poco a poco. Cuando volvieron en sí, con los cuerpos sacudidos por una respiración entrecortada, como los perros en medio del calor sofocante, me acerqué a ellos con una sonrisa de felicidad. La risa de Anna se atenuaba despacio, oía el aire entrar y salir de su caja torácica, oía por primera vez un leve silbido en su respiración de antigua asmática. En cuanto al soldado, percibía el ruido húmedo de su lengua cuando se la pasaba por los labios. Todo sonaba tan fuerte que no daba crédito, oía como nunca antes había oído.

15

El soldado se lio un cigarrillo con las manos encallecidas y se lo ofreció a Anna, como si se conocieran de hace tiempo. Ella nos llevó a un rincón de la habitación, una pequeña alcoba tapizada de terciopelo. Nos sentamos en unos cojines bajo una vieja lámpara con la pantalla torcida. Fumamos el cigarrillo en silencio, observándonos con complicidad. Yo saboreaba mi oído recuperado, el humo que exhalaban producía un sonido cálido, un siseo menguante que concluía en una nota aguda. Oía mi respiración estirarse de placer, a lo que ellos respondían con suspiros sensuales. Los iris verdes del soldado brillaban con un parpadeo lascivo, tenía los ojos inyectados en sangre y la boca entreabierta. Anna y yo estábamos prendidas de sus labios, y él paseaba la mirada por nuestras bocas con la misma intensidad. Observamos un momento las venas de su cuello, siguiendo con los ojos la última gota de sudor que rodaba por su vientre, mientras él nos miraba el rostro, demorándose en el ángulo de la mandíbula con el cuello. Nos mirábamos como hombres y mujeres que no habían sentido calor humano desde hacía tiempo, como si fuéramos los últimos supervivientes. De repente, Anna se echó a reír, inclinando la cabeza hacia atrás, y se puso a tararear una melodía que el soldado parecía reconocer.

—«Si tú también me abandonas, / [...] ¡Nadie podrá hacer ya nada por mí, no, nada! / Si me dejas, ya nadie / entenderá mi angustia... / Y seguiré con mi dolor» —cantó con voz grave.

Era quizá la canción de una película. Anna era muy dada a ponerse a tararear cuando uno menos lo esperaba, y funcionaba: siempre había alguien que le seguía el juego.

El soldado prosiguió con su voz cascada, mirándome:

—«En un silencio / Sin esperanza / ¡Puesto que tu corazón ya

no estará aquí! / Es la cruel incertidumbre / ¡Que viene a poblar mi soledad! / ¿Qué será de mí en la vida? / ¿Si me rehúyes...? / Necesito tanto tu presencia [...] Si te vas, sentiré mucho miedo... / Miedo... [...] Si tú también me abandonas / No me quedará ya nada / Nada en el mundo, no me quedará ya nadie / Que me comprenda / Que me sostenga / ¡Espera! ¡Espera! ¡Espera! Mañana.»

Besé los labios del soldado, empapados en alcohol o en antiséptico, con la extraña sensación de haberme inventado esas palabras. Ante mi expresión turbada, el soldado me susurró:

—No lo olvides.

Pero yo quería olvidarlo todo y quedarme allí para siempre.

Volvieron a tararear la melodía del principio, cada vez más fuerte, mientras Anna acariciaba el cabello del soldado, balanceándose.

—Anna —le dije—, este hombre es parte de mi vida.

Ella asintió en silencio y luego le pidió al soldado que nos contara un cuento. Él empezó a relatarnos una partida de cartas en las trincheras, una noche en que uno de los soldados había sacado la foto de una mujer en lugar de la dama de corazones.

—Esa fotografía me hizo perder la razón.

Se había prendado de esa imagen para siempre, desde entonces lo perseguía y lo atormentaba.

—¿Nos parecemos a esa mujer? —le preguntó Anna.

Justo en ese momento, entraron todos en la habitación con estruendo, capitaneados por una Émilie histérica, seguida de Thomas y de Sébastien. Resultaba obvio que todos tenían ganas de follar.

Émilie reía, gritando:

—¡Te lo dije, todo lo que quieras hacer yo siempre lo haré mejor que tú!

Anna echó un vistazo al final del pasillo y constató que el novio de Émilie se había quedado solo, acariciando un perro con aire triste. Luego me guiñó un ojo, contenta del giro que había dado la fiesta, antes de unirse al resto del grupo, que miraba excitado a Émilie desnudarse en el «escenario de vida». Me pareció

que la vida era precisamente el lugar más bonito por el que transitar.

16

Cuando desperté, el vello del soldado me hacía cosquillas en la nariz. Sentía el aliento cálido de Anna, que, como yo, dormía acurrucada contra su pecho. La piel del soldado, siempre agrietada, se veía ahora lisa, inflada por la noche y el alcohol. Anna tenía la boca enrojecida de haber besado cuerpos, y yo estaba desnuda. A mi derecha, Thomas exhalaba en mi nuca, con una mano apoyada en mi cadera. Sentía latir su erección matinal contra mi espalda. No veía a Sébastien ni a Émilie ni a Gnocchi, pero adivinaba sus cuerpos bajo las sábanas que cubrían el suelo. Me había quitado el audífono pero no recordaba dónde lo había dejado. Inquieta, salí con dificultad del montón de cuerpos en busca de mi sonotone. Cogí de entre la maraña de prendas algo que ponerme, a falta de encontrar mi propia ropa. Removí todos los cadáveres de la velada, animados o inanimados, para dar con el audífono, pero fue en vano, hasta que el soldado me lo alargó. En su mano grande, parecía un caballito de mar dormido. Conecté el audífono y le di las gracias, pero no oí su respuesta.

Los demás se despertaron y se pusieron a buscar su ropa, agachados como sembradores. Ya no oía los pasos y las voces. Thomas me besó y masculló algo que no oí. Sébastien me miró con complicidad:

—El brezo de aluminio.

—¿Qué brezo?

—¿Los conejos pálidos? —prosiguió.

—¿Hablas de cunicultura?

Se rio y con él todos los demás, que ya estaban despiertos, pero yo no oía las risas como el día anterior.

El soldado me dio un papel antes de desaparecer:

—Te dije que no lo olvidaras.

—La seda en Colón, completamente peruano. La estomatología es cosa de NETU.

No era seguro que Thomas hablara de Netflix, Tesla y Uber. Tampoco era seguro que hablara de enfermedad del colon ni de la cría de gusanos de seda, de estomatología ni de nada peruano.

Todo se mezclaba, el mundo se hacía opaco de nuevo.

—Anna, ya se me ha pasado el efecto del tratamiento —le dije.

Me explicó que era normal, que no estaba hecho para durar más de una noche. En el trayecto de vuelta me encerré en un estado letárgico mientras el perro me babeaba en la falda.

17

A la mañana siguiente, empecé mi primer día en el ayuntamiento, disfrazada de mujer de mundo. Por el camino fui observando la calle desde las ventanillas del metro en superficie.

¿Cómo se las apañaba la gente para hacer las cosas de manera sencilla? Cosas como cruzar por los pasos de cebra o responder al teléfono.

Inspiré el aire húmedo otoñal antes de franquear la puerta del ayuntamiento para dirigirme al despacho de la jefa de sección. Todo fue como me lo había imaginado: mano blanducha, palabras inaudibles, inquietud en aumento, presentación de los despachos y los compañeros de trabajo, llegada a mi puesto. Me enteré vagamente de que mi trabajo consistía en anotar en el registro a los recién nacidos.

Tenía que acompañar a los usuarios que venían a registrar las actas de nacimiento y concluir los trámites ante diversos organismos administrativos.

Disponía de toda la mañana para estudiarme el manual de instrucciones del programa informático y para «aclimatarme».

Tras distintas conversaciones infructuosas con mis cuatro compañeros, acabé por explicarles mi problema.

Me tomé el tiempo de exponer los hechos: totalmente sorda del oído izquierdo, hipoacúsica y con audífono en el oído derecho, obligada a leer los labios para completar una lengua llena de lagunas.

Vi encenderse un destello en sus miradas. Empecé a encarnar un gran valor añadido poético cuando precisé que necesitaba luz para oír. Solo que, cuando tuve que pedirles que me repitieran más de dos veces lo que habían dicho, todo lo poético se vino abajo de golpe: pasé del estatus de poeta al de retrasada.

En cuanto a mí, los compañeros me parecían una masa sonora cubierta por la misma gabardina marrón.

Sin embargo, uno de ellos atravesó esa atmósfera lloviznosa. Se llamaba Cathy, tenía pecas y un aire serio como si le hubiera contado un secreto, a ella en particular. Supe que se llamaba Cathy porque me recalcó su nombre.

—Somos dos Cathys.

No comprendí lo que dijo a continuación, qué característica mencionó para ser más Cathy que la otra.

Me recordaba a los ponis de cola color arcoíris de mi infancia a los que les había cortado la crin.

Anna habría dicho que se había leído todo lo relacionado con *«personal branding»* o «marketing personal». A Anna le gustaba imaginarse los libros de cabecera de la gente, sobre todo de la gente a la que no conocía. De hecho, cuanto menos sabía de las personas, más acertaba.

Tenía la esperanza de que, con un poco de práctica, la voz de Cathy + adquiriera el sello de «producto de confianza» en mi cerebro y la oyera con claridad sin tener que leerle los labios.

Me dijo que comprendía. Creo que aludía a mis oídos. Al ver que ponía boquita de piñón y se llevaba las manos al corazón, concluí que estaba «conmovida». Desenfocó la mirada, sus ojos castaño claro se perdieron como si yo fuera transparente.

Insistió: podía contar con ella.

Me pasé el resto del día amaestrando a los demás compañeros. De cerca, eran muy diferentes unos de otros. La otra Cathy tenía el pelo menos rubio que Cathy +; los ojos, que llevaba muy maquillados, eran del mismo color verde agua que el papel pintado de la consulta del logopeda y tenía voz de fumadora. Del nombre del compañero alto solo entendí la sílaba «la», me inclinaba más por Nicolas que por Charles. Mi oído no había captado ninguna consonante vibrante, y la «a» me pareció tan clara y sonora que la imaginaba acompañada de una «l» más que de una «r», que ensombrecía un poco las vocales. En cuanto a Jean-Luc, oí bien su nombre. A veces los nombres compuestos eran más fáciles, aunque solía equivocarme en el segundo, solo que en este la «c»

final resonaba tanto que no podía confundir la palabra monosílaba con ninguna otra. Me alegraba mucho de trabajar en la sección de actas de nacimiento, seguro que mi lexicógrafo interno de nombres sería imbatible. Dejaría de temer a las presentaciones. El aire de adolescente criogenizado de Jean-Luc me enternecía un poco, pero había algo en él que no me inspiraba confianza, era la clase de persona que recurre a la delación para sobrevivir.

Anna me esperaba a la salida del trabajo, tenía ganas de palpar el ambiente y de ver qué pinta tenían mis compañeros. Se burló un poco, como lo habría hecho una hermana de lengua viperina el primer día de colegio.

—Pero Cathy + es maja —dije tontamente, agradecida por su gesto de inclusión.

—Ten cuidado, en las empresas nadie es *majo* —me contestó Anna.

A lo que yo respondí que qué sabría ella, si podía presumir de no haber tenido una entrevista de trabajo en su vida.

18

El segundo día llegué con un poco de antelación. Creía que, cuanto antes empezara la jornada, antes la terminaría. Encontré mi tarjeta para el comedor sobre la mesa, Cathy+ se había ocupado de conseguírmela. Mascullé unas palabras de agradecimiento, y enseguida el resto del equipo franqueó la puerta cortafuegos de doble hoja y me saludó. Me enfrasqué en unos folletos que me habían dado sobre mi cualidad de empleada temporal y otros documentos internos, tales como el proceso de elección de los representantes del personal. En la lista de los candidatos potenciales a las próximas elecciones estaban los apellidos de Cathy+ y de Jean-Luc.

Al ver la cola que se iba formando detrás de los mostradores que hacían las veces de escritorios, me entró el pánico. Todas esas bocas iban a formar nombres, apellidos, quizá preguntas. Nunca me había visto obligada a contestar a preguntas estructuradas.

Cathy+ y sus dientes romos me animaron cuando se acercó el primer «usuario» —habían hecho especial hincapié en precisarme en un correo que sonaba a estatutos de la función pública que no podía decirse «cliente» ni «paciente», aunque a mí me parecía que hacía falta mucha paciencia para nacer administrativamente—. Ni siquiera me dio tiempo a saludarlo, porque enseguida se puso a hacerme preguntas, o más bien una pregunta larguísima. Su voz describía un movimiento de columpio oxidado, algunas palabras se retiraban en su garganta con un ruido de polea, mientras otras subían de volumen para acercarse a mi oído. Su boca se deformaba regularmente en una tensión que venía de la nariz, desplazando el centro de gravedad de las palabras y modificando la perspectiva de su lengua. Me sentía perdida, pero me armé de valor y le entregué el formulario de declaración de nacimiento con la sonrisa serena de

quien controla la situación. Calló, algo sorprendido, y se puso a rellenar con aplicación el formulario. Me lo devolvió con gesto abatido, antes de encogerse de hombros y marcharse, dejando paso al segundo usuario. Era una mujer de unos cincuenta años, con un acento que le estiraba las comisuras de los labios en cada vocal y que cortaba las sílabas, remachando todas las consonantes. Tal vez por ser extranjera, no le molestó tener que repetir su única petición: venía a recoger el acta de nacimiento de su hija. Le expliqué lo que tenía que hacer y se marchó sin parar de decir «vale», como una línea de bajo, para memorizar el camino que debía recorrer. Fueron sucediéndose los demás usuarios. Yo me repetía como un mantra la frase «hacerse el tonto sin estar loco», sacada de *El arte de la guerra* de Sun Tzu, cuando notaba que no entendía, que la marea de sonidos se transformaba en marea de fango y que la banda sonora de los labios ya no arrojaba luz alguna.

También tuve que enviar acuses de recibo para validar cada nueva vida en organismos diversos, habitada por la extraña sensación de que daba a luz administrativamente a nuevos destinos con tan solo dos palabras, el nombre y el apellido; la sociedad haría el resto.

Llegó la hora de la pausa para almorzar. Mis recuerdos de comedor colectivo se remontaban a mi infancia y se resumían principalmente en proyectiles de miga de pan, carne picada y conversaciones sin pies ni cabeza balbuceadas por bocas llenas de comida en medio del jaleo ambiental. Un jaleo con el que volví a toparme nada más cruzar la puerta del autoservicio.

De pie junto a la cola, traté de ver si había otros discapacitados. Había leído que los ayuntamientos contrataban a unos cien al año. Observé los ojos, las orejas, los pies y los brazos en busca de alguna prótesis y, en vista de que no encontraba ninguna, me puse a buscar anomalías. Mi mirada se demoró en el pecho de una mujer: parecía excavado por un agujero de mortero. Pero, al sentirme observada a mi vez, aparté la cabeza. Cuando sorprendí la mirada de uno de mis compañeros fija en mi pelo, dejé el juego de las familias discapacitadas del ayuntamiento y me senté

en un extremo de la mesa, al lado de Cathy+. Percibía los esfuerzos de la más Cathy de las dos para incluirme en el corrillo de espaldas encorvadas sobre el plato de salchichas con puré, notaba su mano apoyada en mi antebrazo como para frenar mi evanescencia, para evitar que mi cuerpo, a la manera de un camaleón, adoptara el color del puré, y sobre todo para demostrarles a los demás y a mí misma lo indispensable que era.

A Jean-Luc parecía molestarle que yo tuviera un aspecto normal. Creo que le intrigaba mi audífono, no entendía del todo mi discapacidad. Soltó un silbido cuando le expliqué que podía seguir una conversación telefónica con la ayuda de un dispositivo adaptado, pero un minuto después se me quedó mirando con recelo, como si esa discapacidad mía fuera una conspiración urdida contra ellos, como si me la hubiera sacado de la manga para conseguir el trabajo.

Volví a mi escritorio, agotada por el esfuerzo de seguir la protoconversación con mis compañeros. Por la tarde, anoté en el registro tres pájaros de un tiro o, mejor dicho, tres flores: Violeta, Mimosa, Iris.

La pausa para almorzar me había dejado tan cansada que ya no era capaz de adivinar las peticiones de los «usuarios». Sin fuerzas, acabé por derivarlos a Cathy+ para las preguntas que no entendía. Me pareció que esta se transformaba ligeramente, la vi más sombría, algo en su mirada me hizo comprender que no iba a poder apañármelas de esa manera.

Me consolaba la idea de que yo no había elegido ocupar el estatus de discapacitada, me había tropezado con él como habían tropezado ellos conmigo.

Cuando salí del prefabricado, al final de la jornada, me esperaba el perro, que se puso a seguirme, ladrando a todos los viandantes. Al llegar a mi casa, pasé del vecino, preocupada por el animal que me golpeaba las pantorrillas con la cola, y no contesté a mi madre. De todos modos, no tenía fuerzas para contar mis primeros días de trabajo. Preferí acurrucarme en brazos de mi soldado, y el perro se nos unió como si fuéramos sus amos.

—No oigo mejor, sino peor incluso. El tratamiento no ha

funcionado —le dije al soldado, pensando en el paisaje de montañitas de los audiogramas—. ¿Llegaré algún día al nivel del mar?

Para consolarme, repetí la palabra «fanfarrón».

Me gustaba mucho pronunciar palabras en desuso, aunque no pudiera oírlas sin el audífono. Formularlas y sentirlas en mis labios era como una promesa sellada entre el lenguaje y yo.

19

Me tranquilizaba que pasara el tiempo, pero temía sumirme en el mes de diciembre y su largo manto de noche. Encontraba extraño el comportamiento de mis compañeros: Cathy + oscilaba entre la alegría y la acritud; Jean-Luc parecía relajarse de vez en cuando en mi compañía, pero luego recuperaba sus aires de matón; en cuanto a «La», con su tupé rígido como una tabla, nuestra relación se expresaba con una cortesía tan excesiva que rozaba la animosidad. Cathy-, por su lado, me fascinaba. Había puesto con chinchetas en su mostrador fotos de cachorros y de bebés. De lejos se veía un montón de pelajes sedosos, miembros rollizos y ojos vidriosos. Me parecía que trabajar en la sección de actas de nacimiento demostrando tal pasión por los recién nacidos y tal desinterés por las edades posteriores era una clara señal de vocación.

De pronto, la voz de Cathy + logró llegar hasta mí y, con ella, las anécdotas de su existencia. Tenía una hija adolescente que ponía todo su empeño en hacer de cada pequeño acontecimiento una gran epopeya que implicaba sistemáticamente a su madre: fiestas de bienvenida que terminaban en coma etílico en el hospital Henri-Mondor, noches en comisaría e incidentes domésticos con bomberos incluidos. No podía no envidiar esa etapa de la vida en la que uno está aún en un dibujo animado en el que puede caerse constantemente y recuperarse después de ver las estrellas, pero, ante la vida de Cathy +, regida por otra distinta a la suya y sometida a obligaciones permanentes, mi compañera de trabajo me parecía una heroína.

Los días transcurrían a duras penas. Intentaba pedirle ayuda a Cathy + con naturalidad, aunque notaba que su actitud conmigo iba cambiando: podía pasar de mostrarse particularmente cálida,

con toneladas de guiños y manos tentáculos en los hombros, a volverse dura, con los ojos vueltos hacia dentro, una mueca de disgusto en la boca y las manos retraídas en la ropa como un cangrejo ermitaño en su caparazón. A veces se ausentaba y me pedía que me ocupara unos minutos de su mostrador, como si quisiera que notara lo indispensable que era, pese a que no había usuarios y Jean-Luc era el responsable de contestar a su teléfono.

Un día que se marchó precipitadamente, decidí seguirla, contando con la moqueta de los pasillos para absorber el ruido de mis pasos. Se metió en una habitación muy pequeña —reservada en tiempos a las letrinas—, que hacía las veces de sala de descanso y cuya puerta, mal rematada, no cerraba del todo. Observando por la abertura, la vi sentada, sacando del bolsillo de su chaqueta una caja de pastillas. Cogió una y se la tragó deprisa. La puerta debió de crujir ligeramente, y su mirada quedó prendida de la mía. Me pareció leer en ella una oleada de espanto. Echó una rápida ojeada en derredor, seguramente quería huir —yo me arrepentí de haberla seguido—, y sus hombros se encorvaron bajo la certeza de que la había visto. Le aseguré que no diría nada. «A nadie», insistí. El secreto era lo que yo mejor conocía en la vida. Hizo caso omiso de mi promesa, sus párpados cayeron y sus labios me dijeron:

—Es que, ¿sabes lo que pasa?, me piden que me dedique en cuerpo y alma a este trabajo, pero sigo siendo interina.

Interino era una palabra que navegaba en todas las bocas del comedor, fácilmente reconocible por sus vocales extremas, esa sucesión de «i», «e», «i», «o» modificaba los rostros y moldeaba las esperanzas y las carreras. Clavé mi mirada en la suya para expresarle todo mi apoyo, pero sus ojos se oscurecieron, me guardaba rencor por haberla visto vulnerable. Me disculpé, ella se levantó como si no hubiera pasado nada y volvió a ser Cathy+, la del rostro risueño y las expresiones conciliadoras listas para salir disparadas en cualquier circunstancia. Me aparté para dejarla pasar y volvió deprisa a su mostrador, retándome con su paso alerta y acelerando el ritmo de su desempeño durante el resto de la jornada.

Redoblé mis esfuerzos para que todos vieran mi capacidad de

trabajo. Vencí la pila de expedientes pendientes de informatizar, anotando los datos en el ordenador, y comprobé que hubieran quedado bien registrados. Me ofrecí incluso a cada uno de mis compañeros para ayudarles a vencer sus propias pilas de expedientes, mi capacidad de concentración era superior a la media. Mis oídos defectuosos me habían forjado para ello. Cathy + movía los músculos de las mejillas hacia mí, pero eran sonrisas tuertas que ya no veían a quién iban dirigidas.

Salí del ayuntamiento con la extraña sensación de no saber descifrar la realidad. En la noche, iba siguiendo las raíces de los castaños que atravesaban el asfalto cuando oí un ruido como de raspado que imaginé sería una pala de hierro frotando contra el suelo. Después percibí un olor a alcohol o a antiséptico, y por fin distinguí la silueta de mi soldado, su sombra encorvada.

—¿Estás aquí? —pregunté.

Me contestó algo así como «ni yo mismo lo sé». Eso me irritó y pensé en voz alta:

—Ojalá el lenguaje dejara de ser tan enigmático.

Pero, como él no tenía por qué pagar mi melancolía, añadí con voz dulce:

—¿Estás bien?

—¿Cómo iba a estarlo? Hace treinta años que yago en un campo de nieve y sangre.

20

Las dos últimas semanas de noviembre fueron muy duras. La noche me acompañaba en el camino al trabajo, a la ida y a la vuelta. La parada de bus estaba en el bulevar y, para llegar hasta allí, tenía que seguir mi calle hasta la esquina y de ahí pasar a la vasta avenida oscura. Tenía entonces la sensación de sumirme en un pozo. Cada vez, justo en ese punto, pensaba en la falta de correspondencia entre el sonido y el sentido: «tinieblas» tenía vocales claras, agudas, luminosas, mientras que «luz» tenía un sonido oscuro.

En el trabajo, el frío había congelado la voz de Cathy+. Sus frases eran icebergs de las que solo emergía un grupo de palabras; su amabilidad era mecánica. Sonido y sentido se dislocaban. Yo seguía sin cogerle el tranquillo a la cola de usuarios. Solo comprendía las preguntas una de cada cuatro veces; una de cada seis, mandaba al usuario con Cathy+ o con Jean-Luc, aprovechando mi aire juvenil, que me hacía parecer una becaria poco espabilada.

Entre Navidad y Año Nuevo, entre el jersey con agujeros tejido por Anna como regalo y las guirnaldas del árbol con las que casi me electrocuto en casa de mi madre, el Gobierno anunció recortes de plantilla. A principios de enero llegó a nuestra sección el libro *La tenosinovitis de Quervain. Guía para el diagnóstico de las lesiones musculoesqueléticas atribuibles al trabajo repetitivo*. Cathy+ lo convirtió en su cruzada y reclamó a la dirección alfombrillas de ratón ergonómicas, pero solo conseguimos que nos dieran bolígrafos con agarre antideslizante. Se acercaban las elecciones a representantes, era palpable la tensión entre Jean-Luc y Cathy+, que pertenecían a sindicatos diferentes. Empezaba a circular el rumor de que iban a suprimir un puesto. No hacía falta oír para

sentirlo. Las mismas palabras volvían una y otra vez a todas las bocas, primero murmuradas y luego asumidas con claridad. «Solo son espinas domésticas», me repetía Anna, levantando los ojos al cielo en mitad de mi relato cotidiano.

21

Luego llegó el anuncio por parte del ayuntamiento de que, pasadas las fiestas, a mediados de enero, habría una reestructuración. Los compañeros me miraban con más recelo todavía. Igual se habían enterado de mi condición de trabajadora discapacitada y se imaginaban que por eso el departamento de recursos humanos me mantendría en mi puesto pese a que había sido la última en incorporarme, igual pensaban que les robaba el futuro. No sabía cómo tranquilizarlos.

Recordé lo que me había dicho el logopeda: «No eres la única, el mundo del trabajo es muy complicado para los sordos, hay empresas incluso que se niegan a contratarlos».

Nunca había conocido a nadie con dificultades de audición, la negación me había excluido de ese vínculo.

—Te has construido a ti misma como oyente, pero compartes las dificultades de los sordos. Nadie se da cuenta, estás al margen, en una zona invisible.

—Me gustaría conocer a alguno.

Desde ese momento, estaba a la espera de que el logopeda me presentara a algún sordo.

Cuando se lo conté a Anna, me preguntó:

—¿Qué es lo que buscas?

—Una parte de mí.

22

Para celebrar el Año Nuevo, Anna había organizado una fiestecita entre amigas en un bar. Me senté y pedí una copa. Me tranquilizó ver a Anna, pero las demás me inquietaban, había una chica que ya estaba intentando darme cháchara. Lo sentía por las ojeadas que me lanzaba. Mala suerte, era la única que tenía: 1) una voz media (un timbre que caía en un agujero negro), y 2) un problema de elocución. Me costó mucho esfuerzo comprender que estaba recién operada. Seguramente se había enterado por Anna de mis desventuras auditivas. Era la única razón que explicaba por qué se empeñaba en entablar relación conmigo, pese a mis intentos por evitarla. Igual teníamos vivencias comunes, pero no me apetecía volver a centrarme en esas problemáticas dolorosas después de mi difícil jornada en el ayuntamiento, ni en la gimnasia cerebral necesaria para intentar comprenderla, solo quería tomarme una cerveza y divertirme, aprovechar que los bares vuelven sordos a todos sus consumidores y que, pasada cierta hora, las conversaciones se reducen a onomatopeyas alegres.

Pero la chica de la voz media con problemas de elocución no lo veía así y aprovechó una estampida de los fumadores al exterior para acercarse a mí y meter la cabeza entre mi pelo, esperando encontrar allí un oído atento. Aparté la cara bruscamente, obligándola a mirarme de frente, y le expliqué que leía los labios, a lo que respondió mostrándome los hierros que cubrían sus dientes para darme a entender que eso no era lo más conveniente para ella. El perro le tiró el vaso de cerveza en la falda.

—Lo siento mucho —le dije.

Triste mentira. Obtuve una tregua mientras ella ponía remedio a la situación, secándose la falda y consiguiendo una nueva cerveza.

Este incidente y mis múltiples intervenciones para decirle que no entendía ni una palabra de lo que me decía no tuvieron más resultado que el de alargar la duración de su monólogo. Con mucho esfuerzo conseguí captar que me estaba haciendo una lista de todos los sordos que conocía, empezando por su abuelo, que durante mucho tiempo se había negado a llevar audífono.

Me imaginé que me estaba contando las típicas anécdotas que me sabía de memoria: la abuela que se queja de que el abuelo ya no entiende ni papa, el declive del buen ambiente familiar por culpa de la negación del abuelo y la tensión creciente en las comidas familiares.

Apagué el sonotone, me estaba poniendo borde y solo contestaba asintiendo con desgana. Ella se reía. Debía de estar contándome la vez en que el abuelo se había equivocado y había metido el sonotone en el vaso de la dentadura postiza; o no, al verla carcajearse a mandíbula batiente, debía de ser la vez en que la asistenta había encontrado el sonotone entre el vómito seco del gato.

Hacía tiempo que Anna y las demás habían vuelto a la mesa y todas habían comprendido, por mis gestos patentes de irritación, que la conversación iba mal, pero la voz media parecía estar pasándoselo en grande. Cuando empecé a recibir perdigonazos de saliva, le dije que no oía un pimiento y que se estaba esforzando para nada. No había otra salida. Ella se lo tomó como algo personal y puso cara de descontento.

—Louise, qué antipática eres a veces —me dijo Anna riendo.

23

Era mi cuarto mes en el trabajo, y el soldado, que quería que superase el periodo de prueba lo mejor posible, le estaba enseñando al perro a ladrar cuando pasaba una nube. Estaba convencido de que, si estaba al tanto de la evolución de la luz, podría paliar esa carencia cuando leía los labios. Solo que esa mañana el perro había desaparecido nada más entrar al ayuntamiento.

Se había formado una pequeña cola. Yo había llegado antes que el resto de mis compañeros. Me senté y los usuarios se dirigieron al mostrador.

—Buenos días —le dije al primero.

—Tengo las *u*, me han dicho que saque las actas. Declarar.

—¿Ha asistido al parto?

No oí su respuesta, pero parecía irritado. Entendía que la pregunta podía resultar intrusiva. Algunos se sorprendían, otros se lo tomaban como una invitación a relatar su experiencia y se quedaban colgados del mostrador como si estuvieran en la barra de un bar. No hacía falta oír para darse cuenta de que esa pregunta ponía incómoda a la gente.

Quise darle un formulario de declaración de nacimiento, pero ya no quedaban, y eso que el día anterior había una resma entera sobre mi mesa. Sin formulario, había que deletrearlo todo para pasar los datos al ordenador. Fui a buscar papel para que los usuarios los anotaran, pero todo había desaparecido o alguien lo había cambiado de sitio. ¿Sería una jugarreta de mis compañeros? ¿La habría tramado Cathy+? Ante la cola impaciente que se alargaba, no me quedó más remedio que teclear directamente los nombres imposibles. Las bocas rojas parecían señales de dirección prohibida, las lenguas se movían en horizontal. Solo oía los

ladridos del perro entre las nubes.

Escribí mal un centenar de nombres y apellidos, parí monstruos administrativos ante la mirada furiosa de los usuarios: Frantz Soimit, Béné Lope-Vega.

Cuando, a última hora de la mañana, llegaron mis compañeros tan tranquilos, con Cathy + a la cabeza, fue como una segunda bofetada. Tenía las mejillas inflamadas de vergüenza y el cuerpo acribillado de impulsos nerviosos. Todas las sonrisas, los saludos y el «que aproveche» de Cathy + resonaban en mi cabeza, reavivando la bofetada.

24

Aniquilada por la jornada de trabajo, llegué al logopeda, buscando consuelo en el color verde de las paredes de la sala de espera. «Te ahogas en un vaso de agua», me había dicho Anna una vez ante mi negación de la sordera.

Nada más entrar en la consulta, solté:

—Pero ¿por qué quería ocultarla a toda costa, y por qué todos tomaron parte en mi mascarada?

—Porque todo el mundo busca la norma. Oías lo suficiente para ocultarla, y eso le convenía a todo el mundo. Pero ahora que has pasado de sorda media a sorda severa ya no puedes seguir trampeando. Practica distinguir las voces masculinas de las femeninas, las de los niños de las de los adultos, etcétera, solo mediante el oído, con los ojos cerrados. Así, tu cerebro sabrá identificar más fácilmente en el fondo sonoro las escenas de vida que te rodean. Toma nota también de los sonidos para memorizarlos. Así sentirás que vuelves a tener tu vida en tus manos.

La expresión me pareció especialmente sarcástica, ahora que me iba acercando a la lengua de signos.

25

En el autobús de vuelta a casa, traté de distinguir las voces, ese tenue trino en el fondo sonoro compuesto por chirridos de neumáticos, zumbidos y bocinazos. Concentraba mi atención en esos huecos irregulares, esos boquetes en el sentido. Las avalanchas agudas se cruzaban con zumbidos. Armada con un machete, iba desbrozando ese dibujo sonoro que yo asociaba, por el ritmo, con una conversación entre dos personas. A continuación, mi oído hacía zoom sobre esa zona. El zumbido había cesado, solo quedaba un picado agudo que alternaba con pistas sonoras más guturales. Me habían dicho que los agudos permiten captar las consonantes, estas dan volumen a las palabras, las sostienen como tutores, y las vocales trepan por esas varillas. La tonalidad y el ritmo cantarín me orientaban hacia una voz femenina. Saber identificar la edad era la segunda etapa. No era una voz de adolescente, demasiado ponderada a mi juicio. Se había reanudado el zumbido, un conducto de chimenea en una noche de tormenta debía de estar respondiendo a esa mujer madura. Me inclinaba por palabras cortas, bisílabas, pautadas por vacilaciones. Un gritito estridente se escapó de la boca de la mujer, las ruedas del bus chirriaron, me volví para verlos alejarse: era una mujer de unos cincuenta años acompañada de un anciano apergaminado. Había acertado en el diagnóstico. Le fui cogiendo gusto al juego, poco a poco aprendía a dirigir la atención, a habitar el paisaje sonoro urbano.

Anna me llamó por teléfono, pero fui una cobarde y no contesté, preferí aislarme. Lo que sí hice fue escuchar su confuso mensaje, me explicaba que se había dado cuenta de que solo soñaba con palabras bisílabas, todas las demás habían desaparecido. Lo vivía como un encogimiento del alma. Yo no estaba para oír cosas así. Bastaron para reavivar mi carencia, ese

sentimiento tenaz de que mis oídos deficientes eran un embudo vital que asfixiaba la vida. Sí, Anna, mi alma se sentía encogida, flotando en formol.

Entonces recordé esta frase de Victor Hugo: «¿Qué importa la sordera del oído cuando la mente oye? La única sordera, la auténtica sordera, la sordera incurable es la de la inteligencia».

Ni él ni Anna podían consolarme.

De noche, en la negrura del silencio, el soldado y el perro velaban al pie de mi cama. El miedo me mantenía en vertical, con la mirada fija en el horizonte formado por nuestro trío inquieto de ojos como platos y fauces abiertas a la noche.

Solo la lectura podía calmar la angustia de la desaparición, ver las palabras intactas, palpables, entintadas.

26

Las sábanas se levantaron con la mañana, precipitando los recuerdos del día anterior, los formularios inencontrables, los Paule o Saul, los Basile o Patrick, todos los nombres mal escritos y la sonrisa triunfal de Cathy+. En un rincón de la habitación, el soldado masticaba papel. Volvió a atenazarme la angustia de la pérdida, barrida por una urgencia por preservar, por *archivar* los sonidos que me quedaban. Empezando por el granizo, desde el salón de mi apartamento. Anoté:

Apartamento
Nombre latino: *salvete*
Nombre común: granizo
Latitud: 48.8355906
Longitud: 2.344926100000066
Una avalancha de dientes de leche

27

10 de enero. Día de la reunión. Lo ocurrido la semana anterior había llegado a oídos de la dirección y me habían invitado a una «aclaración». De camino al trabajo esa mañana, me fijé en los zumbidos monstruosos de las motos, en las circunvoluciones de una lijadora y en la línea de bajo de los atascos, que yo confundía con la marea. Al franquear la puerta acristalada del ayuntamiento, sentí que el aire se transformaba, se volvía pesado, las vibraciones de los sonidos se ahogaban. Tenía la sensación de entrar en una cueva húmeda, de ser un hidrófono sumergido en un Everest submarino perdido a más de diez mil metros de profundidad bajo la superficie del océano, me parecía oír gritos de ballena junto a la centralita de la recepción, turbinas de barcos al acercarme a la sala de las fotocopiadoras y otros ruidos misteriosos en los pasillos: rozamientos tectónicos, jadeos, suspiros.

—*[Suspiros.]* Ola, pue tarse.

La directora de recursos humanos me señaló una silla desde su escritorio. Me cercioré de que no me estuviera indicando en realidad la fotografía de un mar y me senté, con la respiración entrecortada.

—Hemos sabido lo de las espaldas y las mareas *[cacareos]*.

Una cabeza asomó por la puerta, mi interlocutora y el cráneo intercambiaron una información que no pude captar, yo el hidrófono marino sumergido bajo tierra.

Rápidamente, la directora me entregó un contrato en el que leí: «Puesto: digitalización, nivel N8, sección: archivos defunciones».

A continuación me acompañó al sótano, hundiéndome aún más bajo tierra. Con el nuevo contrato en la mano como óbolo, me parecía pasar al otro lado del mundo; la escasa luz le daba al

dédalo de pasillos de cemento una apariencia de coral. Aceptaba mi destino en silencio.

28

Tenía seis meses para digitalizar 783.954 actas de defunción, empezando por las que se remontaban a 1914, pues cien mil cuerpos de soldados de infantería yacían aún en los campos de batalla. De vez en cuando se exhumaban osamentas con chapas de identidad, por lo que por fin se podía reconocer, cerca de un siglo más tarde, que esos hombres habían muerto. También había actas de defunción de esa misma época que no se habían registrado en los archivos nacionales. Se trataba de pergaminos con unos membretes de lo más extraños: «Para cumplimentar por el cuerpo», o «Extracto de los originales de las actas de defunción».

Estaba encantada de trabajar en el sótano, me libraba de coincidir con Cathy+ y los demás. Podía evitar el comedor alimentándome de bocadillos y de polvo. Lo que no me gustaba tanto era que mi periodo de prueba volvía a empezar de cero, pues estrenaba un nuevo puesto.

Me sentía traicionada. Cuando se lo comenté a Anna, me dijo que era más cómodo ser traicionado que traicionar.

Alguien me habló, levanté la cabeza hacia los labios. Un hombre me pedía un acta de defunción de hacía menos de tres meses. Pero, habiendo fallecido su mujer hacía tres años, no había ningún documento de menos de tres meses. Desamparado, el hombre me precisó que no podía volver a casarse sin ese documento. Llamé a varios compañeros, pero fue en vano. El hombre temblaba de rabia. Le tomé los datos y lo acompañé al final del pasillo, arrancándome la piel al raspármela contra las paredes. Ladré de dolor, como Cerbero en la puerta del infierno.

Terminé la jornada registrando el centenar de decesos F/A/45/879/E sin tomarme un descanso ni para comer y volví a subir a la superficie de la tierra.

Llovía en la oscuridad, aproveché para centrarme en los ruidos de pasos, tratando de adivinar la altura de los tacones con los ojos cerrados. Tracé mentalmente un pequeño cuadro (vacío):

Tacones < 3 cm		
Tacones de 3 a 5 cm		
Tacones < 5 cm		

Cuando llegué al perímetro en el que las aceras ya saben a casa, en el que la luz de las farolas sobre el asfalto evoca la lamparita de noche junto a la cama, me encontré con mi vecino. Todo él, aliento incluido, olía a inquietud, una mezcla de endivia cocida y de Pall Mall.

—¿Seguro que estás bien? —me preguntó, precisando ante mi aire indiferente que tenía un comportamiento extraño últimamente.

No había podido evitar observarme (yo no sabía que podía ver mi apartamento desde la ventana de su salón) y me había sorprendido hablando sola, moviéndome de una manera inquietante, me había visto acurrucada en el sofá, se había fijado en que dejaba las luces encendidas a cualquier hora del día o de la noche y que, a veces, lanzaba proyectiles que explotaban en pleno vuelo. Había llegado a preguntarse incluso si no debía llamar a los bomberos.

¿Por qué no se metía en sus asuntos? Me despedí de él mascullando y luego anoté en mi herbario sonoro:

Nombre latino: *siren siphonarius*
Nombre común: sirena de bomberos
Latitud: 48.866667
Longitud: 2.333333
Canto difónico de focas del mar Rojo

29

Necesitaba mi encuentro semanal con Anna. Llegado el momento, me abrió la puerta de par en par y luego sus brazos, en los que me derrumbé, exagerando mi cansancio.

—Hueles a viejo —me dijo ella riendo.

Más que a viejo, debía de oler a sótano, como esa gente que huele a mar porque está en contacto con peces. O más bien apestaba a soledad.

En el salón estaba Thomas. No había vuelto a verlo desde la fiesta.

Anna me guiñó un ojo y me cogió de la mano para arrastrarme a la habitación. Thomas me besó, no oí su voz, pero un olor a boca, un aliento a cilantro, me hizo suponer que la había abierto. Contesté «hola» con un nudo de miedo en la garganta. Hablé para monopolizar el espacio, para no tener que escuchar. Conté el registro infinito de nuestras vidas por nuestras conexiones a todo tipo de instituciones, desde la maternidad hasta el colegio, pasando por el hospital y el Ministerio de Hacienda. Conté lo urgente de archivarlo todo, el papel que se desmorona por culpa de la lignina, esa sustancia presente en la madera que la amarillea hasta volverla marrón. Y tuve que concluir mi monólogo hablando de la importancia de los archivos en los conflictos, de cómo Napoleón se había apoderado de los del papado, cómo Hitler había hecho lo mismo con los de sus enemigos, y Stalin, con los de los nazis.

Thomas abrió la boca; se había afeitado, aunque ya se veía aflorar el vello negro bajo la piel. La primera vez no me había fijado en las arruguitas traviesas que tenía a ambos lados de los labios. Desconfiaba tanto de él que no lo oía, todo mi ser se había transformado en una carcasa de seguridad insonorizada. Para que

no se me notara, me concentré en sus ojos, que eran muy extraños. Era lo único que desentonaba con el resto: sus grandes ojos grises habían conservado ese tono indefinible como de tarde de tormenta que tienen los ojos de los recién nacidos. Mientras Thomas seguía con la boca abierta, observé su aplomo, parecía capaz de adaptarse a cualquier situación. Reflexioné sobre lo que lo hacía auténtico. Mirándolo barrer el aire con sus brazos de músculos finos, percibí un ínfimo repliegue del cuerpo, una leve ausencia, como si, bajo su corpulencia de hombre, apenas fuera un pájaro. Creo que me gustaba que fuera tan brillantemente normal y que a la vez pareciera a punto de desaparecer de un salto.

Nunca había experimentado un momento tan banal, carente de toda pregunta. Me pareció que estábamos a plena luz sin más, en pleno día, en plena semana.

Entonces puso boquita de piñón, que es la consecuencia de un signo de interrogación en cierto tipo de labios carnosos. Anna contestó por mí: no, no trabajaba en los archivos, pero me habían encargado su digitalización, para *descongestionarlos*.

Era eso exactamente, la boca de Thomas estaba *descongestionada*, vacía. Su timbre medio grave era un fuelle indigente, el habla hacía a veces el camino inverso y subía hasta su garganta para soplar palabras invisibles.

Anna desapareció para preparar algo en la cocina, dejándonos a Thomas y a mí un poco incómodos. Creo que le había hablado de mí antes de que yo llegara, porque todos sus movimientos eran muy lentos, como si estuviera en presencia de un astronauta. Nuestros gestos quedaron en suspenso, hasta sus parpadeos eran lentos. Las pestañas del medio eran más largas que las demás, formaban una punta semejante al pico de un pájaro.

En esa ingravidez se iba tejiendo una complicidad alimentada por los recuerdos de la noche de amor generalizado en aquella casa a la que habíamos llegado en tren. Un hilo invisible tejido con las caricias que, al volver a nuestra memoria, nos achinaron los ojos risueños. El hilo tiró de nosotros hacia el deseo pero, conscientes del regreso inminente de Anna, lentamente el hilo se aflojó, los recuerdos se rebobinaron y sus ojos grises parpadearon una última

vez como un fundido en negro que anunciara otra escena.

Anna volvió de la cocina con unas salchichas y se puso a hablarnos de la manipulación de los seres vivos o, mejor dicho, de cómo no había que manipularlos. El tema principal llegó a la mesa a la vez que el kétchup y las salchichitas: la ganadería intensiva. Anna insistía tanto en ello últimamente que sospechaba que se masturbaba con vídeos de pollitos criados al aire libre.

Lo bueno era que ocupaba todo el espacio sonoro, y yo podía ir amaestrando los «no», los «sí», los «es verdad»; conseguí incluso identificar un «totalmente» en la voz de Thomas. Registraba así su entonación, su voz, que afloraba poco a poco. En el espacio exiguo y tranquilo del salón, las palabras rebotaban sobre los cojines blancos y entraban en mis oídos, con dificultad pero con seguridad.

La confianza era un canal, una fuente en la que fluía la voz media grave de Thomas. A veces, se tomaba incluso el tiempo de no decir nada, con modulaciones de voz, un vibrato que me evocaba un instrumento de viento.

Oía el dulce discurrir fantasioso de Anna:

—Habría que volver a poner dioses para cada cosa, todo recuperaría sentido, *fatalmente*.

(A Anna le encantaba recalcar los adverbios, así como hacer paréntesis explicativos, con sus *«nota bene»* y sus *«confer»*, que sonaban en sus labios como interjecciones de estilo marroquí.)

Cuando Anna me ofreció una taza de té japonés, un líquido asqueroso en el que flotaban larvas, le comenté que estaba lleno de gusanos. Los dos emitieron ese cacareo que se conoce como risa. Los acompañé con mi risa muda.

—No, es arroz inflado —dijeron, mirándome como a una niña.

La gente me dedicaba con frecuencia esa mirada enternecida al ver mis ojos perplejos siguiendo el ping-pong de la conversación. Por lo general iba seguida de una mirada algo inquieta que buscaba en los demás interlocutores la respuesta a la pregunta de «¿Es extranjera?».

30

Era extranjera, sí. Estaba desarraigada del lenguaje. Cuando Anna atravesó una fase en la que soltaba *«arrivederci, baci, tutto bene»* a diestro y siniestro, manifestando así su amor por Italia, de la que decía tener vagos orígenes por parte materna y vagos recuerdos de clase de idiomas —yo más bien creo que reunía sus fantasías de una Italia soleada, con pueblos de calor sofocante donde se oían a lo lejos los largos lamentos de las plañideras—, y me decía con una mano en el corazón: «Extraño el italiano», estaba convencida de que yo también podía afirmar que extrañaba mi propia lengua.

Yo no conocía el placer reconfortante del dulce ronroneo de una lengua conocida que resuena en la multitud, ese poder pleno de sentirse en casa rodeado de desconocidos. En la calle, en medio del tumulto, mi lengua me parecía más bien un rumor de pollos hacinados. Supongo que de niña me encontré desplumada y temblorosa, rodeada de pollitos de lenguaje balbuceante que babeaban y sangraban por la nariz.

No conservo recuerdo de ello.

No conservo, de hecho, recuerdo alguno de palabras ni entonaciones anteriores al audífono, es decir, hasta los cinco años de edad. ¿El mundo entonces no tenía ningún contorno sonoro? Reflexionando al respecto, caí en la cuenta de que no conservaba recuerdo alguno.

¿Era necesario el sonido para activar la memoria?

31

Anna me dijo que le gustaba a Thomas:

—Para él, eres como un baño en el mar.

No lo entendí. Pensé que Thomas se sentía halagado de que *le* leyera los labios. Debía de parecerme a uno de esos lémures que Anna había fotografiado en el zoo de Thoiry y que luego había puesto con chinchetas en la pared. Horrorizada, los había visto extasiarse ante esa imagen. Odiaba esa pared de casa de Anna, tanto que la llamaba el muro de la vergüenza: los paisajes de Chamonix rivalizaban con el calendario en que los jugadores de la selección francesa de rugby posaban desnudos, con fotos de fotomatón en blanco y negro, frases de estilo punk extremo y, aquí y allá, fotos de su abuela en los años setenta.

—Le gustas mucho —insistía Anna.

Supongo que no era consciente de lo asustada que estaba yo.

—¿De qué tienes miedo?

—De que me vean frágil.

—Pues precisamente te vendría bien un poco de poyo.

«Poyo», hasta la voz de Anna se deformaba, aspirada por ese monstruo de silencio que se alimentaba de palabras.

—Tengo miedo de arrastrar a alguien en mi desaparición.

—Te equivocas, Louise, es un renacimiento.

Empezaba a hartarme de los comentarios de unos y otros. Sabían mejor que yo cómo debía tomármelo todo.

De pura rabia, me entraron ganas de llorar y sollocé en silencio ante la expresión compungida de Anna.

Me dio un papel en el que había escrito:

$$\begin{pmatrix} x_{1t} \\ \vdots \\ x_{nt} \end{pmatrix} = \begin{pmatrix} \mu_1 \\ \vdots \\ \mu_1 \end{pmatrix} + \sum_{i=1}^{p} \begin{pmatrix} \varphi_{11} & \cdots & \varphi_{1n} \\ \vdots & \ddots & \vdots \\ \varphi_{n1} & \cdots & \varphi_{nn} \end{pmatrix} \begin{pmatrix} x_{1,t-k} \\ \vdots \\ x_{n,t-k} \end{pmatrix} + \begin{pmatrix} \varepsilon_{1t} \\ \vdots \\ \varepsilon_{nt} \end{pmatrix}$$

$$\rightarrow X_{t+h} = m + \sum_{k=0}^{\infty} C_k \varepsilon_{t+h-k}$$

La miré sin comprender.

Prosiguió su demostración en una hoja, mientras me iba explicando:

$$L_t = L_{t-1} + \varepsilon_t$$

$$L_t = \sum_{i=0}^{t} \varepsilon_t + L_0$$

$$\frac{\partial L_t}{\partial \varepsilon_t} = \frac{\partial L_t}{\partial \varepsilon_0}$$

—Mira, «L» eres tú, Louise. «T» es el tiempo. —Su lengua generosa le asomaba entre los dientes, ¿Anna ceceaba?—. De modo que la Louise de hoy es igual a la Louise del tiempo menos uno, es decir, a la de ayer más el conjunto de los tiempos que has vivido. —Anna me miraba intensamente, sin duda para averiguar si era consciente del alcance de su saber—. Lo cual significa —el índice de Anna señalaba la segunda línea de la ecuación— que eres todo lo que te ha pasado desde que naciste. Esta marcha aleatoria es un proceso estocástico no estacionario.

—Y ¿qué tiene que ver conmigo ese proceso masoquista no estacionario?

Muy centrada en su inteligencia, Anna hizo caso omiso de mi pregunta. Volvió a clavar su mirada en la mía, abriendo los ojos como platos de manera exagerada, seguramente para que me perdiera en el vasto océano de sus conocimientos.

—Pues que esta ecuación demuestra que el efecto de lo que te pasó hace tiempo es el mismo que el de los acontecimientos de ayer. Eres todo lo que te ha pasado en la vida.

—¿Y?

—Lo que has sido como oyente tiene tanta importancia como el acontecimiento de la pérdida de audición. La entidad «Louise» es tanto la que eras antes de la pérdida como la que eres ahora. Nada ha cambiado en la entidad «Louise». No eres menos que antes. La pérdida no es una merma de tu ser. Thomas tiene suerte de conocerte hoy.

Me miró orgullosa de sí, orgullosa de ser la amiga de gran saber y la amiga dispuesta a todo para animarme, lo cual terminó por arrancarme una sonrisa.

La teoría de Anna tuvo al menos la virtud de iluminar mi desaliento, de perforar su membrana para mostrarme una rendija abierta a otro lugar.

32

Thomas era consultor de movilidad. No entendí muy bien en qué consistía eso, pero sí me quedé con que la palabra clave de su sector era *territorio*. Según él, pertenecíamos a una bola de tierra situada en la periferia del cosmos, y nuestro planeta era una zona de redes y conexiones que había que fidelizar.

Aparte de esa palabra clave no entendí gran cosa.

Cuando lo observaba entre la multitud, tenía la sensación de acceder a la que yo debería haber sido si no hubiera sido la que era; o a la que yo podría ser si el implante me permitía ser normal.

Vi a Thomas:

- volver la cabeza al mismo tiempo que los demás hacia el área de un acontecimiento;

- levantar la mirada cuando un avión cruzó el cielo;

- escuchar conversaciones en el transporte público;

- responder a tiempo a preguntas de todo tipo en la calle con una sonrisa educada en los labios.

Sentía que podía esconderme detrás de él, que él borraría todas mis torpezas.

Al mirarlo, me parecía que vivir era algo innato. Era la primera vez que sentía en mi piel esa simplicidad. (Un día, traté de explicarle esto, la nada que me aportaba, como cuando uno se queda dormido, ese momento de caída que uno olvida al despertar. Herido, me contestó: «Deberías sentir justo lo contrario».)

Pero cuando me hablaba de movilidad, ¿sabía lo inmóvil que era yo?

Cuando me hablaba de territorio, ¿sabía lo fuera del suelo que estaba yo?

Cuando me decía: «¿Te gustan los glaucomas fríos?».

Y yo le decía: «¿Qué?».

Y él: «¿Te gustan los falconas, píos?».

Y yo repetía: «¿Qué?».

Y él: «¿Te gustan los dragonas glaucas y los ríos?».

¿Sabía que lamentaba no tener un cinturón de explosivos porque estaba deseando saltar por los aires delante de él?

33

En la sala de espera del logopeda, las revistas de colores chillones rivalizaban sobre la mesa, *Sordera*, *El Eco de los Sordos*, *Maxi Sordos*, *Lado Sordo*. Las más deterioradas mantenían el tipo valientemente en el centro de la mesa baja. En lo alto de la pila, cogí *El Eco de los Sordos*, una revista dedicada esencialmente a la investigación sobre los acúfenos y a las enfermedades generales que conllevaban bruscas pérdidas de audición. Leí en ella testimonios agradables de adolescentes y de personas algo mayores que animaban a los lectores a elegir bien a su médico y sobre todo a tener acompañamiento psicológico.

La cambié rápidamente por *Maxi Sordos*, la revista de los sordos profundos, pero no tardé en sentirme observada. Al levantar la vista, reparé en la presencia de un treintañero al que no había oído entrar. Sentado enfrente de mí, al otro lado de *Treinta Millones de Sordos*, se apresuró a eludir mi mirada. Lo observé: ¿llevaba implante? ¿Audífono? ¿Uno o dos audífonos? Nada asomaba de la masa rubia y rizada de su cabello. Entorné los párpados para activar el zoom, esperando un movimiento por su parte, pero se quedó quieto, con la mirada fija entre los pies. Luego levantó la cabeza a su vez, y yo la bajé, volviendo a enfrascarme en «La fiesta de la agricultura de los sordos en la cabrería de Les Filletières», sin perderme una sola sensación: la presión de su mirada escaneaba con atención mi cabello suelto.

Unos pasos entraron en mi campo visual, me incorporé y saludé a una madre joven y esbelta. Encorvada, rodeaba con los brazos a un bebé con implante. El treintañero no saludó y siguió observando el espacio entre sus pies. Noté que desaparecía su curiosidad por mí, toda la tensión se disipó, ya no volvió a levantar la mirada, como si hubiera encontrado lo que buscaba.

Seguramente había identificado mi grado de sordera. Quería establecer contacto con él, pero me ignoró hasta que el logopeda abrió la puerta. Una corriente de aire nos levantó el cabello, y vi un destello, quizá el cable de su sonotone. El médico lo saludó, pero él no ofreció más respuesta que una sonrisita incómoda y un ligero rubor en las mejillas. Se levantó tan deprisa como un insecto y me lanzó por fin una mirada de reojo, antes de que la puerta se cerrara sobre sus rizos, guardianes de secretos.

Desconcertada, me quedé pensativa. Había visto en él la misma timidez, la misma actitud esquiva que tenía yo con los oyentes, y me di cuenta de que yo también podía provocar esa misma incomodidad autística en otros hipoacúsicos. Era, pues, menos sorda que él, ¿lo había oído en mi voz? Yo buscaba un semejante, todos buscábamos un semejante, pero no era él ni lo era yo para él.

En el bebé, el implante parecía demasiado grande para su frágil oreja, y la antena fijada al cráneo desentonaba con la pelusilla de su cabello. Su destino estaba en juego, su vida estaba en parte trazada por el implante; no sería yo, no sería el treintañero, sería un implantado y haría el recorrido inverso al mío: se adentraría en el sonido mientras yo me adentraba en el silencio.

34

Camino del trabajo, la correa del perro se me clavaba en las manos, arrastrándome en dirección contraria al ayuntamiento, quizá hacia los vastos campos de colza, maíz, trigo y caña de azúcar que bordeaban la Nacional 4, al este, más allá de la carretera de circunvalación. Los ladridos de mi perro cubrían el ruido de los motores, por lo que estuve a punto de que me atropellaran dos veces. El soldado volvía a encender compulsivamente la colilla, contemplando la ciudad, mirando con descaro el culo de las viandantes bajo los vaqueros ceñidos y deteniéndose ante los escaparates de las tiendas de cigarrillos electrónicos.

Me peleé con ellos para llegar a mi hora; en el cruce, a mitad de camino del ayuntamiento, un cartel llamó mi atención en el tumulto de la mañana:

NILS OYAT, ESPECIALISTA EN HETEROGÉNESIS. CONSULTA CON CITA PREVIA

Le saqué una foto para mandársela a Anna y proseguí mi batalla hasta el ayuntamiento. Llegué puntual, empapada en sudor, después de esperar diez minutos a que el soldado pasara el control de seguridad de la entrada, sacara todas sus viejas balas dumdum, esas balas tan crueles que se expandían en la herida del enemigo y que el soldado conservaba como reliquias. Sham, el guardia de seguridad, un hombre que parecía tener acceso a otro mundo tras sus ojos enrojecidos por el cansancio, siempre indiferente, como absorto en los recuerdos, lo dejó entrar. Ni siquiera se fijó en el perro, que estuvo a punto de mear al pie del panel de información.

Nos sumimos en el subsuelo para llegar al antro de los

archivos de actas de defunción. Flotaba en el aire una mezcla de olores a metal y a polvo que parecía consolar al soldado, cuyo rostro se iluminó con una sonrisa conmovida, mientras el perro daba una vuelta por los pasillos. Me senté a mi mesa, bajo los fluorescentes, y proseguí mi tarea de registro de los muertos de la Gran Guerra. El soldado me ayudó a clasificarlos por fecha y, al final de la mañana, nuestro equipo funcionaba a la perfección.

Estaba tan concentrada que no vi las manos temblorosas del soldado y sus ojos empañados. Al empezar la tarde, los papeles que me pasaba estaban combados por sus lágrimas:

—La muerte de, el lema de, la muerte de Armand Amant.

(Leí el nombre de Armand Amant en el acta de defunción.)

Recuperó el aliento, sus rizos se balanceaban al compás de su tristeza, y prosiguió:

—Me hablaba de Venus, que, según él, nunca se veía desde la Tierra. Era un hombrecillo pelirrojo que tenía unas manías raras: se pasaba el día durmiendo, luego se despertaba por la tarde y erraba por las trincheras.

Entonces el soldado me enseñó sus zapatos:

—Les quité todos los clavos. Tuve que utilizarlos para gravar su nombre en la tumba. Por eso no se me oye.

Luego se sacó del bolsillo un papel en el que había escrito una fecha y un lugar y había pegado un helecho seco.

—Es un herbario de la guerra —dijo.

Las amapolas, las margaritas y la hiedra daban fe de su avance en Verdún, Argonne y Champaña.

Tuvimos que poner fin a la conversación porque vino un compañero de los Archivos Nacionales a supervisar el progreso de mi tarea. Consultó algunas de las actas digitalizadas para comprobar que no faltara nada, que hubiera aplicado bien el procedimiento. Mientras abría el menú en la pantalla, precisó con una voz tan rasposa y frágil como los documentos que yo había manipulado:

—... mil kilómetros de papel... muy difícil digitalizar objetos con movilidad...

Se desató una guerra entre mi lexicógrafo interno y la

memoria de los fonemas, lo cual me hizo perder algunos elementos, pero con todo conseguí captar algo similar a «control de calidad».

Todo estaba bien, solo que se me había olvidado marcar la casilla «control de usuario» al final de mi tarea. Se lanzó a una larga explicación, entre las palabras se oía ese sonido gutural característico de las personas que van dando forma a las frases sobre la marcha a la vez que buscan mantener la atención de su interlocutor, por lo que debía hacer un esfuerzo añadido para distinguir entre las palabras y ese ruido continuado. Necesitaba mucha atención para analizar lo que me explicaba, hasta que por fin comprendí: había que marcar la casilla «control de usuario» al registrar el acta de defunción digitalizada. Eso permitía determinar si el usuario no era un robot. Para ello, había que identificar en una foto de archivo en blanco y negro de las trincheras las zonas en las que se veían muertos.

Mis ojos abarcaban todos los movimientos: desde los labios del encargado de control de procedimiento hasta sus dedos sobre el teclado. Con tanto salto de mirada, solo llegaba hasta mí una sucesión de «aaa», sus cejas en forma de escuadra hacían las veces de consonantes. Deduje que me estaba preguntando si estaba bien. Murmuré un «sí» casi inaudible. Pareció satisfecho y por fin recogió sus escasas pertenencias, un maletín y una gabardina.

35

Había pasado un mes desde nuestro segundo encuentro cuando, tomando un día el aperitivo en mi casa con Anna, Thomas vio uno de mis audiogramas, que estaba en la entrada.

Un mes, tiempo suficiente para olvidarme de aquello, hasta que, una noche de abril, cuando justo habíamos empezado a «salir juntos», me llevó a uno de esos rincones oscuros.

—No me gustan las sorpresas.

Me contestó con onomatopeyas victoriosas que supuestamente debían motivarme para dar el último paso.

—Odio los bares oscuros —le dije.

Me cogió de la mano y me obligó a bajar la escalera que llevaba al sótano, una habitación vacía y abovedada. Una luz entre las piedras iluminaba la humedad de las paredes; al fondo de la sala había una cabina de control de sonido.

Un sonido perfectamente claro cruzó el aire, una nota de guitarra eléctrica quedó largo rato en suspenso, redonda y plena, un sonido cálido que me hacía vibrar la garganta. Después, nada: el sonido resonó en un profundo silencio. Y luego vuelta a empezar, varias veces. Vibración baja en mi garganta y en mi esófago, el cráneo envuelto en la membrana eléctrica del sonido —silencio que retiene en la memoria la nota anterior—, deflagración de la nota sensible, siempre la misma, anticipada, esperada —silencio terciopelo—, sonrisa de Thomas —silencio espera.

A continuación, el saxofón se extendió por el sótano y llenó el espacio entre mis pulmones, el *crescendo* de notas agudas me saturó de agua. La emoción me atravesó como un río. Oía el ataque, el soplo que llega a la boquilla del instrumento. La nota punteada que se retira para atacar, más aguda, helándome el corazón mojado, aplacaba mis oídos ardientes. Un paisaje de cimas

afiladas atravesaba la noche iluminada y se mezclaba con las imágenes en blanco y negro de París nocturno, coloreadas por el sonido. (¿Cómo sabía Thomas que *Ascensor para el cadalso* era mi película preferida?)

A veces, oír mal me volvía hipermnésica. En el último solo, claro, potente, nunca oído, veía desfilar los labios de Thomas, que me traducía diálogos de la película: «Lo sé, está la vida privada, pero la vida privada cojea para todo el mundo. Las películas son más armoniosas que la vida, Alphonse —volvía a ver la bonita espera en blanco y negro de Jeanne Moreau en el café, la dulzura del miedo, lo lisos que me parecían ese miedo y esa espera, lo estético que me parecía su cansancio en su falda lápiz y sus piernas cruzadas—, en las películas no hay atascos, no hay tiempos muertos. Las películas avanzan como trenes, ¿entiendes? Como trenes en la noche».

Me encantaba *Blue Train*.

Luego reconocí las primeras notas del primer tema del álbum, fluían dentro de mí como nunca las había percibido antes.

Le había dicho a Thomas que el saxofón era lo más parecido a la voz humana, a veces los confundo.

Y él me había escrito esta frase de Miles Davis: «La verdadera música es el silencio, todas las notas no hacen sino enmarcar el silencio», invitándome a aceptar que el silencio predominaba sobre el sonido.

Al final creo que lloré de placer cuando afloró el bajo, seguido del piano. Oía cada uno de los instrumentos.

¿Cómo era posible?

—¿Te acuerdas del audiograma?

Thomas se lo había dado a uno de sus amigos, que era técnico de sonido, y este había adaptado *Blue Train* a mi curva auditiva, ajustando cada frecuencia para que pudiera percibirla lo mejor posible.

36

Cuando Thomas pronunció la palabra *amor* por primera vez, al principio no lo oí.

Boquita de piñón / apertura máxima de las comisuras de los labios, punta de la lengua de Thomas entre los dientes / apertura media de los labios / ligera inspiración, cierre rápido de los labios / ojos brillantes.

«Te quiero» eran para mí palabras que pronunciaban las típicas familias de las películas norteamericanas de serie B que vivían en chalés de barrios residenciales. Salían en amarillo en los subtítulos y por eso debían de ser lo más cursi del mundo.

Pero Thomas se las creía, como si fueran la llave de un pasadizo, mientras que para mí cerraban puertas. Sus labios se aplastaban entonces sobre los míos, y yo sentía que el «te quiero» era el nombre en clave del accidente.

Me había caído en Thomas, en esa guata señalizada por su cuerpo. Necesitaba un tutor, me enroscaba a él por la noche y dejaba que su respiración soplara en mí, en un movimiento que esperaba fuera ascensional.

Sobre todo creo que me tranquilizaba la idea de que hubiera alguien en mi vida, como si su presencia tuviera la virtud de ocupar la cuestión del amor más que de resolverla.

Seguramente era lo mejor que podía hacer, mirarlo quererme era quizá una manera para mí de reconciliarme con la sociedad.

37

Tras el concierto que selló nuestra relación, me quedé atrapada en el autobús. Un camión bloqueaba la carretera, la maniobra parecía complicada, entre las alambradas de una obra y los numerosos peatones, las motos y las bicis que se metían por todos los huecos. La gente en el bus parecía inquieta, nerviosa, levantaba la mirada hacia el acontecimiento, comentaba, asentía o negaba con la cabeza, expresaba con las manos qué hacer para solucionarlo: dar marcha atrás, girar el volante, maniobrar. El jaleo de voces aumentaba. Un olor a gas de tubo de escape me señalaba el paso cercano de una moto; un embriagador aroma a laca, el movimiento de cabeza de una permanente; el sudor agrio que una nota cítrica trataba de cubrir, un nuevo aumento de la tensión: los olores abrían el espacio que el oído tapaba.

Seguimos así un rato, hasta que se hizo de noche por completo y las luces de la ciudad renovaron el paisaje.

Cuando apagué el sonotone para huir de la capa sonora agresiva, todo me pareció más suave y envolvente, asistía a un espectáculo de luces parpadeantes hecho de faros y de semáforos tricolores. Hasta las pantallas de los móviles completaban el cuadro con lamparitas cuya luz reactivaban los dedos. En ese espacio quedo, los olores se volvían agradables como los de un viaje largamente deseado. Sonreí, embobada, hasta que mi audífono mal apagado volvió a encenderse de golpe, propulsándome con violencia a una ciudad agotadora que reaccionaba gritando a un peligro permanente. Me precipité a la puerta del bus, abriéndome paso entre la masa compacta de viajeros y, expulsada del vehículo, corrí por una callejuela para volver a apagarme a mis anchas, guiada por las farolas y la redondez del silencio.

38

Más que el aire primaveral, respiraba ese olor a perro mojado que exhalaba entre mis monótonas tareas de digitalización: quitar las grapas si las había, poner el papel en la máquina para aplanarlo, ajustar el escáner, colocar la hoja, dar al botón, flash, flash, ojos que pican, ojos que escuecen, comprobar la calidad de la imagen, registrar el fichero, marcar la casilla «compartir».

Cuando levantaba la cabeza, palpaba el silencio, que no era verdaderamente un silencio. Oía más bien la suma de la ausencia de ruidos. El silencio era un ahogamiento, como si los sonidos estuvieran justo detrás de las paredes. Eran ellos quienes me escuchaban a mí —el latido del corazón, la respiración, mis articulaciones—, oía su escucha detrás de las gruesas paredes de la sala de archivos.

Tenía entonces la extraña sensación de que los sonidos, tan ausentes, me observaban. Pero quizá confundía con los ruidos a los muertos de la Gran Guerra, cuya existencia estaba contenida en los papeles clasificados en las estanterías. Como los muertos, las cosas cobraban vida. Sentía su peso sobre mi piel. Me rodeaban como un halo el ruido de los muertos, el silencio de los vivos y los ruidos muertos-vivientes.

39

Al salir del trabajo sentí ganas de encerrarme a cal y canto en alguna parte donde pudiera estar a solas. La galería de anatomía comparada del Museo de Historia Natural me parecía un buen escondite para un final de día tristón. En la entrada, una horda de esqueletos de los mayores mamíferos terrestres galopaba al viento, sus osamentas recompuestas daban una impresión de movimiento. La galería de anatomía comparada me hacía pensar en una civilización a punto de desaparecer, y no podía evitar hacer un paralelismo con mis oídos y sus sonidos esqueléticos, tal y como se perfilaban en mi córtex. Según informaba un cartelito, la ritina de Steller, más conocida con el nombre de *vaca marina*, había desaparecido por completo como consecuencia de un consumo excesivo.

Me volví hacia las vitrinas que tapizaban las paredes y me quedé totalmente absorta en los cráneos de ratón dispuestos bajo pequeñas campanas de cristal sobre un fondo azul noche. La combinación de sombra y luz en esas cavidades solitarias me interpelaba.

Estaba tan absorta que olvidé los gruñidos. El perro jadeaba ante el esqueleto del *Canis azarae* de Perú y soltaba algún que otro ladrido agudo y asustado.

En el extremo opuesto a la entrada estaba la vitrina de teratología. Se veían monstruos flotando en frascos de formol: un cerdo cíclope, un perro con labio leporino, una carpa sin cabeza, corderos siameses. La teratología, precisaban, estudiaba las malformaciones causadas por anomalías en el desarrollo. Estas se debían a una división embrionaria tardía o incompleta o a modificaciones genéticas heredadas (anomalías cromosómicas) o accidentales (por infección o exposición a agentes tóxicos o

radiactivos).

¿Qué monstruo era yo? Me imaginaba en la vitrina, paralizada para siempre en formol, con la nariz arrugada, el oído aguzado y la boca abierta para formular mi característico: «¿Qué?». Pero, después de todo, seguía sin saberse si yo era un monstruo de verdad: nunca me había hecho un test genético y ningún miembro de mi familia padecía sordera.

Ahuyenté la imagen y proseguí con mi lectura: «Antes del siglo XIX, estas anomalías se consideraban fruto del azar —entonces ¿por qué había tenido que tocarme a mí?—, de los dioses o del demonio, y avivaban el imaginario colectivo: monstruos antiguos como la sirena, el cancerbero o el cíclope de la *Odisea* de Homero; monstruos de los infiernos en las obras de la Edad Media, en los cuadros de El Bosco o en los frontones de las iglesias».

En términos de imaginario colectivo, el sordo había caído en el olvido, no había ninguna leyenda dorada sobre tímpanos rotos. Los sordos no tenían hueco en los mitos fundacionales de la humanidad. Era innegable que la empatía de la humanidad estaba con los ciegos. En China se arrojaba a los sordos al mar; en Galia se los sacrificaba a los dioses; en Esparta se los despeñaba desde lo alto de los acantilados; en Roma y Atenas eran expuestos en las plazas públicas o abandonados en el campo.

Edipo se había sacado los ojos, pero ¿por qué? Debería haberse perforado los tímpanos, pues en realidad todo había sido una cuestión de oído. Edipo había oído mal el mensaje del oráculo, tenía déficit de audición, no había sabido escuchar las advertencias. Pero el sordo no tiene la grandeza del ciego ni su calma filosófica. Y, en su entusiasmo, el psicoanálisis había ahondado en el malentendido. Francamente, no tenía ningún sentido: los psiquiatras no son ojos ni bocas, son oídos.

La última pared que acompañaba al visitante hacia la salida exponía diferentes órganos que yo atribuía al sonido: primero los pulmones, el órgano de la respiración, y luego corazones de todos los formatos. Su función era la de bombear lo que nos hacía vivos, eran ellos quienes nos permitían seguir con vida.

Las lenguas de llama, de hiena —malas lenguas— lamían sus

nichos. («Pero ¿no oyes la “th”?», decía la profesora de inglés, insistiendo en la punta de la lengua metida entre los dientes. «Pero ¿no oyes la “r” vibrante? Tampoco es tan difícil», decía la profesora de español, enseñándome el dorso de la lengua en su boca abierta de par en par.)

En la vitrina siguiente había unos cuadrados grises con unos agujeritos negros en el centro, clavados en placas numeradas. La leyenda me informó de que se trataba de oídos de peces. Había un botón al lado, lo pulsé y desencadené una oleada de vibraciones que ascendieron por mi cuerpo hasta los antebrazos. Se encendió un panel luminoso que completaba la información: la experiencia sensorial nos presentaba la manera en la que el pez percibía el sonido, mediante vibraciones.

De ahí se pasaba al cuadrado siguiente, completamente translúcido: el oído de la medusa, lo opuesto al agujero negro que representaba el oído en los peces y en el hombre.

En lugar de un botón, se podía meter el dedo en una masa viscosa que se contraía de vez en cuando, como una vulva. El cartelito luminoso precisaba que las medusas no tenían orejas, sino órganos sensoriales orientados a la sensibilidad visual o el equilibrio. Me sentía medusa, flotando en la masa, sin visibilidad.

La ostra ocupaba el espacio de transición hacia el oído humano. También aquí se podía meter el dedo y notar algo que lo presionaba. El cartelito luminoso precisaba que la ostra reaccionaba a los audiogramas producidos por un equipo de investigadores cerrándose con fuerza, sobre todo ante las frecuencias graves. Su sensibilidad a las vibraciones del sonido le permitía oír el oleaje, los barcos y a las doradas.

El cartelito explicaba por último que los barcos eran perjudiciales para la salud de las ostras, que se abrían y se cerraban con demasiada frecuencia.

Las comprendía.

La vitrina dedicada al oído humano era mucho menos gráfica que la de los peces, los cnidarios y los bivalvos, era un cuadro compuesto por trozos de oído interno humano, pedacitos de hueso, añicos. Parecían pecios carcomidos por la sal que la marea hubiera

arrojado a la playa del museo.

Mis oídos nunca habían podido hacerse a la mar para navegar hacia otras lenguas, yo era como mucho una mezcla híbrida de medusa, pez y ostra.

40

Fuera de la galería, todo me parecía quedo. Era posible que, la próxima primavera, el mundo estuviera cubierto por un silencio más profundo todavía. Alicaída como estaba, no me había dado cuenta de que me había encaminado al edificio de la colección del herbario del Museo Nacional de Historia Natural.

Era idéntico al de la galería de anatomía comparada, solo que el recorrido en su interior era distinto. Como si estuviera de luto, el visitante debía bajar la cabeza para observar las tablillas con flores secas protegidas por un cristal. El mueble de madera maciza sobre el que estaban expuestos los herbarios parecía un tajo de carnicero con cajones que se podían abrir, como láminas para recortar.

En la primera hilera encontré muestras de madera de la isla de Pascua. Los trocitos negros estaban encajados en marcos oscuros como ataúdes. Eran los únicos testigos del bosque desaparecido de la isla. Más allá, las flores secas llenaban los marcos con sus volutas. Emocionada, seguí sus curvas con el dedo. Me quedé un rato delante de una amapola seca, sobre la página se veía un pétalo casi transparente. ¿Palidecerían algunos sonidos antes de desaparecer?

Anoté:

Jardín botánico
Nombre latino: *folium mortem*
Nombre común: hojas secas
Latitud: 48.866667
Longitud: 2.333333
Mandíbula masticando moscas secas

De pronto oí un ruido de martilleo. Como en una obra, pero

menos mecánico. Para distraerme, guardé mi herbario sonoro y volví a pasar el dedo por el cristal para recordar la forma de la amapola seca. Pero el ruido se intensificó. Por más que me volvía a un lado y a otro, por más que me ocupaba la mente con la amapola o que contaba los días del mes de marzo sobre los nudillos de mi puño cerrado, el sonido no se desviaba. Me parecía que eran ruidos de pasos, de varios pasos pesados. Pero estaba sola en la galería. El martilleo se hizo tan fuerte que me tapé los oídos (tontamente) con las manos y cerré los ojos. La forma de la amapola persistía en mi retina y se balanceaba despacio bajo mis párpados cerrados. Me imaginé un campo de amapolas, y cuanto más numerosas eran las amapolas, más sordo se hacía el sonido.

Pero me costaba conservar estable la imagen en la mente y eliminar definitivamente el ruido infernal. Abrí los ojos y todo desapareció como había aparecido. En mi desconcierto, había avanzado unos pasos y ahora me encontraba ante un cartelito esmaltado en el que se leía: «La amapola es una planta meseguera ("que habita entre las mieses"). Sus flores se extendieron por todas las zonas en las que la excavación de trincheras y túneles, pero sobre todo el caos ocasionado por las "tormentas de acero", revolvieron cientos de miles de metros cúbicos de tierra, haciendo aflorar las capas calcáreas, mezclando gleba y carne en un fermento propicio a la eclosión de millones de corolas que iluminaron los campos de batalla de la Primera Guerra Mundial».

De pronto, en un rincón de la habitación, donde antes estaba el vigilante, vi al soldado sujetándose la cabeza entre las manos. Su cuerpo estaba recorrido por sacudidas. Antes de que me diera tiempo a acercarme, una mujer, salida de no se sabe dónde, le ofreció un pañuelo. Me quedé apartada para observarlos, estaban del todo ajenos a mi presencia. Ella le hablaba en voz baja y él le lanzaba miradas vacilantes. Se había quitado el quepis y lo hacía girar entre las manos; yo sentí una punzada de celos. Los rizos oscuros le caían sobre la frente. Recordaba nuestra noche de amor, mis manos entre su denso cabello, los rizos que se enroscaban en mis dedos, mientras su mano subía por mi muslo. Estaba cada vez más turbada, ¿quién de los dos, el soldado o el amigo, iba y venía

en el acuario de la noche? Incapaz de dominarlos, los celos se pusieron a ladrar, la mujer y el soldado se sobresaltaron, pero fue ella quien se precipitó hacia mí con una mirada de pánico.

Me volví, esperando ver aparecer al perro, pero no fue así. Estaba sola con la idea de que yo y solo yo había proferido un grito de animal.

—¿Se encuentra bien?

La mujer tenía una dicción perfecta, sus labios se esforzaban por silabear. Estaba tan cerca de mí que veía su piel fina y ligeramente arrugada, con manchas oscuras y una textura como de papel higiénico barato. Cuando se dio cuenta de que la miraba con atención, se alejó de mí.

—Me gustan mucho los herbarios —dije para disipar ese momento incómodo.

Corrí a refugiarme en casa de Thomas, a enroscarme en su presencia como una liana. Allí, los cuerpos y las cosas tenían un lugar escogido, el orden adormecía los sentidos y aplacaba la imaginación, mi soldado y la mujer, la botánica, no podían alcanzarme.

41

Thomas me llevó al día siguiente al ayuntamiento. Bajé al sótano y, en la pausa para almorzar, sentí la necesidad de volver al nivel 0 de la existencia, de abandonar el enlucido y los fluorescentes de los archivos de defunción. Como no tenía la más mínima gana de cruzarme con mis antiguos compañeros ni de volver al comedor, subí cuando ya no quedaba nadie allí.

Por lo general, solía instalarme en una de las sillas azules de plástico junto a la falsa platanera, solo que esta vez otro ser humano había encontrado refugio allí. Respondí a su saludo, pero no estaba segura de que lo fuera, tenía la impresión de que se trataba más bien de una palabrota —como yo, debía de haber echado pestes al verme—. No la conocía, su rostro anguloso no me resultaba familiar, pero tenía una fijeza que me intrigaba. Le dije que era sorda. Cada cual bajo una hoja de platanera, nuestra masticación hacía las veces de conversación.

Desde ese día, Mathilde se convirtió en mi única aliada; me inspiraba en su técnica de fásmido europeo para abordar a sus compañeros en la sala de impresoras y así protegerme de Cathy + y los demás.

¡El cara asmático! / carismático

¿De qué estaría hablando?

Volví a mirar fijamente a mi compañero:

—Sorpresa.

(El soldado escribió «empresa» en un papel.)

—Va mal. Pues.

(«Puede», escribió el soldado.)

—Haber una desorganización.

(«Vale, lo he entendido», le dije al soldado. Este insistió y

escribió «reorganización».)

«Reorganización intermodal, o plasticidad, es el nombre de este fenómeno. Cuando la persona ya no tiene acceso a la modalidad sensorial, los córtex se reorganizan y son ocupados por las modalidades restantes.»

Para no perder el aplomo en las situaciones incómodas, no me separaba de la *Revista Anarquista de Neurociencias*, mi madre me había regalado una suscripción. Seguramente se imaginaba que yo adoptaría un comportamiento más «revolucionario» ante la pérdida de audición, más en sintonía con la tecnología.

En el fondo, no le faltaba razón, tenía que hacerme a la idea de que quizá algún día me pusieran un implante. Y que ese día llegaría pronto. Pero, cuando leía los experimentos, con espanto y fascinación, la ciencia me parecía más una versión *hardcore* de un periódico sensacionalista: «En un estudio sobre la cría de gato privado de visión por sutura de los párpados o extirpación bilateral, el número de conexiones visuales callosas transitorias disminuye ampliamente en la privación visual en comparación con los gatos adultos normales».

Me veía con unos electrodos en la frente, con los oídos suturados o la cóclea eyectada hacia fuera como palomitas de maíz.

Pero el artículo que descubrí a continuación llamó mi atención: «Según dichos estudios, las personas sordas experimentan un aumento de capacidad en su tratamiento del movimiento visual. Entre otras características, son más rápidas y precisas a la hora de percibir la dirección del movimiento en el campo visual periférico y producen ondas de potenciales evocados visuales de mayor amplitud».

Más rápidas y precisas a la hora de percibir la dirección del movimiento en el campo visual periférico.

Era cierto que notaba que mis capacidades visuales se habían multiplicado por diez. Los últimos rayos de sol no aniquilaban por completo la forma de los labios; las consonantes labiales duraban más en la penumbra. Conseguía incluso leer de reojo lo que el soldado me escribía para evitar mis malentendidos, utilizando

todos los soportes a nuestro alcance. A veces incluso me mandaba mensajes de texto para sacarme del apuro; otras, simplemente se olvidaba de mí.

42

El logopeda trataba de dar golpes de ariete en la cabina de vidrio en la que un pequeño altavoz negro dirigido hacia mí escupía listas de palabras y de frases que yo debía aislar del entorno sonoro. Asustada como un animal de laboratorio, repetía la frase «tengo un solo amor», a la que su voz cálida y sonora contestaba «sí», y yo proseguía: «Mi primer amor es un lobo». No estaba segura, dudaba entre eso y «mi primer amor es un bobo». Los pómulos de mi logopeda se inflaban al sonreír para ayudarme a inclinar mi memoria hacia la respuesta correcta. Y yo me perdía en hipótesis que me alejaban del recuerdo de los sonidos, de la misma manera que el relato del sueño aleja sus imágenes. El primer amor era aquí un lobo, aunque no tuviera ningún sentido era la respuesta correcta. Estaba feliz, haber entendido «mi primer amor es un lobo» me alejaba de mi condición de animal.

Unos ruidos secos interrumpieron el final de la sesión, la mirada del logopeda hacia la puerta me hizo comprender que el hecho provenía de la vida real. Entró un tipo larguirucho, y yo le lancé una mirada asesina, cargada de desdén por su impaciencia. ¿No podía esperar como todo el mundo? Como lo había hecho yo en la sala verde agua, como lo habían hecho otros a su vez, con la esperanza de que el oído brotara o creciera como un nenúfar dentro de esas paredes-acuario.

Me levanté abruptamente y tropecé con el corpachón, incómodo al verme huir de lo que en realidad era un encuentro organizado por mi logopeda.

—Louise, ¿no me dijiste que querías conocer a otras personas con déficit de audición?

Mascullé algo que quedó reducido a un perdigonazo de saliva que nadie vio pero sobre el que me quedé bloqueada, observando

la gotita fina y resplandeciente sobre una esquina de la mesa, como una miniatura de mí misma vista desde el cosmos.

El logopeda nos empujó hacia la salida, despidiéndose de nosotros con energía.

Entonces nos miramos. Nuestras miradas rehuían nuestros ojos, nuestras bocas, nuestras manos; giramos la cabeza hacia las esquinas, buscando puntos de fuga, pero la calle que se extendía delante de nosotros exigía imperiosamente que tomáramos una dirección. Todo me parecía pesado, como si estuviéramos embarrados en un bosque primario. No sé cuál de los dos inició el movimiento hacia un café para «conocernos», aunque a esas alturas ya estábamos profundizando en nuestras respectivas estrategias para evitar al otro. Sentados alrededor del velador del café, ya no podíamos eludir el hecho de que estábamos juntos, encerrados ambos en cápsulas de cristal. El inicio del diálogo estaba pautado por una sucesión de «¿eh?» y «¿qué?», oídos aguzados y alguna que otra sonrisa cómplice, pues teníamos ambos la sensación de que el otro nos imitaba. Desconcertado por nuestra pantomima, el camarero nos trajo los cafés, evitando las típicas frases, pero estábamos tan concentrados en anticipar las preguntas fantasma que nos entregamos a un duelo de cortesías absurdas: «gracias», «de nada», «está bien así», «perfecto». El camarero salió huyendo, y al final hasta nos reímos un poco. Por fin podíamos mirarnos a los ojos.

Los suyos eran oscuros como los míos, el iris se confundía con la pupila, por lo que sus movimientos hacia mis labios eran discretos pero intensos. Sin embargo, fui sobre todo yo quien le ofreció mis ojos, buscando nuestros puntos de convergencia en sus labios, convencida de que nuestras vidas estaban pautadas por las mismas emociones y de que íbamos a ser como dos grandes jugadores de ajedrez que comparten sus diferentes estrategias para no perder la partida.

Le encantaba viajar, mientras que yo lo odiaba. Se me había quedado grabada la letra de esa canción que dice que «partir es morir un poco». Le pregunté por su interés en los parajes lejanos. Yo nunca había sabido leer los labios en inglés, todas las palabras

se desvanecían, tragadas.

Siempre las había visto desaparecer detrás de la lengua, absorbidas por la saliva como por la espuma del mar.

No sé si el torrente de sus palabras había pulido su voz, que se volvía menos chirriante por momentos, o si su naturalidad había transformado su lenguaje, pero el caso es que ahora entendía todo lo que me decía.

Solo se sentía a gusto cuando viajaba. No entender formaba parte de la condición de extranjero.

—Aquí no hay más que irritación y desconfianza.

Asentí en silencio.

Luego me preguntó si vivía sola.

—Más bien no —le dije—, tengo un soldado y un perro, y, desde hace poco, creo que hay alguien más.

Su mirada se dirigió a mi vientre.

Me reí de su error.

Pero dije:

—Estoy habitada.

Nos separamos calibrando nuestras diferencias. Era miembro de una asociación de sordos del oído izquierdo con audífono en el derecho, esponsorizada por la marca Atavix —sostenía que la comunidad tenía miembros en todo el mundo—. Yo solo había pertenecido al club de niños enfermos del corazón, y solo para poder empujar la silla de ruedas de un amor de infancia por los caminos pedregosos del bosque de Vincennes.

Conocer a alguien con déficit auditivo solo me había enseñado una diferencia más. Había tantas disimilitudes entre él y yo como entre dos pájaros de familias distintas. Cada cual tenía sus propias técnicas para construir sentido.

Me sentía un saco de huesos agitado por el viento, picoteando sola las articulaciones que habían de sostenerme en pie, cuando vi el brillo de la brasa de un cigarrillo en el patio de mi edificio y la silueta de una cabeza baja, una espalda encorvada, como un funámbulo suspendido en el aire que tiene que cruzar un abismo con una carga voluminosa y maloliente, una enorme masa de basura a la espalda: era el amigo-vecino.

No pareció reconocerme, me planté delante de él y de la masa que tenía a la espalda.

—Hola.

Él no dijo nada y no lo reconocí del todo, sus rasgos seguían ahí, pero su rostro había desaparecido, ya no acompañaba sus ojos, su nariz ni su boca. Era como estar delante de un yogur, veía los rastros de las cucharadas, pero nada más. Me alejé de él rápidamente, con la sensación de que la carga voluminosa y maloliente que me había parecido ver se animaba detrás de mí y que de ella salían unos monitos inquietos y chillones para insultarme a gritos.

Las vueltas de la escalera aspiraron esa imagen heladora sobre la que cerré rápidamente la puerta. En medio del salón, el soldado y el perro estaban con la mujer del herbario, que se presentó y me dijo que era botánica. Me senté en el sofá y escuché su voz aguda, sonora y clara:

—Solo puede crecer en zonas olvidadas, en lugares inexistentes o no cartografiados.

La interrumpí:

—¿De qué habla?

—Del *Pensamiento vagus* —contestó la botánica antes de proseguir—: Su estructura clorofiliana se deteriora fuera de los ambientes silvestres. Hasta el momento ha sido imposible estudiarlo fuera de los terrenos borrosos que constituyen su biotopo. Solo se desarrolla en una tierra abandonada, rica en antimateria, en los cráteres de cometas, en ciertas zonas de conflictos ancestrales o en las fallas cartográficas.

43

Acababa de recibir los resultados de la prueba genética incluida en el protocolo para saber si cumplía los requisitos para el implante.

No había nada.

Ninguna enfermedad.

Nada que explicara la sordera y la pérdida de audición.

Nada que explicara el fallo que hacía que ya nada funcionara.

No había nada definido.

44

En el ayuntamiento leía artículos sobre el tema de los archivos. No era una obligación, pero, a raíz del inventario de los reconocidos como muertos al final de la Primera Guerra Mundial, había desarrollado una fascinación por los archivos. Recorría esas columnas como si mi vida dependiera de ello.

Había leído un texto titulado «El pasado se escabulle».

Explicaba que de nada servían los intentos por archivar internet, que el pasado se escabullía y que el futuro iba a ser aún menos registrable y conservable. La fragilidad de los soportes, su duración de vida extremadamente corta, hacían que nos sumiéramos en el olvido con una facilidad aún mayor.

Corría el riesgo de ver borrarse de mi oído todo lo que no consignaba diariamente en mi herbario sonoro.

De vuelta en casa, le hice entrega solemne de las páginas del herbario a la botánica, las dejé como una ofrenda a sus pies, haciendo así, o eso esperaba, un rito animista complejo en el que las cuartillas en las que había anotado los ruidos de la vida cotidiana se encarnarían un tiempo en ella para migrar de nuevo hacia mí.

Ella acogió el rito y me aseguró que conservaría con mimo el herbario sonoro junto a sus plantas milagro-imaginarias.

La tormenta empezó a rugir.

Apartamento
Nombre latino: *tempestas*
Nombre común: tormenta
Latitud: 48.866667
Longitud: 2.333333
Casquete polar arrojado al fuego

45

Recordé que la tormenta había hecho pedazos mi infancia.

La tormenta había originado en mí la idea de finitud. Esa dolorosa sensación de que algo nunca volvería a ser como antes, de que podía pasar algo que destruyera la forma del mundo, que transformara una tarde de verano llena de voces de niños, de briznas de hierba pegadas a las pestañas, en la noche más negra y solitaria, tiritando en una silla de madera inanimada y contemplando las sombras engullir las ramas de los árboles, el arroyo y los tejados de las casas.

Comprendí que, en la tormenta, los adultos ya no eran adultos sino muñecas sin vida, extirpadas, dislocadas. La tormenta había deformado sus rostros y torcido sus bocas, había hecho visibles sus empastes, había hecho desaparecer sus ojos detrás de los párpados.

«Trueno» fue la palabra que pronunciaron para designar esa explosión de todos los elementos del cosmos, pero ese primer día de la muerte de mi infancia yo me pregunté: «¿Quién me dice que lo que pasa es verdad? ¿Que la palabra y la cosa se corresponden?». Cómo podía yo saberlo, si nadie me había dicho que, un día, un momento, habría una tormenta y que ya nada volvería a ser como antes, que los destellos de sol se pudrirían en charcos helados. No me habían dicho nada, no me habían avisado de que estaría sola, aullando en la noche en pleno día ante sus bocas rotas, cruzadas por cabellos húmedos; no me habían dicho que la infancia se haría pedazos en medio de la indiferencia general.

Y él.

Tiene los ojos grises como las tardes de tormenta, ese gris en el que era consciente de que podía perderlo a él también.

46

Me habría gustado trazar imágenes en el fondo de una cueva para describir mi amor por él: era icónico.

47

Una larga avalancha a cámara lenta cubría mis puntos de referencia, el monstruo escondido en el fondo de mi oído se alimentaba cada vez más de palabras. Solo en la bañera percibía la voz de Thomas y en sus murmullos pegados a mi oído. En la bañera colocaba las orejas a ras del agua, y él su boca al otro lado. La reverberación del sonido de su boca sobre el agua y las vibraciones resonaban en mi tímpano casi muerto. Era extraño, su voz cristalina y ruidosa como el viento era ya casi un recuerdo. La voz era tenebrosa, pautada por los chapoteos del agua. Me sentía una estalagmita atrapada en las redes del tiempo. Le contestaba, él me contestaba a su vez, dialogábamos por medio del agua. Sumergíamos nuestros cuerpos en el silencio, envueltos solo por las vibraciones. Entonces yo era la voz de Thomas y él era mi voz, y tenía la sensación de que nada desaparecería.

Solíamos proseguir con los juegos de murmullos, su boca en mi oreja. En cuanto despegaba los labios de mí, se cortaba el sonido. Un juego de espacio y de caja de resonancia, el hálito en la oreja se condensaba y se humedecía, mi oreja chorreaba la voz de Thomas. Me gustaba la idea de que jugábamos a formar una nube en el cielo ensombrecido de mi oído.

El cuerpo nos traía de vuelta a tierras fértiles, no hacía falta plantar palabras entre nosotros.

El silencio tenía mucho más que decirnos, nos engrandecía.

48

Pero cuando ese silencio amenazaba de nuevo con expulsarme de la realidad, volvía a convertirse en un enemigo al que había que combatir —no sé qué narices hacía el soldado, le habían encargado «una misión», me había dicho la última vez, tenía que apañármelas sola—, y ese combate tenía un nombre: implante.

Daba vueltas y vueltas a ese nombre:

Implante
Plan
Planta

Thomas se inclinaba por «planta». Le gustaba la idea de que una semilla tecnológica fuera a florecer en mi cerebro y me llevara hacia la luz, como un girasol genéticamente modificado. Thomas era un progresista. No tenía miedo.

Pero Thomas no era yo.

49

—El implante es una máquina de guerra capitalista. ¿Quién tiene interés en la mejora de los hombres? ¡Los militares! Louise, tú no quieres ser una combatiente de capacidades superfisiológicas y supercognitivas, ¿verdad? —me repetía Anna.

No, le contestaba yo, claro que no.

Me hablaba de nanorrobots conectados a las neuronas biológicas que controlaban las emociones:

—Eso también te lo podrán poner pronto en el implante, podrán conectarte y descargarte conocimientos. Van a entrar en tu intimidad, esto vuelve borroso el límite entre humano y no-humano. En el fondo, te pedirán lo mismo que a una máquina: ser regulable. Te apagarán y te encenderán.

Anna tenía razón, era bioéticamente responsable de mí misma. Tenía que reflexionar sobre mi ética personal.

Los artículos que Anna me enviaba sobre proyectos de empresas tecnológicas perturbaban mi día a día. Los de los implantes insertados en el cerebro por un robot neurocirujano me helaban la sangre. De esa manera se podían controlar los teléfonos inteligentes y los ordenadores. Le contestaba que estaba equivocada, que eso era para la gente con discapacidad motora, que no tenía nada que ver. «La equivocada eres tú, eres una discapacitada, y para “ellos” eso no cambia nada.» Anna se ponía en plan conspiranoico, le tenía tirria a todo lo nuevo que ese mundo ofrecía. Insistía mucho en la idea de que los creadores de las evoluciones tecnológicas eran ante todo fanáticos de la ciencia ficción, que accediendo a ponerme el implante iba a grabarme ese universo en la carne.

No tardarían en transformarme en una interfaz directa entre mi cerebro y esas aplicaciones tremendamente lucrativas. Estarían

muy cerca de poder grabar mis pensamientos, de salvaguardar mi estado mental o de pedir un Uber. Si me consideraban poco interesante e improductiva, podrían también transformarme del todo, transfiriendo a mi psique a otra persona.

BASTA.

Me imaginé caminando en una noche fría, después de una fiesta en casa de Anna, y viendo aparecer un Uber reservado y pagado por el implante en cuanto empezara a asomar en mí la más mínima impaciencia de estar en casa calentita.

Otra historia empezó a atormentarme por las noches: la de ser otra persona.

De repente, una mañana, una extraña ocupaba mi cama, y esa extraña era yo. En mi sueño Thomas ignoraba la metamorfosis y seguía llamándome «Louise». Tenía entonces la sensación de traicionarlo, de haber cometido adulterio con esa otra mujer que era yo, de nombre cambiado, deformado, con sonoridad extranjera. Sentía un nudo en la garganta y terminaba por escupir entre nosotros un trozo de oreja lleno de babas.

A menudo me despertaba en ese punto del sueño, con una sensación de garganta arañada, rasguñada por la realidad, como si hubiera gritado en la noche sin que nadie me oyera.

50

El contorno de nuestros platos estaba rodeado de manchas de salsa, de migas y de gotas de vino. Dejar rastros en la mesa de cada alimento era mi especialidad, en casa de Thomas, sin embargo, todo era linear, la comida aterrizaba por completo en su estómago, sin dar rodeos, mientras que yo siempre perdía algo por el camino.

Anna barría los objetos con las manos, mezclaba los rastros, de tal manera que el desayuno, el almuerzo y la cena casi acabada componían ya una sola y misma línea cuyo círculo ella agrandaba en función de su tasa de alcoholemia. Y, esa noche, el círculo nos englobaba casi por entero.

Anna y Thomas no solían mostrarse de acuerdo, hacían apartes para explicarme el debate, que a veces se envenenaba entre ambos. No se ponían de acuerdo ni sobre cuál era el tema de la discusión.

Para Anna, esa noche se hablaba de narración *transmedia*, mientras que para Thomas el debate trataba sobre la manera en que los algoritmos llevan a conclusiones que son fundamentales para la investigación pero que nosotros somos incapaces de seguir.

Yo callaba para no añadir complejidad a la discusión.

Hasta que un ruido nos interpeló a todos: se había roto un vaso en el suelo. Vi una mano encallecida de uñas negras sobre la mesa, oí una colada sonora que me recordó a una palabrota. Anna miraba en la misma dirección que yo, mientras Thomas iba a buscar un recogedor a la cocina. Vi asomar los rizos del soldado por encima de la mesa, estaba sentado en el suelo. Anna se rio y, como suele hacer, se puso a cantar. Se le unió la voz rota del soldado. Me asusté, Thomas estaba a punto de volver, ¿qué iba a decirle? Preferí reunirme con él en la cocina hasta que terminara la canción, después el soldado se marcharía seguramente.

En la cocina dije cosas serias para captar toda su atención, cosas tontas como las canciones, cosas tontas como «si aguanto es gracias a ti», para distraer su atención de lo que estaba pasando. Thomas no tenía un pelo de tonto, pero me gustó que se limitara a pensar que yo estaba alterada, mi amor se deslizó torpemente por mis labios para retenerlo.

Cuando volvimos al salón, la mano sobre la mesa había desaparecido y Anna tarareaba bajito una canción de vaqueros, acariciando el vaso con el dedo.

Yo estaba más tranquila, la rodilla de Thomas me tocaba el muslo por debajo de la mesa, pero los ojos de Anna se empañaron por una emoción inquietante.

—¿Se lo has dicho a Thomas?

—¿El qué?

Miré a Anna, suplicándole que parara.

Ella ladeó la cabeza con un gesto asqueroso, señalando el lugar del vaso roto, y dijo:

—¡Pues lo de que hay un hombre en tu vida!

Como se aburría, quería liarla parda. Su naturaleza melancólica buscaba hacer mella en mi deseo de estabilidad. Thomas sonreía, igual se imaginaba que Anna quería hacerme decir esas palabras que yo odiaba, palabras como *amor*, esas cáscaras vacías.

La boca de Anna se abría en las eles, desvelándome su lengua, que trataba de despegar las migas que se le habían quedado pegadas entre los dientes. Las frases de Anna estaban llenas de vocales extremas, que estriaban su rostro con múltiples arruguitas, como si su boca fuera el punto de impacto de una piedra que salta sobre el agua, y su rostro, los círculos concéntricos. La de Thomas se redondeaba por la extrañeza, las comisuras de sus labios se fruncían, formando hoyuelos en sus mejillas, señal de que desaprobaba el razonamiento de Anna, cuyos labios volubles se teñían con los taninos del vino tinto. Corté el sonido, apagué mi sonotone, desenfoqué la mirada y me sumí en el círculo de migas de Anna, que nos iba aprisionando.

51

Thomas no dijo palabra en todo el camino de vuelta. O, si lo hizo, yo no oí nada. Veía la sombra del maldito perro, me pisaba los talones con su ojo tuerto, aullando a la noche. ¿Tenían algo que ver con Anna las misiones del soldado? ¿Por qué se me escapaba todo? Necesitaba explicaciones, aunque era incapaz de dárselas a Thomas, convencida de que había que proteger su normalidad, de que no entendería lo mal que estaba yo. El perro nos seguía, yo era consciente de que algo no estaba bien, sus andares habían cambiado. Su pelaje no era el mismo, ahora era más grueso, parecía una oveja que nadie hubiera esquilado en mucho tiempo. Hasta su cicatriz desaparecía bajo el pelaje oscuro, el ojo tuerto se apagaba bajo la cortina parda.

Una vez en mi casa, Thomas me confesó por fin que le parecía que Anna se pasaba un poco en sus interpretaciones psicológicas de la vida.

—Eso del soldado, por ejemplo —dijo, y a mí se me aceleró el corazón—, de verdad piensa que estás en guerra, que estás asediada.

Me sentía a la vez aliviada y aterrada de que no hubiera creído a Anna, de que no pudiera creer que eso fuera posible.

Tenía ganas de aullar a la noche.

—¿En qué piensas? —me preguntó Thomas.

Pensaba en esa bola de pelo que no dejaba de crecer, pensaba en su próxima desaparición si no hacía nada por evitarlo.

Pero respondí:

—En lo mismo que tú.

Thomas me miró con aire pícaro y me ofreció los labios. Pegué los míos a los suyos. Él trataba de abrirlos con la lengua, mientras yo pensaba en los nombres de las nubes. Me los había

aprendido de memoria de niña, en un intento por huir de la televisión, siempre encendida por las noches.

—¡Cirro!

El nombre de mi animal tuerto se me impuso como un relámpago. Salió de mi boca junto con la lengua de Thomas. Cirro era el nombre de una nube de pelo largo. Corrí hacia la bola negra escondida debajo de la mesa de la cocina: «¡Cirro! ¡Cirro!», con las manos buscaba la masa oscura para sacudirla, «Cirro», entonces sentí algo parecido al cartílago bajo los dedos, un cartílago que se movía. Las orejas seguramente.

Me acerqué y le dije:

—Cirro, no te olvido.

52

En la noche de insomnio, inquieta por el pelo de Cirro, los excesos del soldado y mis oídos en retirada, abandoné el sueño de Thomas y me reuní en la cocina con el soldado. Para aplacar la inquietud creciente, jugamos a piedra, papel o tijera hasta la penumbra de la aurora. Me habría gustado preguntarle por su relación con Anna.

Poco a poco, los cúmulos rosados fueron excavando pliegues en nuestras manos. El alba nos achinaba los párpados. El soldado parecía un reptil de ojos rasgados por el cansancio, su boca era un filamento, y tenía las aletas de la nariz enrojecidas por la cocaína.

Debajo de la mesa, Cirro ya no parecía un perro, con ese pelo que no paraba de crecer y crecer. Por más que se lo cortaba, seguía creciendo, y Cirro se rascaba.

De pronto, Thomas vino a la cocina a beber agua.

Se quedó un momento en el quicio de la puerta, inmóvil sobre las baldosas, con los ojos cerrados de sueño. Tenía las mejillas surcadas de marcas de almohada, el calzoncillo amplio electrizado por el frescor de la cocina y todo el cuerpo carcomido por la noche y la cama.

No dijo nada.

En respuesta a la escena que tenía delante, sus ojos parpadearon, como las luces de la ciudad a la llegada del alba.

Se quedó así un rato más hasta que el día tapizó la habitación de otro color.

Lo saludé torpemente, le expliqué la noche de insomnio y que no estaba sola. «Las presentaciones son innecesarias», añadí, con un tono que aspiraba a ser inapelable. Thomas no entendió nada, seguía atónito.

El soldado intercambió unas miradas con la botánica desde el

pasillo donde se encontraba ella, con una concha de erizo de mar en las manos. Volvió con un cuenco de pétalos y nos ofreció a todos. El soldado cogió un puñado, se sirvió leche y se lo comió todo junto, indiferente, mientras la botánica freía unos cuantos en zumo de abedul. Thomas se sentó a la mesa, su mirada estaba vacía como el hielo polar tras el paso de una orca con un pingüino en la boca.

53

No sé cómo lo vivió Thomas, si de verdad lo vivió en la densidad de la mañana, pero cada uno se levantó sin mirarse y desapareció en su jornada. En lo que a mí respecta, tenía cita para la prueba de los electrodos.

No sabía en qué consistía, pero era parte del protocolo para ver si cumplía los requisitos para el implante.

La prueba era en el hospital. Volví con Babinski, a la planta de los audiogramas donde el soldado se me había aparecido por primera vez —de hecho, me guiñó un ojo, me dio repelús porque estaba desfigurado.

En la sala de espera, percibía los sonidos ahogados, como si hubieran tenido que recorrer regiones áridas y hostiles para llegar hasta mí agotados, exangües, descarnados. No oía de ellos más que un único y mismo estertor.

El hospital no tenía mucho de hospital, solo unas pocas imágenes tales como batas blancas que se cruzaban en los pasillos verdes, puertas que se abrían y se cerraban, pacientes que abrían de par en par los ojos para que no se les escapara la razón por la que estaban allí, pacientes que se levantaban, perseguían cojeando a las batas blancas y desaparecían detrás de mis párpados.

Una joven que, supuse, estaba en fase de reconversión profesional tras una oscura carrera de enterradora, se plantó delante de la cola formada por los pacientes. Interrumpiéndola, me levanté y dije mi nombre. Por suerte, era mi turno.

Me hizo pasar a una sala parecida al decorado de un documental sobre la evolución de la medicina y me instaló en una cama rodeada de máquinas. Una doctora joven me pidió con gestos torpes que me quitara el sonotone y me puso electrodos en el pecho, detrás de los lóbulos de las orejas y en la frente.

Sentí las corrientes eléctricas, sentí calor como si me encendieran una cerilla debajo de la piel. Luego oí unos silbidos durante largo rato. Pensé en las descargas eléctricas que les aplicaban a los soldados traumatizados por la guerra. Bajo los párpados, vi al soldado apretar los dientes, con los ojos cerrados y el cuerpo tenso como la cuerda de un arco.

La prueba terminó, la joven doctora fue a comprobar los resultados en la pantalla y entró otra mujer de más edad. Se acercaron a quitarme los electrodos mientras hablaban entre ellas. Pedí papel para limpiarme el producto granuloso que me habían aplicado y que olía a quemado.

¿Qué habían quemado en mí? ¿Recuerdos? ¿Como en las historias que Anna me contaba? ¿Acaso quemaban la memoria de los sonidos con los que había crecido, una especie de bulbos necrosados, congelados en el invierno? ¿Qué quemaban en mí?

Me hallaba absorta en estas preguntas cuando la mujer se volvió hacia mí:

—Va a tener que hacerse el implante.

Ante mi silencio, repitió con un fuerte acento, quizá de Europa del Este, aunque lo mismo podría haber sido de Borgoña:

—Va a tener que hacerse el implante.

Pregunté qué prueba era esa y cuál había sido el resultado.

Sus labios exageraron los movimientos, formuló palabras sencillas:

—Está usted sorda, mucho.

»Esto lo mide.

»Con el audiograma responde usted.

»Aquí lo hace la máquina.

Me enseñó los dibujos en la pantalla, parecían los planos de una llanura pedregosa. El viejo ordenador presentaba los resultados en varias ventanas sobre fondo negro con dibujos en verde. Parecían imágenes de la Luna tomadas por satélite, sobre todo mostraban pequeños cráteres.

—Pero ¿qué más aporta? —quise saber.

—Está usted sorda. Lo dice la máquina.

Asentí, decepcionada:

—Pero eso yo ya lo sé.

Mientras metía en una carpeta los estudios por satélite de la superficie lunar, comenté furiosa: «Doscientos años de progreso técnico para explicarme algo que ya sabía desde siempre».

54

Tenía miedo. El implante era una tecnología fría y amarga —«¿Por qué amarga?»— que iba a suplantar una parte de mí, a propulsarme a otro mundo, a otra vida que no era yo. —«Pero seguirás siendo tú.»

—Con un implante, será *diferente* —me dijo el logopeda.

Pero ¿qué quería decir eso?

Diferente.

De tanto pensar en ello, me di cuenta de que esa palabra estaba en todas partes: en todos los anuncios publicitarios, desde las compresas hasta el whisky, pautaba la vida cotidiana pero seguía siendo un misterio.

¿Reconocería la voz de mi madre, la de Thomas, la de Anna, la mía?

La idea de no reconocer mi propia voz me sumía en una profunda estupefacción. Me atenazaba un miedo visceral a sumirme en un desdoblamiento. Imaginaba oírme con una voz ajena, habitada por otra persona, estar dividida por dentro, como si en una misma calle hubieran pasado siglos sin que quedaran rastros visibles ni palpables.

Estaría en un escenario de ciencia ficción donde el mundo es idéntico y *diferente*. Miraría a mi madre y me preguntaría si no era una máquina a la que había que llamar mamá. Imaginaba oírme pronunciar «mamá» desde el futuro.

—Pero oirás.

Pero si no quiero oír de esa manera, ¿podría rechazarme a mí misma?

No podré quitármelo, mi oído estará recubierto de metal.

Ya no tendré cóclea natural, habrá un cuerpo extraño.

Estaré en una niebla tan densa como la pez llamada *mundo*.

—Estás exagerando.

Me apagué, mi madre siguió hablando pero yo rehuí sus labios con los ojos.

¿Y si funcionara?

¿Querría hacer deportes de equipo, comprender que me gritan «¡Joder, la pelota!», ir a los pubs a hablar de banalidades, hacer carrera en el marketing, responder al teléfono con la naturalidad de Cathy+, dirigir equipos, hacer lluvias de ideas, tener responsabilidades, ir a ver películas francesas?

No resultaba creíble. Era como si el implante fuera a lobotomizar veinticinco años de construcción social, a cimentar la fractura identitaria.

Con un implante no sería esencialmente distinta. No, no sería más *performable*, así es que dije:

—Dejadme tal cual, tampoco estoy tan mal.

—Pero, Louise, estás al borde de una depresión.

55

Mi madre estaba anclada en la preocupación.

—Te quejas cuando el dentista te pone aluminio en las caries, y no quieres entender que me niegue a que me incrusten metal en el oído y en el cráneo —le dije.

—No puedes quedarte así, ¿cómo vamos a hacer si ya no podemos hablar contigo?

La veía en el continente de los oyentes, desolada de verme alejarme mar adentro hacia la isla de los sordos.

—Aprenderás la lengua de signos —contesté a sus ojos llorosos.

Creo que la retaba para retarme a mí misma.

En el continente estaría mi familia, Thomas, Anna, mis compañeros de trabajo, el mundo entero. Saldría de la jauría que aúlla, los dejaría con su frenesí económico y social y navegaría, primero sola, a bordo de una barca que me habría fabricado con mi valentía, flotaría gracias a mi voluntad, atravesaría las móviles aguas del silencio, solitaria como un Robinsón que abandona la civilización, desnuda y sin más arma que mi tenacidad, blandiendo mis pequeños músculos en la oscuridad.

Tras varios días y varias noches, me acostumbraré a ese nuevo paisaje sin relieve. Me acabará gustando, la luz será más hermosa y todo centelleará en el silencio, el mundo tendrá un brillo nuevo. Estaré preparada por fin para arribar a tierra sorda. Me acogerá una pequeña comunidad de sordos insulares, hablaremos en lenguaje-flor.

—Louise, no puedes hacerme esto, a mí.

Había levantado la voz lo suficiente para que las palabras me llegaran.

Me daba la espalda quejándose, ahogando su angustia en

gestos mecánicos, como si, alisando los pliegues del mantel, el mundo fuera a ser de nuevo esa zona tranquila y cómoda en la que mi madre podía acurrucarse.

Nos encerramos en la amargura del denso silencio de la incomprensión, esa espesura en la que nos perdíamos las dos, asentadas en nuestras inquietudes.

56

«Estás al borde de una depresión.» Recordé esta frase de mi madre mientras Thomas salteaba cebolla en la sartén. Hojeé mi herbario sonoro para encontrar el sonido de las rodajas finas en la materia grasa, ahí estaba:

Apartamento
Nombre latino: *cepe frixum*
Nombre común: cebolla frita
Latitud: 48.866667
Longitud: 2.333333
Conciliábulo de conejos borrachos

Con esa banda sonora imaginaria, recuperé la sensación de estar envuelta en los días, en las horas, en los segundos, en un espacio-tiempo compartido con los demás llamado «vida cotidiana». Me imaginaba ese pasado remoto desde mi islote de silencio, esa incertidumbre en la que solo el viento habitaba el espacio.

Cerré los ojos y, al hacerlo, desapareció la espalda-concha de Thomas, así como su rostro cubierto por los rizos negros que dominaban la sartén y la cebolla. Mi realidad se limitaba a la tela oscura de mis párpados, atravesados por filamentos de luz.

La palabra *depresión* que había pronunciado mi madre acarreaba las imágenes de mi vecino, de su silueta oculta en la noche, de la que sobresalía una mochila negra llena de monos chillones.

Lo veía por mi ventana. Desde hacía varias semanas, no dormía casi nunca o lo hacía a cualquier hora, no sé, y cuando me lo cruzaba en el patio, se quedaba aislado detrás del muro

infranqueable y tenebroso del sueño.

De vez en cuando lo agitaba un sobresalto que yo atribuía al miedo, miedo a tener que atravesar regiones habitadas por la realidad.

Sentí el pelo de Cirro en las pantorrillas, y por la puerta de la cocina entreví a la botánica, ocupada con su microscopio. Observaba su piel algo arrugada que se cubría día a día de largas manchas marrones color corteza.

Thomas se sentó frente a mí y me preguntó si estaba cansada, articulando exageradamente.

—¿Es que no tengo derecho? ¿Acaso no soy una persona? —le contesté.

Me habría gustado agredir a Thomas, arrojar ácido por la ventana, disparar a las nubes con una bazuca, lanzar una granada en la floristería, hacer explotar al perro en el microondas.

Thomas se levantó pesadamente y se fue al cuarto de baño.

¿Qué narices hacía mientras yo estaba angustiada? Eché un vistazo por la puerta entornada. Pensé que estaría mirándose al espejo, desamparado, mojándose la cara para reflexionar sobre la situación, pero no: Thomas estaba de pie delante del lavabo, limpiando.

Mano izquierda: coger el vaso de agua; mano derecha: pasar la bayeta en el sentido de las agujas del mundo, dejar resplandeciente el vaso de agua, humedecer la bayeta, restregar el tapón del lavabo, economía de gestos y espacio, inclinar la pelvis hacia delante para proteger la espalda.

Era muy incongruente, como si Thomas estuviera haciendo las tareas domésticas en mitad de un campo de batalla, repitiendo mantras de desarrollo personal en medio de los muertos.

En ese momento tuve la certeza de que Thomas me ayudaría a reencarnarme en un objeto funcional y razonable.

57

—¡No hay verdad, la realidad es cambiante, tienes que adaptarte a eso, Louise!

No me gustaba cuando pronunciaban mi nombre.

Sin parar de repetir «Louise», Thomas trataba de explicarme que tenía que renunciar a mi herbario sonoro. Estaba convencido de que debía librarme de esa nostalgia. Estaba harto de verme buscar en mis cuadernos la realidad de la existencia, de verme aislarme en el dormitorio para reconstituir los ambientes sonoros a partir de entradas como «tormenta» + «voz de Thomas» + «cebolla frita» + «moto» + «timbre del teléfono».

En la luz cruda del fluorescente de la cocina, me soltó un largo discurso, con la boca muy abierta —casi podía contarle los dientes: treinta y uno.

—Ni siquiera sabemos lo que es la realidad. Si digo que ese trozo de ventana es azul —me señaló con el dedo el tragaluz de la cocina y esperó hasta que yo asentí—, digo una verdad. Pero no es más que una verdad parcial y, por tanto, una mentira.

Pausa, gesto afirmativo mío.

—Ese trozo de ventana no está aislado, está en un edificio, en una ciudad, en un paisaje.

Pausa, gesto afirmativo mío.

—Está rodeado del gris de esos muros de cemento, del azul del cielo, de las nubes, de otras muchas cosas.

Pausa, gesto afirmativo mío.

—Y si no lo digo todo, absolutamente todo, miento. Pero decirlo todo es imposible, incluso en el caso de esta ventana, de este fragmento de realidad física.

Pausa, gesto afirmativo mío. Pero ¿adónde quería llegar? Mi indicador de concentración estaba cayendo en picado.

—La realidad no tiene límites, y si olvido una sola cosa, miento.

Pausa, gesto afirmativo mío.

—Para los humanos, esta realidad cambia todo el tiempo.

—Sí —dije.

—Ya no somos lo que éramos hace un rato.

Recordaba mi frustración, mi enfado de antes y, efectivamente, ya no era la misma.

Sus ojos gris tormenta se agrandaron, sus brazos formaron un semicírculo por encima de mí y apartó los dedos. Ese gesto me dio a entender que las palabras que iba a pronunciar a continuación eran un grito:

—¡Olvida cómo oías, la realidad es lo que oirás con el implante!

58

Necesitaba creer que tenía elección.

Primero quise ver cómo eran las cosas del lado de los sordos, cómo eran estos, si podía unirme a ellos en lugar de ponerme el implante.

Me apunté a un curso de lengua de signos que daba un profesor sordo en una asociación que promovía esa cultura.

El profesor era sordo profundo, nos tenía prohibido utilizar la boca, teníamos que limitarnos a las manos y las expresiones del rostro. Éramos tan torpes, se nos pegaban los dedos, nuestros gestos eran tan lentos que teníamos que repetirlo todo varias veces. Parecíamos niños desmañados y frustrados, puede incluso que un poco retrasados, intentando trasladar las ideas a los signos de manera mediocre, sin imaginación.

Un día, de pronto, se cayó una silla al suelo; el profesor y yo nos dimos la vuelta a la vez, un segundo después de los otros cuatro alumnos oyentes. Ese minúsculo acontecimiento me hizo tomar conciencia de que teníamos el mismo bagaje acústico.

—Sin mi aparato, oigo como tú —le dije por signos lo mejor que pude.

—Puede —me contestó él—, pero tú eres oyente, has ido al colegio de oyentes. Yo soy sordo, me expreso en lengua de signos desde niño, nunca seremos iguales.

En realidad, nuestro diálogo fue más bien algo así: «Si no aparato, yo igual tú oír», y él: «Puede, pero tú oyente, tú hablar, yo sordo. Diferente. ¿Por qué? Tú colegio oyentes, yo colegio sordos. Yo signos niño».

En la manera en que expresaba «diferente», exagerando el impacto de un dedo sobre otro y acompañando el arabesco del gesto de su índice derecho con un encogimiento de hombros, sentí

cierto desprecio hacia mí. Me estaba dejando bien claro que pertenecíamos a mundos distintos: él al de los sordos que se expresan en lengua de signos y yo al de los «oralizantes que hablan».

A sus ojos yo era una renegada.

Pese a todo traté de explicarle que me iba a volver *totalmente* sorda, mucho más que él, pero me pareció que mi argumento no hacía sino aumentar su orgullo de casta. Él odiaba a los nuevos, a los que trataban de acceder a su comunidad de manera tardía. Yo no había crecido con una lengua prohibida, obligada a «oralizar», y la infancia te marca para siempre.

De hecho, los sordos se burlaban de los «oralizantes que hablan» con muecas simiescas. Nuestras feas bocas no tenían ningún alcance, mientras que sus signos transmitían multitud de imágenes.

La creatividad de la lengua de signos, la percepción del cuerpo y del espacio se oponían a las imposiciones de la lengua oral. En sus relatos, liberados de una gramática rígida con simples marcadores temporales, la historia, los personajes y sus características, así como el comentario, estallaban ante los ojos con un virtuosismo que nos hacía torpes a nosotros. Tomábamos conciencia de nuestros rostros sin expresión, de nuestros cuerpos a los que años de lengua oral habían vuelto pesados. Estábamos tan convencidos de ello que denigrábamos la miseria de las bocas y las vocalizaciones, la pesadez de la frase.

El profesor nos propuso juegos, había que imaginar que vivíamos tempestades en alta mar; para sobrevivir, teníamos que escoger a quién de nosotros arrojar al agua. Todos manteníamos un sordo a bordo, pues en el oleaje y el viento, solo la lengua de signos y la mirada aguzada del sordo nos parecían necesarias.

—No has elegido bien tu bando —me dijo riendo el profesor.

El signo *elegir* mimaba algo que se coge al azar, por lo que traducía perfectamente el sentimiento de que una mano invisible me había extraído de lo indeterminado para decidir el lugar donde estaba hoy: el mundo de los oyentes.

—Pero si yo no he elegido —traté de convencerlo.

Esa mano de la palabra *elegir* era la de varias generaciones que habían deseado la adaptación de cada uno de sus miembros a la norma, y la norma era la lengua oral. «En el principio fue el Verbo» había marcado a los «oralizantes», las «bocas que hablan», los cuerpos inmóviles y los rostros impasibles, de ahí las horas y horas de logopedia, el esfuerzo ingente por leer los labios y reconocer las palabras al oído, por afinar la escucha, horas y horas puliendo la voz para que pareciera normal, horas y horas aprendiendo vocabulario, aprendiendo a ser impecable con la gramática, todo ello con el fin de no encerrarme en una categoría a la que yo no pertenecía, la de «los sordos», y el de parecer alguien que no era del todo.

—Te has construido con «ellos» —añadió el profesor.

Sin embargo, yo no sentía que perteneciera al mundo de los oyentes.

Hizo otro gesto, la palma de la mano sobre la frente con el índice y el corazón unidos dando una toba: acababa de aprender la palabra *negación* en lengua de signos. Había expulsado de mi conciencia a la sorda que ocultaba en lo más hondo de mí con la mirada de la vergüenza.

Estaba en ese punto de mis reflexiones cuando surgió un debate: los profesores sordos nos invitaban a unirnos a ellos para manifestarnos contra la práctica generalizada del implante. El Estado había asumido por completo el coste —que era muy elevado— de la intervención en los bebés, y los sordos lo veían como una amenaza para su cultura, como la continuación de una política coercitiva hacia ellos.

Eso acrecentó mi malestar con respecto al implante. De nuevo, ¿cuál iba a ser mi lugar? ¿Quién era yo? La idea de mi propio yo se estiraba, se metamorfoseaba, ese *algo* que yo era se reducía a mis datos personales, a lo que estaba escrito en mi documento de identidad:

Louise F., nacida el 21 de junio de 1990 en Champigny-sur-Marne, ojos: negros, estatura: 1,63. Firma del prefecto Malbranche.

Era el único elemento estable de ese *algo* que era yo.

59

De vuelta en casa, la botánica me presentó su último hallazgo: el narciso espumoso.

La particularidad de esta planta milagro-imaginaria era su ausencia de sistema de floración. Estaba invalidado por un oleaje de amargura.

—La espuma tiene el mismo papel que una enzima: rompe las entidades endógenas del narciso. El narciso espumoso es por ello incapaz de constituirse como flor y de ocupar el ecosistema.

60

Mi madre me invitó a cenar, en la cocina adoptó su aire serio. De niña, creía que se trataba de una máscara secreta.

Al ver la gravedad de su expresión, comprendí que tenía que concentrarme intensamente para leer lo que se disponía a decirme. Odiaba ser rehén de esas frases importantes. Tenía que hacer acopio de todos mis recursos para evitar que me repitiera las frases si no quería ver cómo se le llenaban los ojos de lágrimas. Cuando mi madre ponía esa cara, era una señal de alerta terrible, mi sordera tenía que mantenerse a raya.

Me coloqué frente a ella, justo delante de su rostro asimétrico. Veía dilatarse sus fosas nasales por la emoción. Mi madre frunció un poco más el ceño, señal de que iban a salir ya las palabras. La cocina era el receptáculo de la frase importante de mi madre, y hasta las partículas de polvo en suspensión recogían la luz como luciérnagas para iluminar sus labios. Todos mis órganos pendían de lo que iba a decir. El labio superior se separó y las aletas de su nariz se juntaron al inspirar aire.

—No deberías —juntó los labios para poner boquita de piñón, seguro que a continuación vendría una serie de «m», «on» o «en», y, por la manera en que la lengua chocaba con un golpe seco sobre sus dientes, había consonantes tipo «t» o «d». Sus labios temblaron de emoción, alterando la formación limpia de las palabras, no obstante pude reconstituir el término *nunca*— ponerte nunca el implante.

La palabra *implante* —en dos tiempos, golpe rápido de la primera sílaba, pequeña inspiración sincopada, golpe seco, choque de los labios en la «p», visión del dorso de su lengua, nervadura azul y expiración rápida de la segunda sílaba— la leía en todas partes, todo el tiempo, y la temía. Desencadenaba una cascada

helada en mi nuca, que luego fluía formando remolinos entre mis pensamientos.

Febril, mi madre clavó su mirada en la mía y esperó mi reacción, sus dedos recorrían nerviosos su cabello, se agitaban sobre su collar, tejiendo tensión entre ella, la frase y yo.

—No deberías ponerte nunca el implante.

Mi madre era una maldita egoísta, llena de órdenes contradictorias, que nunca había superado la fase en la que el hijo no existe más que como prolongación de la madre. Todo lo que me ocurría ponía en cuestión la armonía de ese vínculo. Esto era lo que yo pensaba y que no podía decirle a sus ojos inquisitivos y a sus labios cerrados.

«Por supuesto que me pondré el implante. Seré su hija con implante, con un dispositivo plantado en el cráneo, un humanoide.»

—¡Sí, mamá, sí que me lo voy a poner! —solté. Las palabras salían de mi garganta. Me hacían daño pero salieron pese a todo, azuladas y asustadas.

Mi madre cesó todos sus gestos. Sus brazos parecían las patas delanteras de una mantis religiosa, tenía la cabeza ladeada de medio perfil, su ojo derecho, redondo, me miraba fijamente, mientras el otro, atascado tras el tabique de su nariz, buscaba sin duda discernir mejor los contornos de la situación.

Hice un movimiento, no sé cuál, pero tiré la silla, el desasosiego me desarticulaba los miembros. Abrí la boca. Ella se precipitó sobre mí.

—¡Louise, no me has entendido!

Eso era fácil de comprender y estúpido de decir.

Me tomó de la muñeca, se puso frente a mí y empezó a hablar, dándome a entender que tenía que repetir después de ella. Sentía la presión de su mano en mi muñeca y temblábamos las dos, me sentía muy frágil, a ella la veía desarmada del todo.

—He dicho.

—Has dicho.

—Deberías.

—Debería.

—Conocer.
—Conocer.
Mi madre asentía.
—Gente.
—Con implante.
Completé y concluí la frase yo misma.
Nos miramos aliviadas.

61

Mis fuerzas se estrellaban contra todos los malentendidos. Cada palabra no comprendida se convertía en una injusticia más. Por mucho que estirara el cuello, que dirigiera la mirada a los labios, que abriera los párpados de par en par, que puliera mi lexicógrafo interno, que conservara la confianza y que me repitiera: «Vas a conseguir esta frase», el fracaso invadía mi existencia.

El mundo era demasiado cambiante, las cabezas y las manos se movían constantemente, haciendo borrosa la lectura de los labios.

Y, sobre todo, estaba la llegada de la noche.

Era lo que yo más odiaba.

Con ella, la línea de los rostros se difuminaba y se sumía en un mundo bidimensional, la gente seguía hablando y riendo mientras el día se apagaba.

La luz era mi aliada, me permitía captar las sutilezas de los movimientos de los labios y de la lengua; en la penumbra, todo el relieve de las palabras se perdía, solo quedaba su tosca carcasa: las bocas abiertas, las bocas cerradas, nada más.

El miedo empezaba a invadirme ya desde la mitad de la tarde. Lanzaba miradas inquietas al cielo y a la noche amenazadora. Observaba, asustada, a los humanos a mi alrededor y me sentía prisionera de su comunicación. Buscaba librarme del dominio de sus bocas. Quería correr, refugiarme en mi casa, pero tenía que esperar y sonreír educadamente a los compañeros de trabajo, que, como yo, se dirigían al final del día, avanzando despreocupados hacia el bus o el metro.

En el crepúsculo, con la satisfacción de la jornada terminada, mis compañeros se animaban, hablaban fuerte, contaban cosas, se

llamaban unos a otros, y yo sentía las preguntas rebotar sobre mis hombros, las risas chocar contra mis entrañas.

Temblaba bajo las miradas consternadas o indiferentes. Obligada a veces a tomar parte en su alegría supuestamente comunicativa, me equivocaba en mis respuestas, hablaba de compota, de bergamota, de capota, exageraba la apertura de la boca para reír con ellos, soltaba un «claro» aquí y allá mientras todo a mi alrededor se ensombrecía.

Todos los días ocurría ese desfase antes del encendido de las farolas, unos largos minutos en los que los fluorescentes parpadeaban y se prendían intermitentemente antes de iluminar trozos de frases que yo repescaba si me quedaban fuerzas para reconfigurar el puzle.

—¡Louise, no olvides el soplido!

—¡Louise, no olvides el pulido!

—¡Louise, no olvides el molido!

Pero también podía ser:

—¡Louise, no olvides el oído!

Yo dudaba entre contestar: «¡Descuida!», «¡Tranquilo!» o el sempiterno «¿Qué?», pero ya no tenía ganas de decirlo.

Ya lo había dicho demasiado.

Y, de todas formas, ya se habían marchado.

62

Tenía que volver al edificio Babinski a hablar con el médico sobre el estudio previo al implante, después del audiograma de la prueba auditiva. En el metro, las voces se hacían añicos contra mi piel. Mi epidermis se hinchaba a la vista de las bocas y se transformaba en arbusto espinoso cuando sentía su respiración recorrer mis antebrazos y mi rostro.

Asociaba a los humanos con tormentas de arena. Las calles de la ciudad se habían convertido en un valle de la muerte por el que me desplazaba con mi cuerpo-escudo para evitar los hálitos calientes y sus ráfagas sonoras.

Las bocas se habían vuelto pequeños monstruos móviles cuyos miembros estaban compuestos por una lengua, una cabeza más o menos puntiaguda, más o menos rosa, un velo del paladar, una especie de cabellera ondulada que rara vez se veía y una úvula, ese cerebro colgante, desnudo, que temblaba a veces, golpeado por las vocales extremas «i», «u», «a».

En la sala de espera, cuando veía tensarse las comisuras de los labios para pronunciar la «i» y los falsos ojos risueños que acompañaban el movimiento, fantaseaba sobre lo aguda que era. La consonante que la acompañaba hacía golpear los labios uno contra otro como platillos o, al contrario, fruncía los múltiples pliegues verticales que estriaban esa piel tan especial.

Las largas esperas en el pasillo de Otorrinolaringología me habían llevado a desarrollar una teoría sobre la relación entre la superficie de los labios y la forma de los dientes. Me había fijado en que los labios lisos y rojos dejaban presagiar dientes «ofensivos», afilados o de bordes irregulares, mientras que los labios aterciopelados, cubiertos por una fina pelusilla, dejaban ver una dentadura «suave», de dientes redondeados y esmalte

resplandeciente. La segunda parte de mi teoría se asentaba sobre lo que yo imaginaba que era una ley general que se remontaba a la Prehistoria: uno siempre pretende ser lo que no es para sobrevivir. La vulnerabilidad de los labios no protegidos, desnudos, ocultaba en realidad la ferocidad de los dientes, mientras que los labios carnosos, protegidos por esa pelusilla blanca, enmascaraban dientes frágiles que eran solo fachada. El hombre tenía una y mil técnicas para engañar a los demás, todo era una gran mascarada que yo recorría de boca en boca.

Pero no podía eludirlas, las bocas estaban en todas partes.

Bocas de labios cerrados, y yo muerta de miedo de que se abrieran.

Quería pegar todas esas bocas.

Huir de todas las dificultades que me imponían.

Era ya la última en la sala de espera cuando vino a buscarme un hombre. Me levanté y seguí sus zuecos verdes.

Me preguntó si estaba bien, si las pruebas previas al implante se habían desarrollado sin problemas.

Su voz era timbrada, sonora, aguda. Sus labios finos eran perfectamente simétricos.

Con él, leer los labios se asemejaba a una partida de *Tetris* a cámara lenta.

Tras asegurarse de que lo entendía bien, me explicó por qué era urgente ponerse el implante cuando la sordera profunda acechaba.

—Las neuronas previamente destinadas a la audición van a especializarse en otros sentidos como la vista, el olfato o el tacto, es lo que se llama *plasticidad cerebral*.

Me imaginaba mi cerebro como un gran vertedero de neuronas recicladas.

Él prosiguió, despacio:

—La sordera sobreviene cuando las células ciliadas se dañan y ya no estimulan las neuronas. Cuando no están regularmente estimuladas, las neuronas que reciben las señales se atrofian y mueren.

Asentí con la cabeza: mi cerebro se había transformado en

una gran leprosería.

—Por suerte, incluso en el caso de una pérdida total de audición, y sobre todo si su aparición es reciente, algunas de esas neuronas sobreviven y siguen conectadas a las zonas de recepción del núcleo coclear. Si la corriente eléctrica de los electrodos implantados logra desencadenar potenciales de acción en las neuronas supervivientes, puede restaurarse la audición.

Yo era una candidata excelente: mis neuronas auditivas estaban activas, era joven todavía.

Por consiguiente, me invitaba a considerar muy seriamente la solución del implante coclear.

Era urgente que tomara una decisión.

Por supuesto, podía hacerle preguntas.

Pero yo no tenía nada que decir.

Solo un único deseo: aislarme en la cima del Himalaya con una lata de atún.

63

En internet, los testimonios de los futuros portadores de implantes relataban todos un cansancio terrible en la fase previa a la toma de decisión.

Todos decían haber tocado fondo.

64

La luz me cegaba. El frío había blanqueado las paredes del patio del edificio y los ojos de Thomas estaban casi negros. La perspectiva de pasarme el día tropezando con las palabras me oxidaba los órganos. Quería que todo se detuviera, que todo el mundo se olvidara de mí, empezando por mí misma. La mano de Thomas tiraba de mí como una correa hasta que los dos aflojábamos el paso, como si hubiera un animal salvaje dormido en alguna parte.

El vecino estaba sentado en el banco del patio, y volví a ver los monos en su cabello. Sus ojos en forma de velero encallaron hacia mí y sentí que la fuerza de la inercia me contaminaba. No había nada más que el yunque de la mirada, ninguna chispa. Thomas me sacó de la inmovilidad, noté que sus dedos rezumaban y resbalaban de mi mano, y su nuca se puso rígida. Avanzó por delante de mí para huir de la lúgubre escena.

Lo alcancé, me dijo que había sentido algo que no le había gustado. ¿Habría visto los monos locos? ¿Habría visto cómo me invadía la inercia?

Tenía mucho miedo de volverme como el vecino.

—¿Ha pasado algo? —me preguntó Thomas.

Tal vez lo hubiera visto.

Le prometí que nunca tendría monos sobre la cabeza.

No me entendió.

65

Para mis compañeros, mi presencia era fantasmal. Mis contornos se diluían en el espacio del ayuntamiento, mientras que a mí ellos se me aparecían detrás de un cristal de seguridad sucio y borroso. Tan solo estallaba de vez en cuando algún que otro beso en mi mejilla, recordándome que ese mundo era de verdad aquel en el que yo me movía.

Nunca habría imaginado lo que ocurrió a continuación.

Sin que nadie me avisara, habían puesto una cabeza rizada en mi despacho, junto a mi ordenador. Desconcertada, me quedé parada en la puerta. Esta entonces levantó la mirada hacia mí y alzó la mano en un torpe saludo.

Volvió a enfrascarse de inmediato en la clasificación de un montón de actas de defunción en carpetas de colores. Me instalé ante mi pantalla y constaté que había un sinfín de rotuladores de colores repartido sobre la mesa. El amarillo, el rojo, el azul y el verde desentonaban en el marco monocromo de la sala de archivos. Ella misma era una bola facetada, todo brillaba, desde las orejas hasta el estrás de sus zapatillas de deporte. A su lado yo parecía una estatua, sorda y muda.

No se me ocurrió nada mejor que encender el ordenador y leer un correo electrónico de ese día que me informaba de un cambio de puesto «adaptado a mis necesidades». *Adaptado a mis necesidades*, ¿cómo podían conocer mis necesidades si no las conocía ni yo misma? Mi puesto me iba como un guante, los muertos eran tan sordos como yo.

Al final de la mañana, vendrían a buscarme de recursos humanos para llevarme a mi nuevo despacho. Atontada, me pasé la última hora observando a mi sustituta, sus rizos se balanceaban sobre las carpetas de colorines, sobre sus bolígrafos de purpurina y

su expresión aplicada. Me imaginé que debía de estar tan motivada en pasar a los muertos al más allá de los archivos como en salvar a los delfines de los delfinarios.

A las once abandoné el largo pasillo para sumirme aún más en las tripas del sótano, hacia otra celda minúscula. La asistente de recursos humanos se marchó, no sin antes entregarme un documento que explicaba el procedimiento del nuevo puesto. Ahora me encargaba de las «personas sin datos personales», todos aquellos que, por un motivo u otro, nunca habían tenido nombre o lo habían perdido, apátridas identitarios, por decirlo de alguna manera.

Me acordé de un artículo que había leído en la *Revista Anarquista de Neurociencias* sobre el método «Zacchary Broch» y esa extraña comunidad de desarraigados del lenguaje: «Zacchary Broch nació en Bucarest en 1913, de padres desconocidos. Huérfano y privado de lengua materna, creció sucio y aquejado de mutismo. En 1940, escapó a la deportación. Diez años más tarde fue hallado en París, en la calle Boyer, en el distrito 20, con ocasión de la inauguración de una exposición de pintura apátrida. Llamó la atención de Louise Kahn, investigadora en el ámbito de la biología comportamental, antepasada de las neurociencias, que vio en él la demostración misma de los “desarraigados del lenguaje”. Le dedicó una nueva escuela de lenguas creada para los que no hablan la lengua: había nacido el método “Zacchary Broch”. Programa: tartamudeos difónicos, pensamientos-ombligo, olor-calor, lengua-contacto. Su objetivo era el de erradicar la noción de lengua materna aportándose uno mismo la lengua ausente. Pero el éxito relativo que conoció Zacchary Broch lo obligó a adoptar la nacionalidad francesa. Rechazó toda idea de destino biológico y se arrojó al Sena en 1961. Como homenaje a este gesto, los desarraigados del lenguaje siguen navegando y formando pequeñas comunidades por todo el mundo».

66

Como el puesto dedicado a las «personas sin datos personales» no incluía una cantidad importante de datos que tratar, pasé a trabajar a media jornada.

Y lo peor es que me traía sin cuidado. Hasta se me olvidó comentarlo con Mathilde a mediodía.

Cuando le conté la noticia a Thomas y este se indignó, su rostro se infló como una lona al viento. Yo no lo escuchaba, contemplaba el enfado remodelar su contorno. Aspiraba lo que quedaba en mí de rabia y de sentimiento de injusticia.

Mi actitud indiferente lo sacó de quicio, y al fin me espetó que tenía que luchar. Todo lo que había de letárgico en mí se puso rígido de golpe. Mis ojos volvieron a leer el mundo, que se erguía sobre mi cuello en forma de minarete.

—Es ilegal —repitió Thomas.

Al día siguiente, escribí un correo a recursos humanos para expresar mi desacuerdo con la decisión, pero solo conseguí que me asignaran una intérprete de lengua de signos para acompañarme al comedor y a las reuniones bienales.

A Anna le parecía fantástico, me decía que así podría disfrutar de una formación gratuita en lengua de signos y luego enseñarle a ella. Thomas no decía nada, estaba enfadado conmigo porque no luchaba. Le dolía esa imagen de discapacitada de segunda categoría en la que empezaban a encerrarme.

67

¿Tenía elección? «Siempre se tiene elección», me habría dicho Anna. Pero Anna era oyente, aunque estuviera pasando ella también por una mala racha. Veía en mí una compañera de exilio ideal y soñaba con transformarme en una ermitaña de los tiempos modernos. Estaba tan chalada como yo, me robaba mis fantasmas traumáticos. ¿Cómo podía crecer con Anna?

Mi madre se alegraba de haberme suscrito a la *Revista Anarquista de Neurociencias*, había incluso un número extraordinario sobre las tecnologías del futuro, un día el implante podría grabar el conjunto de las conversaciones de una vida entera, actuaría de caja negra en caso de accidente.

Thomas estaba encantado de acompañar a un ser biónico por el camino del transhumanismo.

En cuanto a mis compañeros de trabajo, veía en su reacción que yo había pasado a pertenecer claramente al bando de la discapacidad, habían abandonado todo rastro de recelo para abrazar una empatía nueva. Hasta el equipo de las actas de nacimiento me sonreía en el comedor, Cathy+, que era ahora la representante de personal, había intentado una reconciliación en la cola del autoservicio. Creo que esta nueva dimensión de la discapacidad estable, la «verdadera» discapacidad, tenía la virtud de tranquilizarlos.

El soldado se drogaba cada vez más y acompañaba todas sus frases con la muletilla «pequeña mía», con una mirada de loco y el cuerpo descarnado. La botánica de piel de corteza me había presentado su nuevo hallazgo. Con Cirro en el regazo, escuché su exposición sobre la ojos-negros-de-tímida-grieta.

Según ella, esta planta era la más paradójica de toda la naturaleza. Se rehuía a sí misma, guardaba distancia con sus

propias volutas para no tocarse nunca.

El fenómeno de «tímida grieta» había sido desarrollado por un equipo de investigadores, pero hasta la fecha solo lo habían observado en ciertos árboles. Lo propio de la planta trepadora era girar sobre sí misma, su crecimiento dependía de ello, pero el síntoma de la grieta tímida la llevaba a desarrollar una relación de extrañeza con su propia espiral que desembocaba en un rechazo de sí misma.

Pero ¿qué pintaba yo en todo eso?

68

La *Revista Anarquista de Neurociencias* había publicado un estudio entero sobre los desarraigados del lenguaje. Un psicopediatra especializado en lingüística y en fonología se había propuesto analizar los gritos y los sonidos no articulados de una muestra de niños con discapacidad intelectual, y había llegado a la conclusión de que cada uno de ellos disponía del material sonoro de todas las lenguas —la «th» del inglés, la «r» vibrante del español, la «r» gutural del árabe, la «ch» del alemán, etcétera.

Demostraba así que todo ser humano tenía originariamente lo necesario para articular todas las lenguas existentes, pero también todas las lenguas posibles, y que, al asimilar la lengua materna, perdía los fonemas no utilizados.

La conclusión me dejó perpleja: nuestra lengua era más rica cuando carecíamos de lengua materna.

Soñaba con otras posibilidades para no tener que reflexionar sobre el implante. Al volverme sorda del todo, al olvidar mi lengua materna, ¿quizá recuperara ese fondo lingüístico universal?

69

Anna me confesó por fin que prefería estar con el soldado antes que conmigo y con Thomas porque parecíamos una pareja de macramé, que la aburríamos.

—Te has vuelto tan materialista con esto del implante...

Me decía que había perdido mi poesía, que me había vuelto tan sosa como la realidad.

—Eres demasiado realista —me dijo.

—Pero no se puede ser demasiado realista, Anna, la realidad es lo que existe.

—Si uno piensa solo en la realidad se deprime.

Me parecía mal que se sintiera decepcionada. Yo había desplegado una energía tal para auparme hasta los decibelios, para recuperar la inteligibilidad del mundo, para reducir su opacidad a fuerza de listas audiofónicas —caramelo, pregunta, canal, pechera, estribillo, sollozo, rábano, tique, infiernillo, preocupación, salvación—, para aplacar el miedo al implante, que su enfado me parecía injusto.

A Anna no le gustaba nada que se pareciera a un final feliz. Quería que mi cuerpo entero rechazara el implante, que emprendiera un *road trip*, con el aparato oxidándose en contacto con la sal y el viento.

Me dijo incluso que el soldado y ella compartían las mismas ideas.

—¿Las mismas ideas sobre qué? —le pregunté.

—Sobre el éxito, por ejemplo. Nos gusta la gente que no ha tenido éxito, el éxito nos parece vulgar.

Preferí no contestar, me dije que, con Anna, la sordera profunda era una tabla de salvación.

—Sí, ¿cómo sería un país en el que todo el mundo tuviera

éxito, eh, Louise? El fracaso de muchos salva a la humanidad.

Dejé de escucharla, desenfoqué la mirada y me apagué.

—Pero ¿por qué me rehúye el soldado? —pregunté.

En el fondo, eso era lo único que quería saber. Nuestra amistad no iba por buen camino.

—A veces se harta de buscar plantas milagro-imaginarias, le aburre, no sirve de nada, es inútil, prefiere la realidad.

Esa fue la respuesta de Anna.

70

Al abrir la puerta de mi apartamento, pisé unos trocitos de papel que cubrían todo el suelo hasta la mitad del salón. Las hojas de mi herbario sonoro estaban hechas trizas y, con ellas, las de las plantas milagro-imaginarias.

Babeando de rabia, Cirro daba vueltas por la habitación, golpeando las esquinas con la cola; nada lo detenía.

Busqué al soldado entre toda esa carnicería para que le pusiera fin. Apareció tambaleándose, ataviado con uno de mis vestidos de verano. Los tirantes le colgaban de los hombros, su busto demasiado ancho deformaba el estampado. Tarareaba una canción de Anna. El alcohol había roído las pocas palabras que emergían del bajo gutural de su voz rugosa, relegándolas a la penumbra de la garganta. Más que formular las palabras, se las bebía. Su canto era la banda sonora rebobinada anterior al lenguaje.

La botánica no se movía, su piel estaba totalmente cubierta de corteza. Se había transformado en un árbol de invierno.

De pronto me sentí desbordada por completo, hecha pedazos, sin ningún sentido al que aferrarme. Ante mi semblante demudado y mis manos temblorosas, el soldado se quitó el vestido. Estaba irreconocible, era una forma descarnada, y pensé que esa silueta destartalada, a contraluz, con la columna vertebral rota, era el reflejo exacto de mi estado psíquico.

Cirro dio una vuelta más, mientras los últimos papeles que revoloteaban cayeron por fin al suelo, y desapareció con el soldado, dejándome sola al despuntar el alba, entre los añicos blancos de mi identidad troceada, ese herbario, nostalgia de mis oídos desaparecidos en el silencio más oscuro.

71

«NILS OYAT, ESPECIALISTA EN HETEROGÉNESIS.»

Recordé la foto que le había hecho a la placa.

En la entrada *heterogénesis*, el diccionario decía: «Producción de un organismo vivo sin el concurso de organismos preexistentes de la misma especie».

La definición podría haber sido muy distinta, me traía sin cuidado, yo simplemente necesitaba ayuda y tenía una dirección, no me hacía falta más.

Cuando empujé la pesada puerta verde de Nils Oyat, no imaginaba que me lo encontraría justo al otro lado.

Nils Oyat no tenía en absoluto el aspecto de un especialista en nada, parecía más bien un simple vendedor de seguros. Aprovechó nuestro apretón de manos para conducirme a su «consulta», un saloncito decorado como un plató de televisión, con sillones dispuestos alrededor de una mesa en una inmensa habitación vacía y blanca iluminada por fluorescentes.

Me repantingué en uno de los sillones de ratán y le conté mi sordera, la pérdida progresiva de audición, la aparición del perro, el soldado y la botánica, las enfermedades de unos y otros, los excesos, hasta el acontecimiento reciente de mi herbario sonoro destruido y la perspectiva del implante.

Con tono seguro, me propuso acogernos el uno al otro, arreglaríamos la situación, señalaríamos sus síntomas y adaptaríamos soluciones para cada uno.

—He visto de todo, ¿sabe?, pobres, ciegos, mudos, epilépticos, paralíticos, cancerosos, macrocéfalos, microcéfalos, hijos y nietos de la guerra de Argelia, gente con pies planos, asmáticos, chivos expiatorios, tartamudos, gente con halitosis, escultores con una mano amputada, vendedores tímidos, eyaculadores precoces, gente

con complejo de Edipo...

Todo lo que decía aparecía en subtítulos amarillos sobre una pantalla delante de mí. Nils Oyat era el hombre de la situación.

Me hablaba tras una fachada lisa, con la voz imperturbable y los gestos precisos del político que quiere expresar apertura y seguridad en sí mismo.

Luego me invitó a instalarme en un pupitre de plexiglás y, como en un programa de televisión, el soldado entró sin hacer ruido, con aire afectado. Los rizos aplastados por la gomina lo hacían más extraño. Ataviado con una chaqueta que le quedaba grande, parecía aún más miserable. A medida que se me acercaba, veía brillar el maquillaje en su piel. A la luz de los fluorescentes, parecía un muerto preparado. Incómodo, se instaló detrás del pupitre y enseguida se puso a contar retazos de recuerdos confusos:

—Quedaban treinta y cinco kilómetros, tres días a todo correr por el valle, con el cadáver hinchado que apestaba a kilómetros, invadido de horribles fluidos putrefactos. Treinta y cinco kilómetros nada más, tres días a todo correr, con un poco de suerte, sí, solo treinta y cinco kilómetros ya.

Por cómo hablaba y por las palabras mal escritas en la pantalla, comprendí que estaba hecho polvo.

—¿Se siente al margen? ¿Qué le impide estar allí donde debe estar? —preguntó Nils Oyat.

El soldado contó la historia de los clavos que había tenido que quitarse para grabar el nombre de su compañero en su tumba. No oír sus propios pasos era para él la confirmación de que ya no existía. Solo se sentía un poco vivo cuando tomaba cocaína.

—¿Sabe con qué otro nombre se conoce esta sustancia?

—No.

—*Polvo de estrellas*. A la pregunta de si confiaba en el futuro de la civilización, un autor desconocido contestó que sí, porque pensaba que el hombre era la única especie animal cuyo genio hablaba a las estrellas.

—Un escritor, *fff*, siempre puede volver a empezar algo imperfecto. La vida no, lo que hemos vivido no puede corregirse ni

descartarse. Es terrible.

—Como bien ha comprendido usted, hay una abertura en el polvo de estrellas, pero apelo a su imaginación, es beneficiosa para usted. Me refiero a la reparación simbólica. Lo que nos diferencia de los animales es la imaginación. ¿Se siente usted en deuda con los muertos?

—Sí.

Nils Oyat concluyó que el soldado tenía el síndrome de la lengua agujereada.

—¿Qué enfermedad es esa? —pregunté yo.

—No es una enfermedad sino una dificultad para expresarse.

Tras una larga reflexión, concluí que si bien el silencio formaba parte del lenguaje, no era su contrario sino una entidad intrínseca a la lengua.

El silencio era un lugar en el que residir dentro del lenguaje. El silencio liberaba palabras e imágenes que el lenguaje mantenía cautivas. Por consiguiente, no estaba perdida sino en camino.

72

Entraron dos hombres empujando una carretilla con la botánica encima, convertida en un tronco de árbol, y la colocaron frente a un pupitre entre el soldado y yo.

—Tranquilos, los árboles pueden ser inmortales —nos dijo Nils Oyat al ver nuestra expresión inquieta.

—Pero ya no puede hablar —dije yo.

—Hay que tomarla como una presencia cuya tarea es buscar lo que está cautivo en nosotros —precisó Nils Oyat.

El soldado y yo nos miramos un instante y sentí que ambos temíamos estar en presencia de un embaucador. Pero la mirada incisiva de Nils Oyat barrió este recelo y reavivó nuestra confianza.

—Ya que no podemos preguntarle directamente a nuestra invitada, ¿pueden hablarme de ella?

Le conté entonces cómo nos habíamos conocido y le hablé de sus plantas milagro-imaginarias.

—La última era el liquen helástico. Es una planta cuyo sistema reproductivo no se basa, como en las demás plantas sin flores, en las esporas, sino en los suspiros. Creo que es mi preferida, pero la botánica tuvo que suspender la investigación por su enfermedad de la corteza.

—Por su dificultad para expresarse, siendo como es hipersensible —me corrigió Nils Oyat.

Hice caso omiso de sus palabras y proseguí:

—Le encomendé mi herbario sonoro.

—¿Qué herbario es ese?

—Registraba los sonidos tal y como los oía antes de la pérdida para conservar rastro de ellos, pero Cirro lo destruyó junto con las flores de la botánica.

—Las flores, las plantas, todo lo vegetal implica vida. Sin embargo, su herbario se estaba convirtiendo en algo obsesivo; pero su perro la salvó.

—¿Quiere decir que estoy alienada?

—Alienada no, *enlianada*.

—Pero las plantas son inteligentes, ¿no? Es lo que se dice hoy en día. El herbario sonoro era mi biblioteca particular de sonidos. Me permitía comprender lo que había perdido, y pude así reconstituir atmósferas sonoras de antes de la pérdida.

—Sí, pero un herbario se hace con flores secas, con plantas muertas.

—Pero al mirarlas evocan la vida.

—No. Para estar vivo hay que poder dudar. Equivocarse forma parte de la vida. El mundo sonoro está constituido por vacilaciones, tiene que volver a aceptar esta idea.

Como no lo entendía del todo, pregunté:

—¿Por qué se ha transformado la botánica en árbol?

—Porque usted se ha quedado plantada, arraigada en sus presencias traumáticas.

73

—Está la reparación simbólica mediante la terapia de las hormigas. Lo que nos distingue de los animales y las plantas es la imaginación. La vida es un teatro simbólico, y las hormigas nos ayudan a reparar nuestro escenario interior.

—¡¿Las hormigas?!

La pregunta del soldado apareció en mayúsculas en la pantalla de los subtítulos.

—Sí, son lo más parecido a nosotros, una organización social en la que cada cual tiene que interpretar un papel.

—La organización social es cosa de máscaras —añadió, indignado, el soldado—, máscaras que la vida nos asigna según nuestros papeles. Pero cuando uno está solo, condenadamente solo, cuando nadie, absolutamente nadie, nos observa, ¿qué máscara podemos llevar?

—Por ello hay que volver a tejer vínculos, interpretar un papel para uno mismo, mediante las hormigas, para aprender a interpretar sin máscara dentro de uno mismo, para uno mismo —contestó Nils Oyat con los ojos brillantes, embriagado por el cariz que iba tomando la conversación.

—No creo en terapias mediante insectos. De todas formas, acabamos todos en los estómagos de los insectos. Son los gusanos, las larvas de mosca, los que se dan un festín con nuestros despojos...

—Pero las hormigas tienen mejor fama que las moscas. En el Talmud son el símbolo de la honradez. Para el budismo tibetano, representan lo irrisorio de la actividad materialista. Créame, la terapia mediante hormigas ha demostrado su valía, pues las hormigas resisten a todo. En 1945 se supo que solo las hormigas habían resistido a las explosiones nucleares.

74

Solo me quedaban unos pocos días para decidir si ponerme el implante o no. Había que programar la operación, eran pocas las plazas, había empezado la cuenta atrás.

Recordé la frase de la psicóloga cuando mi hospitalización: «Su cerebro habrá olvidado lo que significa *antes*».

Tendría que reconstruirlo todo.

Me imaginé la mano de Thomas sobre el dispositivo en mi cráneo, el ruido de chisporroteo de sus dedos acariciándome el cabello, su voz metálica preguntándome: «¿Estás bien?», y yo respondiéndole con mi voz sibilante: «Sí, muy bien, mi amor».

Los ruidos de la ciudad martillearían sobre mi cráneo, muy cerca de mis oídos, como si fuera el punto de llegada de la carretera de circunvalación, pero oiría de nuevo a Thomas hablarme de nuestro nuevo apartamento insonorizado, señalando con el dedo una golondrina cuyo trino primaveral acompañaría el final del día.

—¿Crees que seré feliz cuando me haya hecho el implante? —le pregunté a Thomas.

Me miró algo asustado, luego se rio y me dijo que sería bueno que no me preocupara *tanto*.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Crees que estoy alienada?

Entonces él me entregó una carta de mi *banco*.

75

Empezó la terapia de las hormigas, Nils Oyat repartió las tareas.

Con la ayuda del perro, a la botánica le encargó la de encontrar una especie de hormigas capaces de roer las lianas para desprenderlas de su huésped, es decir, yo.

En cuanto al soldado, el terapeuta le encomendó la tarea de salvar a una hormiga en un campo de batalla.

—Las hormigas que están dispuestas a morir en el frente son silenciosas —nos explicó Nils Oyat—, y es esa llamada la que debe escuchar.

Empezaba a pensar que el más enfermo de todos era Nils Oyat, con su hormigomanía.

Esperé mi turno, pero no repartió más tareas.

—¿Y yo? —pregunté por fin.

—¿Cómo que *y usted?* —me contestó—. Aquí tratamos los síntomas.

76

Mientras las hormigas se ocupaban de mis síntomas, seguí con mi vida concreta: el trabajo me evitaba pensar demasiado, me ayudaba a mantener a raya la angustia. En el comedor, mis compañeros me reservaban un sitio en su mesa, pero sus sonrisas incómodas atravesaban mi córtex como un pájaro de mal agüero.

Me olía el aliento a sotobosque, toda yo olía a perro mojado. Tenía que tomar una decisión. Esa decisión me pertenecía y, sin embargo, se me escapaba por completo. Mi elección cambiaría el curso de mi vida, sin saber si más tarde podría decir: «Hice bien».

—Todo saldrá bien —me decía mi madre.

¿Ella qué sabía? ¿Qué narices podía saber la gente?

Era oyente.

Era sorda.

Más oyente que sorda, puesto que tapaba los agujeros de la lengua con lenguaje.

Pero ¿oír significaba tener acceso al lenguaje?

Sí. Y no.

Pues oír no era escuchar. Igual que mirar no era ver. Yo sabía escuchar, pero ya no oía. Y, sin embargo, durante todo ese tiempo había oído lenguaje.

Me había escuchado escuchar, era quizá entonces cuando me había vuelto sorda del todo. Sometiéndome al implante, podría oír de nuevo y no escucharme escuchar. No podía desdeñar eso.

Escribí:

1. Se puede mirar ver; no se puede oír oír.

2. Se puede ver mirar. Pero ¿se puede oír escuchar?

Rasgué el papel y acto seguido llamé al hospital:

—Lo he pensado bien: dado que cumplo los requisitos, quiero someterme al implante.

77

Nils Oyat me recibió para una sesión individual.

—Estoy totalmente desesperada.

—¿De verdad?

Me miró con aire cómplice, pero yo no me sentía cómplice de nadie ni de nada.

—El hombre es un ser lleno de esperanza y de desesperación —prosiguió—. Si la desesperación se impusiera constantemente, nos hundiríamos, y dado que no es razonable conservar la esperanza en este mundo en el que vivimos, esa es la prueba de que el hombre no es un ser razonable. El renacer de algo tan absurdo como la esperanza pone de manifiesto que usted va a aguantar, y que no es su razón sino su sinrazón lo que le hará superar esta situación. Utilícela para avanzar, no considere el aspecto razonable de las cosas, Louise, saque de la locura la fuerza para crecer. Ver el mundo agujereado es sin duda lo mejor que ha podido sucederle, puesto que, en realidad, no sabemos nada de un 95 % de la materia del universo. Solo sabemos que no está hecha de átomos, no está hecha de la misma manera que nosotros y que las estrellas, y esa masa desconocida, ese gran agujero puede servir de metáfora para todo lo que se nos escapa del ser humano. Seguramente nunca podamos descifrar ese lenguaje agujereado. Hay, pues, que aceptar ese vacío para poder recorrer nuestro camino sin muletas.

Nils Oyat me explicó la necesidad que había tenido de *enlianarme* a los fantasmas traumáticos para construir el puente colgante en el que me encontraba. Pero había llegado el momento de deshacerme de él.

Debía abandonar al soldado, a la botánica y al perro si no quería desaparecer.

Eran ellos o yo.

78

—La historia de la guerra de los Siete Años, en la América profunda, una chica vive como algodón, tiene que seguir el bosque con un peúl.

Exclamación de Thomas; comentario de mi madre.

No intenté unir las piezas del puzle del sentido, dejé que las palabras fluyeran. Había decidido no preocuparme ya por nada. Había sufrido demasiado esforzándome en hacer preguntas, en formular lo que no entendía, en volver a escuchar la frase que surgía para entender la anterior, en oscilar entre las diferentes interpretaciones posibles. Quería unas vacaciones del sentido por última vez antes del implante. Relajarme antes de la odisea que me esperaba. Estar rodeada de palabras sin que hubiera nada en juego, antes de tener que perseguirlas, antes de ser evaluada por las batas blancas en mi carrera por recuperarlas.

—Díselo en silencio, al estilo sacarina.

Me serví un vaso de Fanta riendo.

—Emilien Dussan, espalda tragada.

Me imaginaba el cuerpo de un hombre que se metía en la boca de una ballena.

—Un cangrejo viola y el caraje de un cuento.

Flotaba entre imágenes de garajes en el fondo del océano (o de un ungüento), de los dedos-cangrejo de Thomas uniéndose a los míos, de la boca de mi madre que se abría, desvelando rastros de pintalabios en los dientes.

Los hipidos de la risa de mi madre rebotaban en las paredes y se apagaban en contacto con el tenedor en su boca. Los labios de Thomas se fruncían al mirarme. Igual le molestaba verme apartada, repantingada sobre la silla, con los dedos blandos, tan pasiva. Lo que él no sabía es que era una capitulación provisional.

Por primera vez, disfrutaba de ello, las coladas sonoras flotaban en la atmósfera, me apoyaba en el vibrato de la voz de Thomas como sobre arena caliente, y sus salientes agudos hacían saltar mis ojos como esquirlas de mar. Observaba de reojo su masticación desfasada —mandíbula a la derecha, mandíbula a la izquierda—, y los ojos entornados de mi madre, señal de que se sentía a gusto.

Por primera vez no los envidiaba por comprenderlo todo sin esfuerzo, debían de aburrirse bastante.

Por primera vez, la vida de los oyentes me pareció sosa.

—El chan pan.

—Esperamos —dijo mi madre.

—Brindaremos cuando esté hecho.

Thomas lo articuló todo delante de mí, lo repitió hasta que lo entendí.

—Para que oigas las burbujas.

Pensé: «¿Se puede oír el burbujeo del champán?».

79

La mañana de la operación, me castañeteaban los dientes. El calor del cuerpo de Thomas no servía de nada, era una travesía en solitario, estaba sola en alta mar, con el cuerpo helado por el abandono de una isla sonora. Era como un náufrago a la espera del barco que lo llevará de vuelta al continente, temeroso de no reconocerlo. La luz del día en las sábanas, los párpados hinchados de Thomas, los dibujos de las baldosas del salón no bastaban para resucitar lo conocido.

No me gustaban los finales. Terminarme un plato o una taza de té siempre me había parecido imposible. Me contemplaba sistemáticamente en los posos de café, en el fondo de la taza, y mi madre se burlaba de mí: ¿estás leyendo un oráculo? No se equivocaba, leía todas las posibilidades. Terminar era abandonarlas. «No es más que café», solía decir Thomas, irónico.

Pero era negro.

—¿Volante? —me preguntó mi madre, camino del hospital.

La palabra *volante* se agitaba en su papada como un pez en la boca de un pelícano.

Lo había entendido perfectamente, pero le pedí que me lo repitiera solo para ver de nuevo su mímica y para tener una compensación; sentía así que le robaba algo a la vida. El pez-volante en la garganta de mi madre era más pequeño que la primera vez, pero aun así consiguió arrancarme una sonrisa.

¿Y bien?

Mi madre se impacientaba, convencida de que lo había olvidado. Tenía miedo. Era por eso, de hecho, por lo que le guardaba rencor. Era mi miedo, y no soportaba el de los demás. Pero al mirar el rostro liso de Thomas, sus ojos grises que, como los de mi madre, esperaban ver el volante, no tuve el valor de

irritarme y saqué del bolso el volante para la cirugía «ambulatoria».

La expresión no me parecía adecuada, como si la operación fuera a desarrollarse en mitad de ninguna parte, en un pasillo, deprisa y corriendo; aparecería un cirujano con un frontal en la frente para ponerme en una camilla y manipular mis órganos en medio de la saturación hospitalaria. No, «ambulatoria» solo quería decir que esa misma noche dejaría el hospital, que esa misma noche, si todo iba bien, estaría de vuelta en mi casa, con una venda en la cabeza, en medio del silencio.

Al llegar delante del hospital, la puerta acristalada me pareció mucho más brillante que la última vez. Se abría automáticamente. Las cosas ya no las hacíamos nosotros, era el hospital el que decidía por nosotros. Yo ya no era más que un trozo de realidad que iban a armonizar un poco más con la realidad.

Con el implante, tendría quizá una audición de ocho mil hercios, lo cual me acercaría vagamente a los quince mil de un oyente de mi edad, me había explicado el logopeda.

En los pasillos del hospital, camino de la recepción, los cristales captaban el brillo del cable de mi sonotone, un pequeño filamento en la larga travesía, y yo pensaba en esos peces que estallaban con la presión del agua cuando los sacaban a la superficie.

—¿Dónde está Anna? —pregunté—. ¿Por qué no ha venido Anna?

Mi volante boqueaba en el vacío entre mis piernas.

Los ojos de Thomas se pusieron de color mar agitado, dejó el volante sobre una silla vacía, junto a la mirada inquieta de mi madre. Me rodeó los dedos con las manos e hizo un ramo con ellos; concentrado, ahogaba la pregunta en ese ramo de uñas que yo me había roído hasta la raíz. Con aire compungido, articuló:

—Olvídala, no tiene importancia.

Todo fue muy rápido: la blancura de las paredes, el linóleo que se pegaba a las suelas de los zapatos y los olores a antiséptico, a venda caliente, a lejía. La llegada al quirófano sellaba la desaparición de los rostros de Thomas y de mi madre, y la

presencia de los hombres enmascarados. Me raparon el pelo alrededor de la oreja, antes de tumbarme en la camilla. Empezaba a sentir frío, vestida con mi camisón de hospital abierto por detrás. Cerré los ojos para olvidar el enlucido y los fluorescentes que me arañaban la carne. Bajo mis párpados crispados por la espera, vi a Anna y al soldado, que me dirigían una mirada tierna.

Noté las sacudidas de la camilla. La corriente de aire del movimiento me hizo abrir los ojos y me infló la carne, me llevaban al quirófano. Veía los fluorescentes desfilar despacio y los pasillos sucederse. La luz cambió, estaba en la sala de operaciones.

Me ataron, el anestesista me hizo el gesto de «OK» con los dedos y me inyectó el producto en el catéter.

80

En mi casa oscura de suelo de tierra batida, solo unos rayos luminosos atraviesan las paredes. Distingo formas, otras personas se mueven, siluetas en la oscuridad. Un último destello y la casa se resquebraja, el viento se cuela por las rendijas, su fuerza inmoviliza mi cuerpo, lo aplasta a la vertical. Las siluetas avanzan a sacudidas, como borrachas, los impulsos se interrumpen, los gestos quedan en suspenso, los sonidos se dislocan al viento, un soplo helado entra en mi oído.

Conciliábulo de fanfarrones borrachos
Mandíbula masticando los Pirineos
Casquete polar abandonado
Canto difónico de zuecos verdes
Avalancha de boliches

Las medusas no tienen orejas
Adèle Rosenfeld

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Les méduses n'ont pas d'oreilles*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la portada, *Little Aviator* © Jantina Peperkamp

© Éditions Grasset & Fasquelle, 2022

© de la traducción, Isabel González-Gallarza, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2023

ISBN: 978-84-322-4226-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!